LAS CARNICERAS

Sophie Demange

Siruela Nuevos Tiempos



Sophie Demange

LAS CARNICERAS

Traducción del francés
de Susana Prieto Mori

Siruela

Nuevos Tiempos

Edición en formato digital: enero de 2026

Título original: *Les bouchères*
En cubierta: © Quintin Leeds
Diseño gráfico: Gloria Gauger
© L'Iconoclaste, 2025
Gestión de los derechos internacionales: Susanna Lea Associates
© De la traducción, Susana Prieto Mori
© Ediciones Siruela, S. A., 2026

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, *www.cedro.org*) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Ediciones Siruela, S. A.
c/ Almagro 25, ppal. dcha.
www.siruela.com

ISBN: 979-13-88032-36-3

Conversión a formato digital: María Belloso

A Simon, por todo el amor
A Susanna Lea, por haber recogido la botella en el mar
y acompañado el desarrollo de esta historia
A la editorial L'Iconoclaste, por las profundizaciones,
los inicios, las caídas y la escritura con hueso
A todas las carniceras

1

Era una tarde de principios de verano. La hora en que los clientes vuelven a casa a preparar la costilla de ternera o a asar las brochetas y las salchichas en la barbacoa. Se disfruta más de la vida en verano.

Aquella tarde Anne se había demorado más que de costumbre en la carnicería de la familia. Quería dejar las costillas de cerdo listas para el día siguiente. Dos hermosos pedazos largos y planos que había cortado del tórax del animal, cuidando de que los huesos no sobresalieran de la carne. Tenía la feliz sensación del trabajo bien hecho.

La plenitud de quienes aman su oficio.

Había sentido una presencia a sus espaldas. Una presencia familiar. No tuvo tiempo de volverse para ver a su agresor, su mole se le echó encima, la aplastó contra el tajo. Algo duro, como un sexo de hombre. Un aliento cargado de alcohol. Conocía aquel miedo profundo y tenebroso.

El gesto brotó, instintivo, la hoja del cuchillo carnicero que se hunde en la carne. La sangre que mana. Gritos, luego el silencio, solo el silencio.

El cuchillo resonaba en la cámara frigorífica. Stacey se ajustó el delantal, como para entrar en calor. La fatiga le serraba la espalda, el frío devoraba sus manos. Por detrás del ruido de las cadenas que retenían una carcasa de ternera, oyó sonar su teléfono, lejos, en el vestuario. Por lo general nunca respondía a las llamadas en su horario de trabajo, pero el timbre no paraba y tenía tantas ganas de una pausa, de un pitillo, que consideró que bien se merecía aquel momento de descanso. Sobre todo porque a aquella hora de la tarde, y con aquel aguacero, no había nadie en Carrefour. Stacey sacó el paquete de tabaco y el teléfono de su riñonera rosa. Echó un vistazo a la pantalla… Anne, era Anne, tres llamadas, después de más de tres años sin noticias, tal vez cuatro sin verse. La llamó.

—Hola, Anne, soy Stacey…

—Sí, lo sé, acabo de llamarte.

La voz de Anne, grave y firme, intacta. Stacey se quedó en silencio. Después de todo, fue ella quien dejó de dar señales de vida. ¿Qué quería ahora?

—Mi padre murió el verano pasado. Voy a llevar su carnicería. Me gustaría que trabajásemos juntas.

Su forma siempre neutra de anunciar tanto las cosas más tristes como las más felices.

—Trabajar contigo, ¡ni lo sueñes!

La voz alegre e irónica de Stacey. Su lado directo. El corazón a dos mil por ciento. Las imágenes que ya se aceleraban en su cabeza y las preguntas en un torbellino. «Genial, ¿para cuándo?». Tiene un contrato en Carrefour, pero de todas formas no le gusta ese trabajo, se aburre, ¡mañana mismo dimite! ¿O quizás sea mejor esperar a pasado mañana? ¿Dónde era? Ya no recuerda bien dónde estaba la carnicería ni cómo era. ¿Habrá más gente trabajando con ellas? ¿Empezarán las dos solas? Cómo, tendrá exclusividad, ¡claro que quiere la exclusividad! ¿Y cómo es el proyecto exactamente, qué

estilo de carnicería?

Anne sonríe al teléfono, conmovida como siempre por el ímpetu de Stacey. Se lo explicaría todo en persona. Había cosas que tendrían que organizar juntas. Tendrían que tomarse tiempo para reflexionar. Sí, volver a verse, desde luego. En un bar y cuando ella quisiera, lo antes posible. Qué ganas. Abrir una carnicería juntas, algún día. Se lo habían prometido. «¿Te acuerdas?».

El padre de Anne había desaparecido el año anterior, a la edad de sesenta y cinco años. Todo el mundo pensaba que el hijo continuaría con el floreciente negocio, pero dejó que su hermana se hiciera cargo. Después de todo, él ya había rehecho su vida en otro sitio, en Marsella, donde abrió un restaurante de pescado. Aquello había dado que hablar. En cuanto a la hija del carnicero, se sabía que había adoptado la profesión del padre, pero bueno, era muy joven y sobre todo no era un hombre. Llevar la carnicería no; no tenía madera, ni autoridad para ser jefa, ni los pies en el suelo. Demasiado soñadora. Anne sonrió. La gente se equivocaba. Si creían que no tenía agallas ni mano dura… Ya verían. Y no estaba sola, tendría a Stacey en el equipo. Qué emoción escucharla antes. Tenía ganas de volver a ver su cara, de sentir su presencia, de verse arrollada por su increíble pulsión vital.

Anne salía del notario, donde había resuelto unos trámites administrativos. Pasó por el cruce. En el semáforo, dentro de su coche, un hombre aprovechó para mirarla de arriba abajo. Ella fingió indiferencia. Vaya que sí, era una «buena pieza» la pequeña Anne, como ya se lo había oído decir a un montón de idiotas. Pero ahora que era jefa carnicera los mantendría a raya. Tras pasar por la plaza del Boulingrin, subió por la calle Jouvenet. En la esquina, casi frente a la iglesia, la carnicería del padre, en pleno centro de la ciudad de Ruan. Sacó las llaves del bolso, abrió la cerradura sin temblar. La emoción la dejó paralizada por un momento. Salvo por los frigoríficos, que se habían vaciado para que no se pudriera nada, en la tienda todo estaba como siempre. Un intenso olor a cerrado. Anne iba a tener que revivir el comercio. Pero no estaba preocupada. Tenía un plan.

Primero se inscribiría en el linaje del padre, tranquilizaría a los clientes, hasta que tomasen confianza. Entre la clientela lo más fácil sería convencer a los ancianos. La habían visto crecer, a la «pequeña

Anne», la habían visto jugar en la calle, colorear en el bar de al lado, le habían acariciado el pelo felicitándola por portarse tan bien. Y habían oído cómo su padre la regañaba cuando iba a sisar trozos de jamón. Al empezar a trabajar en la tienda, los conmovía su torpeza al dar el cambio. Algunos se habían sonrojado al verla tan cambiada, en la adolescencia, antes de felicitar educadamente al padre, «se está poniendo guapísima, la pequeña Anne», mientras otros miraban por el escote sus pechos poderosos. «Sí, una buena pieza la pequeña Anne».

Luego estaba la clientela más pudiente, los burgueses, que habían ido comprando paulatinamente las casas de los ancianos. Esos cocinaban menos, pedían menos consejos al padre sobre cocciones y recetas, se conformaban con llevarse buenas piezas para impresionar a la gente. Cuando estaban en pareja, solían tener tres o cuatro hijos, iban a misa el domingo y la tradición seguía mandando en su plato: nada de carne los viernes, cordero en Pascua, morcilla y aves en Navidad. A menudo los hombres trabajaban en París, a veces solo volvían a Ruan el fin de semana. Sus mujeres iban a la carnicería con cochecitos enormes. Algunas parecían irritadas, agotadas incluso. En cuestiones de comida querían hacerlo bien, que sus hijos comieran mucha carne blanca y un poco de carne roja, impresionar a sus maridos cuando volvieran a casa, para rivalizar con la suegra, para tratar de que se quedaran más tiempo con ellas. A esas clientas Anne iba a tener que ganárselas, lo sabía de antemano. Decir algo amable de sus hijos, ofrecerles un poco de salchichón para que se entretuvieran. Dar consejos pragmáticos, recetas sencillas y eficaces. Llevar un delantal oscuro para que no se vieran las manchas de sangre. Mantener la carnicería en un estado impecable. Luego, cuando ya se sintieran seguras, quizás cuando las hubiera conquistado, podría permitirse dejar de hacer melindres y afirmar su ambición. Ya no sería la carnicería Lueruchet, sino Las Carniceras, no sería simplemente funcional sino original, y solo habría mujeres, como mucho un chaval empleado en la caja. Los periódicos locales hablarían de ella, había muy pocas carniceras en Francia, una mujer por cada diez hombres como mucho, vendrían clientes de toda la ciudad para verlo. Su

curiosidad se vería ampliamente recompensada. La carne sería de primera calidad, bien cortada, preparada con exquisito cuidado.

En la formación profesional había solo dos chicas. Y de hecho, por aquel entonces, Anne todavía pensaba que para ser carnicero había que ser chico. Aunque se supiera mujer y se aceptase físicamente como tal, se sentía profundamente hombre en su interior. Así que, por fuerza, cuando Anne vio a Stacey por primera vez en el aula del centro de formación de aprendices, con las uñas postizas de colores, la boca y los ojos maquillados, el pelo largo y con mechas, su primer reflejo fue decirse que aquella chica no iba a aguantar mucho en carnicería. Tendría demasiados problemas. Y así había sido. Se habían juntado tres chicos y uno de ellos le clavó una chaira en las nalgas mientras ella trataba con esfuerzo de deshuesar un cerdo. Stacey se había dado la vuelta con una mirada capaz de petrificar a un rebaño de toros entero. «¿Quién ha sido?». Repitió la pregunta varias veces, con el puño en alto como para golpear. «¿Quién ha sido?». Los tres se miraron entre risitas. Pero ella no abandonó. «Ya me estáis diciendo quién ha sido, panda de cerdos». Los chicos siguieron riendo, un poquito menos fuerte, un poquito menos orgullosos. Stacey había repetido, amenazadora: «Espero que me entreguéis al culpable», y se había cerrado en banda. Después de haber pasado los primeros días riendo y haciendo remilgos, cosa que había irritado profundamente a Anne por otra parte, Stacey ya no decía palabra ni saludaba a nadie, y no hacía nada más que trabajar como una loca. Un profesor le había preguntado: «¿Seguro que estás bien?». Ella resopló un «muy bien, señor», con el rostro hermético, de modo que el profesor no se atrevió a volver a preguntarle. Aquella chica, pensó entonces toda la promoción, no era una chivata, sabía callarse. Una semana después, dos quizás, unos chicos fueron a verla. «Sabemos quién es». Ella los había mirado vagamente, apenas interesada. «Si sabéis quién es y si sois hombres de verdad, vais a tener que solucionarlo. ¿Tenéis huevos o el pantalón vacío?». No era broma, era un desafío a su virilidad. Era Greg quien lo había hecho, el hijo de un jefe carnicero que creía poder permitírselo todo, como la mayoría de los chicos provistos de semejante pedigrí. Nunca había querido pedir disculpas, pero el

resto de aprendices lo habían presionado tanto que terminó marchándose a París a hacer una formación de muchísimo prestigio. Stacey había ganado la partida. Y la estima de Anne.

—Se te da bien el despiece —le dijo para acercarse a ella por primera vez.

—¿Ah, sí, tú crees? Pues no sabía si iba a poder levantarme esta mañana de lo que me duelen los brazos —había respondido Stacey.

Su estatus de únicas chicas del centro de formación de aprendices era lo único que las dos jóvenes tenían en común. En cuanto a lo demás, Anne pertenecía claramente, por lo menos a ojos de Stacey, a una categoría aparte: legítima, razonable, segura de sí misma.

—¿Vienes a trabajar cuando unos tipos quieren humillarte, pero no te puedes levantar cuando te duelen los brazos?

Stacey se había sonrojado de vergüenza. Anne le dio una fuerte palmada en la espalda y se echó a reír.

—Tranquila, estoy de broma, ¡a mí también me duelen los brazos!

Anne sonrió recordando aquella escena y sobre todo la cara que había puesto Stacey, entre furiosa y avergonzada. Por aquel entonces, Anne no tenía más que ventajas, era una buena alumna, dominaba casi todas las técnicas de carnicería que había aprendido con su padre y tenía una constitución como Dios manda. Stacey, por su parte, acumulaba los inconvenientes. Físicamente, era fina y menuda; escolarmente, era como si no hubiese pasado por el instituto; y a nivel práctico no sabía nada, cualquiera habría dicho que nunca había pisado una carnicería.

Pero Anne había decidido convertir a aquella chica en carnicera. Le gustaba verla aprender, progresar y apreciar el oficio. Stacey aprendió enseguida a manejar los cuchillos con destreza, tenía un increíble sentido del detalle, sobresalía en los cortes finos, era creativa, sabía sacar partido del producto. Las dos jóvenes empezaron a trabajar juntas, a formar un equipo. Un equipo de futuras carniceras en un mundo de carniceros. Un dúo profesional que se había convertido en amistad. Anne recordaba la primera noche que salió con Stacey. Después de un bar, luego dos, de beber cócteles y cervezas, Stacey la había llevado a una discoteca muy frecuentada. Anne odiaba aquella clase de sitios pero, como

empezaba a estar borracha, la siguió. Habían bailado las dos sin preocuparse de nada, pero solo unos minutos, porque Anne tuvo unas ganas terribles de vomitar. Apenas les dio tiempo a salir, justo encima de los pies del portero. Horror. Pero se rieron muchísimo. Fue su primera borrachera de verdad.

Después la vida las separó. Cuando hubieron sacado el título, Anne siguió con un bachillerato técnico para adquirir nociones de gestión. Debía trabajar con su padre. Pero siempre había sabido, sin poder explicárselo, que llegaría el momento del reencuentro. Anne preparaba la carnicería que iba a reunirlas. Como perfecta autómata de los protocolos de higiene, armada con una botella de vinagre blanco y una esponja, fregaba. Recordaba a su padre detrás de ella, diciéndole que frotase bien, la obsesión por la limpieza que le había incrustado orden tras orden, reprimenda tras reprimenda. Una manía que incluso había llegado a invadir su cuerpo, una necesidad de lavarse las manos constantemente, hasta irritar la piel, de limpiarse bien bajo las uñas, y daba igual si sangraba. La obsesión por la pureza había derivado en un simple gusto por lo claro, lo liso, lo limpio. Contempló la carnicería, su carnicería. El tajo y los expositores estaban perfectos, el olor del vinagre lo había borrado todo. Empezaba una nueva etapa de su vida.

Se había hecho tarde, era hora de cerrar. Se puso la chaqueta de cuero, cogió la moto, aparcada justo frente a la carnicería antes de ir al notario, una 750, e hizo vibrar el motor. A la luz indecisa del crepúsculo, aceleró con una sonrisa.

Los neones de luz blanca, chillona, los azulejos beis, tristes, y la gorrita ridícula con el logo de Carrefour. Allí todo era feo y hortera. Stacey se reía sola, era absurdo: ¿por qué se había quedado en aquel hipermercado, un sitio que no le gustaba? Atendía a una clienta y tenía ganas de decirle: «¡ya está bien, me largo!» y de tirar su gorra. Solo tenía que aguantar unos días más, debía apretar los dientes. Iba a trabajar en una carnicería artesana, con Anne por si fuera poco, la carne sería buena, el lugar bonito. Miró sus manos estropeadas por la sangre. «Gracias».

Ocupada en cortar jamón, Stacey recordó la fiesta en casa de Anne para celebrar su graduación. Estaba en el margen derecho, en pleno centro. Anne no había invitado a los chicos del curso, «no tengo ganas de bromas groseras ni de que me metan mano». Exageraba un poco, Anne, no todos eran así, algunos eran respetuosos. Pero Stacey tampoco podía reprocharle que desconfiase tanto porque, cuando se conocieron, las dos habían catado mucho baboseo chungo. Aquello había contribuido a unirlas. Casi era una cuestión de supervivencia: para aguantar, había que aliarse. Desde el primer día en el centro las habían avisado. «El aprendizaje de la carnicería para una mujer es como una violación». Stacey creyó que exageraban para intimidarlas. No exageraban.

Entre dos ejercicios prácticos, un deshuesado y un despiece, siempre caían comentarios, pullas «en broma», como decían los tíos. Podía ir desde el «qué tal, guapa… Oye, ¿no salías tú en la peli porno que vi ayer?» hasta «con esa boquita, tienes que chuparla bien»; o si no «en ese culito me metía yo de mil amores». Solían tocarles el culo, al principio por lo menos. Porque, apretando los dientes, también habían aprendido a perfeccionar su defensa y a afilar sus cuchillos. Anne había enseñado a Stacey las estrategias, esperar agazapada en la sombra, camuflarse; masculinizar su cuerpo llevando sudaderas grandes con capucha; hablar poco, sobre todo

evitar las risitas; no perfumarse; «no te maquilles, se ponen como locos». Stacey estaba en deuda con ella: se convirtió en su guardaespaldas. Recordó una escena memorable. Un día, un tipo se había permitido tocar los pechos de Anne fingiendo un movimiento torpe para agarrar una carcasa, y Stacey le retorció la mano y se la aplastó en el tajo. «¡A ella ni la toques!». Con un gesto, empezó a hacerle un corte en el dedo con su cuchillo de chef. El tipo chilló como un cerdo del miedo que tenía, lo que hizo reír a todo el curso. Era eso, hacerse respetar en formación profesional de carnicería. Era eso, pasar de una alianza a una auténtica amistad.

Stacey nunca había conocido a chicas como Anne. Chicas que no necesitan la mirada de los chicos para ser guapas. Chicas que no hacen trampas. A Stacey le gustaba su estilo, sus chaquetas de motera, sus camisetas amplias, sus Dr. Martens, su pelo moreno, que llevaba corto sobre unos ojos azul claro; admiraba su cuerpo, sus facciones, sus labios de un rojo natural. Aquella forma de ser poderosa sin buscar serlo. Todo lo contrario de la imagen que Stacey tenía de sí misma.

Una burguesa, Anne, hija de un jefe carnicero. Y era inteligente, la mejor tanto en los trabajos prácticos como en las asignaturas teóricas. Humilde, no era pretenciosa. Anne se había convertido en su brújula. La primera vez que le dijo: «Me gustaría verte después de clase», Stacey pensó que irían a tomar una copa entre chicas. Pero Anne la esperaba en un aula. «Vamos a empezar por lengua, es donde llevas más retraso. Las carniceras no son analfabetas». Ante el semblante de desconcierto de Stacey, Anne le preguntó: «¿Confías en mí?». Stacey decidió que sí, y así fue como se selló su pacto. Bajo su aire arisco y distante, Anne resultó ser amable, paciente. «Aunque se te den bien las asignaturas prácticas, nunca te sacarás el título si no te llega la media en las asignaturas teóricas». Le dispuso horas de refuerzo de matemáticas, de geografía e historia, se tomaba tiempo para volver a explicarle los protocolos de trazabilidad y seguridad, las reglas de higiene, la gestión de la temperatura adecuada de la carne. Bastaba con que Anne dijese: «Nunca he visto a una alumna aprender tan rápido» para que Stacey redoblase sus esfuerzos, disminuyese sus salidas nocturnas, fumase

y bebiese menos por la noche y se acostase un poco más temprano. Stacey nunca habría obtenido el título sin Anne. Necesitaba que alguien creyese en ella.

El día en que se graduaron, Anne la primera de su promoción y Stacey la tercera, Anne abrió una botella de champán para celebrarlo. ¡Eran muy chic las burbujas! A la segunda botella, Stacey se abrió con Anne por primera vez en dos años; le gustaba poco hablar de sí misma. Le contó por qué había decidido emprender aquel oficio. «Al principio me sentía como si fuera un trozo de carne muerta. Ver a todas esas víctimas me daba ganas de vomitar. Pero comprendí que se podía convertir la carne en algo hermoso, devolverle la vida, y eso me sacó de la mierda, me devolvió las ganas de vivir a mí también. A finales de semana decidí que quería dedicarme a esto». Para Stacey, la carnicería tenía virtudes terapéuticas: cuanto más cortaba las piezas de carne para transformarlas en un elegante solomillo o en una costilla de ternera bien tierna, mejor se sentía. Anne le había dicho, con esa mirada ardiente suya: «Ya verás, algún día tendré mi propio negocio, vendrás a trabajar conmigo, seremos las mejores carniceras de la ciudad, nuestra carne será la bomba. ¡Y los clientes calladitos, haciendo cola!». Habían reído, habían soñado, se habían quedado dormidas con la ropa puesta y totalmente borrachas en la cama de Anne.

Habían pasado casi cuatro años desde la fiesta, cuando terminaron la formación. Ahora Stacey tenía veinticuatro, Anne veintidós. Al principio se llamaban regularmente, se daban noticias por mensaje de texto. Después, cuando le tocaba a ella responder, Anne no volvió a escribir. Una, dos, tres semanas. Stacey no se atrevió a reanudar la conversación. No eran del mismo mundo después de todo. Y Stacey nunca había tenido por costumbre esperar nada de la gente. Siempre le había parecido que Anne era demasiado buena para ella. Pero, contra todo pronóstico, después de tres años de silencio, Anne había vuelto a llamarla. Mejor aún, le había dicho: «Stacey, te necesito».

Stacey se limpió la sangre de las manos en su delantal blanco.

—Stacey, ¿estás soñando?

Era Arnaud, que entraba en la cámara frigorífica. Arnaud Delabarre trabajaba en la charcutería de Carrefour. No era ni guapo ni feo, ni simpático ni estúpido. No tenía gran cosa a su favor aparte de su labia, sus andares de rapero, sus tatuajes, uno de ellos subiéndole por el cuello y marcando su mandíbula, que, probablemente, fuera la única razón por la que las chicas querían salir con él. Se había liado un pitillo que llevaba detrás de la oreja y miraba a Stacey con sonrisa de malote y ojitos tiernos. Una expresión que habría trabajado durante horas frente al espejo.

—¿Salimos esta noche?

Stacey no tenía muchas ganas de salir. Habría preferido quedarse en casa, acostarse pronto, saborear la noticia de su reencuentro con Anne. Arnaud quería acostarse con ella, estaba claro. Debía darlo por hecho. El deseo de un hombre solía llevarla a tomar decisiones contrarias a lo que en realidad necesitaba.

Meneó la cabeza y dijo:

—¡Sí, claro, salimos!

Stacey dedicó a Arnaud esa sonrisa seductora de revista que imitaba con naturalidad, un código social que había interiorizado, sonreír siempre a los hombres.

—Quedamos en media hora en el *parking*, yo te invito, te llevo al bar Ouf. Y hasta te he traído un casco… —le susurró con un guiño.

Sabía que a ella le iba a gustar su moto.

Stacey se lavó las manos un rato largo con jabón y agua caliente, se quitó el delantal y lo tiró al cesto de la ropa sucia y luego se encerró en el vestuario. Allí dejó caer el pantalón de trabajo por sus piernas delgadas, se desabrochó la blusa blanca de Carrefour, revelando su busto angosto, su pecho: se quitaba la función de carnicera. Se sentó en una de las sillas y sacó un tubo de crema, adoraba ese momento, untarse un dedo tras otro con loción Nivea. Dedicó tiempo al meñique de la mano derecha, un muñón, una malformación congénita. Había sudado un poco trabajando y tenía la regla, un olor de conejera que olfateó con delicadeza. Stacey siempre había sido particularmente sensible a los olores. Le gustaban los efluvios fuertes, los relentes de carnes y animales. Los perfumes íntimos, demasiado íntimos para desvelarlos en una salida

nocturna: entonces se roció con desodorante, se colocó las medias con cuidado para no engancharlas y se puso el vestido, uno sencillo de tela negra que resaltaba su piel de leche. Stacey era una muñequita, no más de un metro sesenta. Abrió el bolso para sacar un espejito y poder recogerse la melena pelirroja en un moño, pintarse los ojos de negro, la boca de rojo, esa boca de labios finos realzada por un lunar de actriz de cine que tantas lisonjas había recibido de los hombres, algunas sinceras, muchas por interés. Cruzó la puerta de servicio del supermercado, dejando atrás vapores de carne y sangre para encontrarse con los de los tubos de escape del *parking*.

Las uñas postizas azules de Stacey tamborileaban rítmicamente sobre el vaso mientras esperaba a Anne en la terraza del Queen, fumando. Aquel bar se había convertido en su cuartel general, en el margen derecho, cerca de la plaza Saint-Marc. Allí te cruzabas con todo el mundo, desde el borracho hasta el moderno LGBTQIA+, viejos y jóvenes. Era por la dueña, por su desfachatez y su *poutine*[1] de patatas fritas-queso-cerveza. Arropada por su bómber plateada, Stacey se preguntaba si Anne y ella habrían cambiado físicamente. Una no es la misma después de cuatro años.

Precisamente llegaba Anne. Su andar era distinto. Llevaba tacones.

—¿Ahora llevas zancos?

No era precisamente lo que a Stacey le habría gustado decirle después de tantos años. Pero fue lo que le salió espontáneamente por la boca.

—¡Hola, Stacey! Gracias por la bienvenida…

—Lo siento, no era mi intención, es solo que se me ha hecho raro… Siempre te he conocido con deportivas.

Stacey farfullaba pero Anne sonreía, fingiendo estar ofendida.

—No te preocupes, sigo teniendo deportivas, las Doc, vaqueros y sudaderas con capucha… Solo llevo unos días probando… Por la cara que has puesto, mejor lo dejo.

—No, a ver, quiero decir, tacones por qué no, pero… digamos que estos te hacen un poco… Un poco señora. Igual unos tacones más anchos, yo tengo unos, unos derbis, ¿sabes? Podemos ir a comprarlos juntas si quieres…

Anne reía, ya estaba pensando en otra cosa, la ropa nunca había sido importante para ella. Se sentó en una de las sillas de plástico.

—¿Qué quieres tomar?

—No sé, lo mismo que tú.

Stacey pidió dos cervezas con Picon[2] a la camarera.

Las dos chicas se miraron un momento, tratando de descifrar el

tiempo en sus rostros.

Anne seguía llevando el pelo corto, realzando sus facciones, bien dibujadas de forma natural, y su boca pulposa. Stacey se fijó en sus pendientes, perlas blancas auténticas. Anne estaba más delgada, ya no tenía tanta cara de niña. El relieve en su mirada azul glaciar se había esculpido, resaltaba aún más. Y aquella misma determinación.

Stacey se había puesto aquella tarde una sombra de ojos con purpurina que realzaba sus ojos avellana, y un pintalabios fucsia que destacaba mucho en su piel de pelirroja. Esgrimía como de costumbres una panoplia de artificios. Piercing, uñas postizas, múltiples anillos. Siempre había tenido un estilo descarado, pero ya no era la joven vulgar que Anne había conocido en otra época.

Después de algunos tragos de cerveza, hablaron del proyecto. Se habían conocido gracias a la carnicería y la carnicería iba a sellar su reencuentro. Anne enseñaba a Stacey fotos del negocio paterno en su teléfono. Le explicaba que había que desmontarlo todo, quitar el mostrador, los expositores, todo.

—El espacio es minúsculo, ¿para qué separar esta zona en dos? Cuando entran los clientes, se encuentran en un pasillo. Me gustaría que nos pusiéramos en medio…

—¿Que nos pongamos en medio?

A Stacey le costaba un poco seguirla.

—¡En medio de los clientes! Instalamos un tajo justo en medio. Cortamos, preparamos, embalamos, todo eso con los clientes alrededor.

—¿Y la caja?

—No ocupa espacio, en un rincón.

—¿La vitrina? ¿Dónde la ponemos?

—¿Se te sigue dando tan bien dibujar?

Stacey asintió, sacó un papel, un boli, Anne le dio las indicaciones, trazó un plano. Se entusiasmaban con cada nueva idea: poner taburetes de bar en torno al tajo, montar vitrinas no muy grandes, delicadas, como en una joyería; ¡sí, eso es, cada pieza sería expuesta como una joya! Pensaban ya en el rótulo, sobre papeles

viejos de periódico, de estilo retro, podían incluso pedir consejo a un amigo diseñador gráfico.

—¡Se acabó la decoración horrenda de papá! —exclamó Stacey.

Anne asintió con una media sonrisa. Stacey no podía saber cómo la simple evocación de su padre seguía revolviéndole sistemáticamente la carne. Tomaron otra cerveza.

—La reforma puede llevar mucho tiempo, ¿no? —preguntó Stacey, preocupada de pronto.

Ya había dimitido en Carrefour y, como siempre, no tenía ahorros. Podría haber trabajado en los mercados para asegurarse unos meses de transición, pero se había peleado con su antiguo jefe. Este no soportaba sus retrasos de los domingos por la mañana, que llegase con el rastro de sus noches de fiesta, aliento de alcohol-tabaco, los ojos enrojecidos y la cabeza a punto de explotar. Cómo explicárselo a Anne…

—Me he acostado con un colega de Carrefour, no me apetece nada volver a verlo, así que me haría falta encontrar otro curro enseguida…

Anne se echó a reír.

—No has cambiado, Stacey. ¿Te has vuelto a acostar con un tío por cortesía?

Stacey encendió otro cigarrillo. Sus uñas brillaban bajo el alumbrado de la terraza.

—Se llama Arnaud, sección charcutería.

—Joder, y encima charcutero —bromeó Anne.

Stacey añadía detalles al relato para divertir a su amiga. Cuanto más exageraba, más disfrutaba hablando de aquel tipo paliducho, de sus cejas hiperpobladas, de sus bíceps inflados que olían a esteroides, de su culo plano que calificó como «todo un clásico entre los charcuteros». Muerta de risa, contó cómo le iba detrás desde hacía «varios meses», exageraba, haciéndole cumplidos por su trabajo, sus manos… «Sí, claro, mis manos, ¡con un dedo que me falta!». Mencionó sus tatuajes, «ese lado malote cutre, ¡por favor!». Y luego, cuando ya no le quedaban piruetas por hacer, reconoció

que un poco le gustaba, a fin de cuentas. Que la mirase un tipo tan viril. Que la eligiese entre todas las empleadas de Carrefour. «Es que todas las mujeres le andan detrás en el trabajo». Dijo que había acabado yendo de copas con él, que él le había ofrecido hierba, que habían fumado en casa de ella y se habían ventilado una botella de *whisky*. Le daba un poco de vergüenza, la verdad. Ya sin el menor orgullo, sabía que para él no era más que el polvo del mes. Le había salido bien la jugada, ironizó.

—¿Y estuvo… bien?

—Se llama Arnaud Delabarre, ya te imaginas que con ese nombre…[3]

Esa afición de Stacey a las bromas de cuñado… No había cambiado nada.

—¡La verdad es que ni me acuerdo! Solo sé que follamos; si el tío no se queda por la mañana, no me acuerdo ni de cómo fue, ni qué hicimos, ni nada de nada.

Anne sonrió, ligeramente incómoda. Llevaba mucho tiempo sin acostarse con nadie… Acabó susurrando:

—Yo he dejado a Paul.

Paul era el hijo de un agricultor con quien había salido durante la formación profesional. Era guapo, siempre bien vestido, ya rico por entonces, con la confianza que da la certeza de heredar en su día la opulenta explotación familiar. Quería casarse. Había llegado incluso a pedir la mano de Anne.

—Has hecho bien —respondió Stacey.

—¿Ah, sí, tú crees?

—Sí, te habrías aburrido. No habrías sido carnicera, simplemente habrías ayudado a tu marido a llevar su negocio.

Anne había roto con él durante el bachillerato. Su padre había insistido para que continuase sus estudios y sin duda llevaba razón en aquel caso. Pero ella se había sentido abrumada: las clases, el trabajo en la carnicería paterna, su relación amorosa, imposible sacarlo todo adelante. Entonces cortó con todo el mundo, con Paul,

con sus amigos…, para concentrarse únicamente en el trabajo.

—Podrías habérmelo dicho… Y no es un reproche, es solo que…

—Pensé mucho en ti, Stacey, pero no tenía fuerzas para ver a nadie. Ni siquiera a ti.

Hubo un silencio. Stacey buscaba las palabras para decir que no le reprochaba nada, que no necesitaba justificarse.

—¡Ni siquiera te di el pésame cuando murió tu padre! ¡Soy un desastre!

Anne hizo un gesto en el vacío, no tenía importancia. Aquel dolor de nuevo. Otra cerveza.

—Sabes, si no puedes seguir en Carrefour, te daré trabajo antes. Me las arreglaré.

—Pero, Anne, no vas a pagarme si no hay trabajo…

—Lo habrá. Mira, ya solo el tema de los proveedores es un reto.

—¿Ah, sí?

—He decidido no seguir con la Socopa[4] como mi padre… Tenemos que encontrar dónde comprar la carne. ¿Me sigues?

—Pues captar a agricultores y proveedores yo lo hago sin problema, te lo aseguro.

Rieron. Volvieron a mirarse con complicidad.

Y cuando volvían a casa, un poco borrachas, se abrazaron. El dúo dinámico, Anne y Stacey, había vuelto a formarse.

[1] Plato de origen quebequés compuesto de patatas fritas, queso y salsa de carne. *(Todas las notas son de la traductora)*.

[2] Marca comercial de un bíter que suele tomarse con cerveza en el norte de Francia.

[3] Alude a la similitud del apellido Delabarre con la expresión *avoir la barre*, «tener una erección».

[4] La empresa Socopa es la principal proveedora francesa de productos cárnicos elaborados industrialmente a comercios de carnicería y restauración.

Anne hundió la cabeza en la almohada. Ya se había saltado el despertador de las cinco y media, el de menos cuarto y el de las seis. Ella que se entrenaba para recuperar el ritmo de trabajo, empezaba mal. La regla no ayudaba. A base de retortijones se le desgarraba el vientre por dentro aquella mañana. Nadie le dijo cuánto le dolería, todos los meses y durante buena parte de su vida. Anne había crecido en una casa de chicos a cargo de chicos, un padre y un hermano. Había conocido a toda una serie de madrastras, alternativamente cajeras o dependientas de la carnicería, figuras más funcionales que afectivas. Y aunque siempre había estado acostumbrada a la sangre de la carnicería, la de la regla, en cambio, le inspiraba una profunda repugnancia.

De modo que iba a ser una semana difícil. Se levantó para hervir agua y la vertió sucesivamente en una gran tetera y en el vientre de un peluche azul claro. Sentada en la mecedora, con la bolsa de agua caliente con forma de delfín sobre la tripa y la taza de té entre las manos, cerró los ojos, absorbida por la oscilación del asiento, que la llevaba a su infancia, de nuevo en el regazo de su padre, que le acariciaba el pelo mientras veía *Questions pour un champion*[5] en la tele. Oía el ruido del pulsador, la voz del presentador. Con la dulzura de las caricias, se iba durmiendo poco a poco hasta que su padre la despertaba al terminar el programa. «Anne, cielo, come algo antes de acostarte». En la esquina de la mesa, le ponía un platito de lacón rodeado por hojas de lechuga crujientes que le dejaba comer con las manos, siempre que se limpiase bien con la servilleta de papel. Luego le daba el «besito a papá» e iba a acostarse al cuartito de arriba, junto al de su hermano Marius. Debía de tener cinco años.

Su madre se llamaba Annie. No había llegado a conocerla. Murió de cáncer de mama justo después de que ella naciera, y Marius decía que su madre había muerto por haber tenido un bebé tan feo. En realidad, su madre llevaba varios años luchando contra el cáncer.

Sabía que estaba condenada pero decidió tener el bebé. En la ecografía del cuarto mes, su padre había dicho: «¡Y además es una niña!».

Este repetía a menudo: «Anne es mi niña favorita», aunque no hubiera tenido más hijas. A Anne la recibió como a un ángel. Para su padre siempre fue guapa, robusta, llena de vida; alejaba el recuerdo de la muerte prematura de su esposa.

Su hermano Marius, seis años recién cumplidos por entonces, nunca logró aceptar la existencia de aquella hermana pequeña que le parecía tan pálida y frágil. La niña no tardó en convertirse en objeto de todas las atenciones de su padre, mientras Marius, que aún entendía tan poco la muerte, ya temía a los fantasmas, a las sombras sutiles, al ángel amado que pasa y no regresa.

[5] Popular concurso televisivo francés de preguntas de cultura general que se emite de forma continuada desde 1988.

Stacey se llamaba Stacey como la cantante de *jazz* Stacey Kent.

Su madre, Estelle, había descubierto el disco *The Boy Next Door* cuando acababa de enterarse de que estaba embarazada. No era Billie Holiday, pero entraba bien. Fue al escuchar la canción «¿Qué vas a hacer con tu vida?» cuando decidió tener el bebé. «¿Y mañana qué vas a hacer con tu vida, / con los bosques y jardines de tu vida? / Yo no le pido a tu vida / más que vivirla contigo…».

No tuvo ocasión de compartir su vida con el padre de Stacey, porque aquel yonqui guapo y moreno con la guitarra a la espalda la dejó unos meses antes de que naciera el bebé. La gran historia de amor. Estelle tenía diecinueve años, entusiasmo y energía de sobra para pasar días enteros llorando por sus problemas y noches disfrutando de la vida, con la mirada vuelta hacia el mar. Tenía un estudio en un edificio de vivienda social del barrio Ramponneau de Fécamp y le pareció suficiente para criar a su hija. El centro de la estancia lo ocupaba una única mesa de madera que servía para comer y cambiar al bebé, un hornillo en el rincón, un lavabo, un barreño para bañar a la niña. Cerca de la ventana, sobre una alfombra de fibra de coco, había un colchón cubierto de almohadas de franela que ella misma había cosido con motivos coloridos y florales: era la cama, el sofá, el sitio para dormir, echar la siesta, fumar, leer revistas, reír, dibujar… Un cuarto lleno de lápices y esbozos, la pasión de Estelle.

En general, Stacey evitaba convocar a los recuerdos, a la nostalgia. Pero aquel primer día sin trabajo se sentía tan feliz que pensar en la dulzura de su infancia le aportaba un suplemento de alegría. Hoy todo iba a salir bien. Había pasado buena noche, había tomado el café tranquilamente, con las ventanas abiertas al aire de la mañana aún fresca de finales de marzo, se había puesto crema, había elegido la ropa con cuidado. Y escuchaba a Stacey Kent para pensar en su madre. Aquella música la transportaba al olor de aquel primer

apartamento, café, tabaco y pachulí, a ciertas mañanas en que el despertador sonaba y se apagaba sin la obligación de ir al colegio, a las horas que se estiraban sin imposiciones, tostadas con mermelada mojadas en leche a las diez, huevos revueltos con beicon a las cuatro. Una música que la transportaba a los gestos cariñosos de su madre peinándole el pelo suavemente para hacerle un peinado de palmera o unas coletas, poniéndole crema de rosas en las manos y besándole la nariz; a la ropa que se ponía y se quitaba, que se cambiaba diez veces al día por el placer de disfrazarse, de contonearse frente al espejo, de jugar con los accesorios y los polvos. A veces su madre salía unos minutos, a veces unas horas. Stacey la esperaba dibujando.

Había aprendido a no preocuparse. Los hombres iban y venían, casi siempre eran amables con ella, le traían dulces y caramelos. Ella los observaba y los imitaba cuando se habían ido: «Gracias, bonita, sí, me apetece una cerveza»; «¿Me dejas el baño para ir a mear?»; «Tranqui, si alguien se mete contigo me llamas, tú tranqui que yo me encargo». Imitaba su lenguaje y sus gestos, caminaba con las piernas arqueadas simulando ir al baño, se sentaba con el codo encima de la mesa, la mandíbula adelantada, el pitillo colgando de la boca… Su madre lloraba de risa con las imitaciones de su niña. Después, solían cantar escuchando música, Stacey acurrucada en la cama de su madre, olor a café, tabaco y pachulí.

Llovía. Stacey tenía cita a las once en el barrio para hacerse las uñas. Paraguas en mano, echó a andar por la calle Lafayette canturreando «Las aguas de marzo», en la versión de Stacey Kent: «Es paso, es piedra, camino que camina, / un resto de raíces solitarias, perdidas, / un destello de vidrio, es la vida, es el sol…».

Antes de desmontarlo todo, tenían que vaciar la carnicería. Llevar los muebles al punto limpio, rescatar el material en buen estado. Seleccionar los cuchillos que podían seguir usando. Hacer la lista de lo que había que comprar.

—Aquí hay un periódico viejo, supongo que te lo quedas, ¿no? —preguntó Stacey.

—A ver…

La desaparición del padre de Anne salía en los titulares. «Desaparición del carnicero de Jouvenet». Se había emitido una orden de búsqueda. «¿Suicidio o asesinato?», se preguntaba el periodista. El rostro de Anne se crispó.

—No sabía que tu padre había desaparecido —se atrevió a decir Stacey en un susurro.

Anne se mordió los labios con más fuerza.

—¿Qué creías?

—Que estaba enfermo y se había muerto… Lo típico, vaya —respondió Stacey.

—Mi padre había ido al médico poco antes, le preocupaba tener cáncer. Era muy hipocondríaco… La policía pensó en un suicidio precisamente por eso…

Anne evocó también la otra hipótesis, la del asesinato. Los policías habían interrogado a todo el mundo, a sus amigos, a su hermano y a ella. Buscaban un móvil, querían saber si alguien podía haberlo matado por dinero.

—Hay muchas más razones para cargarse a alguien, aparte del dinero —dijo Stacey espontáneamente.

Anne miró a su amiga a los ojos, con una sonrisa vacilante. Después hubo un silencio. Stacey cogió la mano de Anne, un gesto que no era habitual en ella. Luego, en un torrente de palabras, contó la muerte de su madre, el accidente de coche, una muerte que le parecía mucho menos original que la del padre de Anne.

Anne la interrumpió de pronto:

—¿Sabes que hay un sótano en la carnicería?

En la cámara frigorífica, una trampilla. Bajaron a tientas por una escalerilla, como quien llega a una cueva submarina. El sótano olía a humedad, se había inundado muchas veces por las bajantes de aguas pluviales que formaban cascadas en aquel barrio con tanto desnivel. Por eso el sótano estaba vacío, o casi. En las estanterías de hierro, las botellas de calvados adquirían un aspecto de tesoro familiar hundido. Anne había explicado que el calvados databa de la época de la granja de sus abuelos, que vivían cerca de Neufchâtel-en-Bray. Los ojos de los hombres de su familia se inyectaban en sangre a fuerza de empinar el codo. Anne nunca lo había bebido. Pero coincidieron en que no era respetuoso tirar todas esas botellas sin haberlas probado. En un viejo arcón oxidado, sobre un paño de terciopelo burdeos, encontraron unos vasitos y llenaron dos en la luz brumosa del sótano, para sentir de inmediato cómo les ardía el pecho. Stacey estaba acostumbrada a los alcoholes fuertes, vodka, ginebra, *whisky*, ron, pero era su primer calvados.

—¡Huele a viejo!

A Anne solo le gustaban los alcoholes suaves, ciertos vinos blancos, el rosado y por supuesto el champán. Pero apreció la mordedura del calvados, una sensación de deshielo, el latido de su cuerpo. Volvieron a servirse, con solemnidad. Stacey alzó su vaso para brindar:

—¡Por las carniceras!

Corría en ellas el brebaje de una rebelión.

Habían vuelto a subir a la superficie. Stacey salió a fumar un pitillo en la acera, tratando de protegerse de la llovizna normanda bajo el pequeño toldo. Anne se reunió con ella en el umbral con un paraguas. Observaron un momento la plaza Jouvenet, que se agitaba. Hípsters en patinete, con chaqueta de traje y zapatillas Jordan, se detenían en la tienda de alimentación para comprar viandas simples y carísimas que colmarían sus aperitivos o sus cenas: *mozzarella* de búfala con trufa, racimos de tomates y

aguacates ecológicos de perfecto calibre, tirabeques, caviar de berenjena… Otros aparcaban en el pequeño *parking* frente a la carnicería, con sus coches eléctricos de moda, el Megane eVISION, el Audi e-tron o el C4, y por supuesto el Fiat 500 para la señora. Al fin, los últimos, los más discretos, los trabajadores del barrio, las asistentas, los empleados de la estación, los obreros de la construcción; estos solo se paraban en el bar para gastarse el sueldo en cervezas, tabaco y rascas. Cuando no se tiene para ahorrar, se gasta todo en pequeñas alegrías y asesinos a sueldo de la soledad. Era en el Jourdan, el bar que estaba al lado de la carnicería, regentado por una pareja de unos cuarenta años, Momo y Nadine, donde se codeaba todo aquel mundillo y el rostro del barrio se alumbraba con contrastes. La llovizna había cesado y un rayo de sol atravesaba tímidamente el cielo. Salpicaduras de luz, como una tregua antes de la tormenta.

—Es tranquilo esto —comentó Stacey.

—Con nosotras dos en la carnicería, igual deja pronto de serlo —respondió Anne.

Su padre tenía un gran bigote que le hacía cosquillas cuando le daba el beso de buenas noches. Por la mañana le preparaba la ropa, le ajustaba la camiseta, insistía en que llevase cinturón con los pantalones, la ropa siempre impecablemente planchada por la asistenta. Le colgaba la cartera a la espalda y le daba una palmada en el trasero antes de que saliera de casa. «Anda, culete, estudia mucho». Luego se quedaba en la calle hasta que dejaba de verla tras la esquina, la casa estaba a cinco minutos del colegio. Cuando se enfadaba con alguna de las madrastras de paso, le gritaba a la asistenta o a su hermano, siempre terminaba aplacándose al mirar a Anne y le daba un beso de disculpa en el cuello y le hacía cosquillas para «que perdonase al papá enfadado».

Anne siempre había invitado a sus amigas a casa. La niñera cuidaba a toda la tropa los miércoles por la tarde. Cuando su padre llegaba de la carnicería, las niñas ya se habían ido, pero él preguntaba por ellas y a menudo llamaba a los padres para saber si las niñas lo habían pasado bien. Las familias le estaban agradecidas por un gesto tan atento. Los domingos las amigas venían de vez en cuando a merendar. El padre de Anne jugaba con ellas. Les pedía que se sentaran en su regazo para darles el hojaldre de manzana o la porción de tarta de chocolate que había traído de la tienda. Las niñas obedecían entre risas y miraban a Anne de reojo. Algunas de sus compañeras, con exceso de celo, besaban al padre en la mejilla y le rodeaban el cuello con los brazos. Aquello la enfurecía, tenía celos. Quería ser la única niña de su papá.

Luego creció. Pero su padre no había cambiado. Las cosquillas y las palmadita en el trasero se fueron haciendo incómodas. A los doce o trece años, seguía insistiendo en prepararle la ropa y ajustarle la camiseta antes de ir al instituto. Pero ya le estaba creciendo el pecho. Empezó a llevar entonces sudaderas anchas. Él había insistido en acompañarla a comprar sus primeros sujetadores,

dando lugar a una escena humillante que Anne llevaba grabada a fuego en la memoria. «Vaya por Dios, ¡este también te queda pequeño! ¡O es que tienes el pecho demasiado grande! ¡Igual no merece la pena pasar por la copa C, dentro de nada habrá que comprar la D!».

Había empezado a hacer comentarios sobre sus amigas. «Tienen un culito precioso, tus amigas, Coralie y Émilie se llaman, ¿verdad?». Aquella mirada de hombre le hacía sentir incómoda. «Tú también eres guapa, cielo, ven, siéntate en mi regazo».

El episodio del sujetador no le había bastado. No tardó en querer acompañarla cada vez que iba de compras. Probarse ropa en las tiendas se había convertido en una tortura.

—¡No quiero ir contigo! Léo y Gaby van solas al centro comercial, ¿por qué a mí no me dejas?

—Quiero saber lo que compras.

Siempre abría la cortina del probador, «para ver». Siempre traía otra prenda, que ella no había elegido, solo «para ver». Siempre decidía algo.

—Pruébate esto para darme el gusto.

—¡Pero no me gustan las cosas ajustadas!

—A mí me gusta vértelo puesto.

—¡Pero, papá, no voy a ponérmelo!

—Nos lo llevamos. Si quieres el vaquero, nos llevamos el vestido.

Repetía a la dependienta: «Nos lo llevamos». Aquella costumbre suya de repetir las frases varias veces, la masa de palabras mecánicas con la que enterraba todo posible desacuerdo. Anne salía suspirando de la tienda y al abrigo de las miradas comenzaba la espiral del chantaje emocional.

—¿Ya no quieres a tu papá?

—¿Por qué dices eso?

—No querías comprar el vestido, ¿ya no quieres a tu papá?

—¡Que sí!

—No, Anne, yo siento que ya no quieres a tu papá, y eso que te he comprado el pantalón que querías y las deportivas. ¿Sabes cuánto me han costado?

Anne estaba harta. Compraba la paz.

—Muchas gracias, papá.

—«Muchas gracias, te quiero, papá» —había rectificado él.

— Muchas gracias, te quiero, papá.

Un escena de resistencia le vino a la memoria. Tenía unos catorce años. Por la noche, cuando estaba acostada y él venía a darle un beso, le decía que dejara la puerta abierta, aun sabiendo perfectamente que a ella no le gustaba. Aquella vez se rebeló.

—Pero, papá, es *mi* cuarto

—Te he dicho que no cierres la puerta. Obedece.

—Pero, papá, de noche tengo miedo de que entre alguien si no cierro la puerta.

—No cierres la puerta de tu cuarto, y punto.

Ella dio un portazo con furia. Él abrió, con la calma y la violencia de la mirada fija y las palabras monocordes.

—¿Qué te he dicho?

Se había atrevido. Había vuelto a cerrar la puerta de su cuarto. Gritando, además. Él había vuelto a abrirla. En calma, en tremenda calma. Con una mano, la aplastó contra la puerta, apretándole el cuello. Repitió sencillamente, con una sonrisita malvada: «No cierres la puerta de tu cuarto, Anne». Ella había llorado. De miedo. La había obligado a repetir: «Lo siento, te quiero, papá».

Todo el mundo estimaba a Jérôme Lueruchet, el padre de Anne, porque se había quedado viudo con dos niños pequeños, porque era carnicero y propietario de una carnicería-charcutería reconocida y porque su tienda estaba en la plaza Jouvenet, en uno de los barrios más apreciados por la burguesía ruanesa. El señor Lueruchet era decididamente, o casi, un hombre muy respetable.

—¿Y si vamos a ver el mar? ¿Cogemos tu moto?

Conducían rumbo a Fécamp, Stacey pegada al cuerpo con caparazón de cuero de Anne, el olor lácteo de Anne, sus muslos estrechando el motor caliente de la moto que corría por la carretera al sol. Echaron gasolina en Yvetot y se detuvieron en la tienda para comprar cervezas y un paquete de patatas fritas. Luego la campiña, el lino azul en los campos, el trigo, las vacas, aerogeneradores, ovejas, granjas restauradas, burros, casas y camas elásticas en los jardines. Vieron la torre de agua de Toussaint, con un trampantojo infantil de faro, guijarros y mar falso, como una señal de entrada a la ciudad, primero los árboles altos, el parque de arborismo a la derecha, el puerto a lo lejos, si tomaban a la izquierda irían hacia el barrio de Ramponneau. Los recuerdos de infancia de Stacey corrían ante sus ojos, le daba a Anne la dirección en Fécamp, «vamos a evitar la playa grande, ve por la senda de los Marineros, a la calita escondida, hay desprendimientos en el acantilado, pero qué más da».

Se desnudaron con libertad juvenil, se pusieron bañadores de natación, negros de cuerpo entero, que a duras pena contenían el pecho de una y acentuaban la silueta andrógina de la otra. Stacey sacó de la mochila un gorro de baño que hizo reír a Anne:

—¿No irás a ponerte eso?

—Pues sí. ¡No quiero helarme el cerebro!

—¿Porque de verdad piensas meter la cabeza?

Antes de que Anne terminara la frase, Stacey ya estaba en el agua, sacudiéndose como una cachorra. Anne la observó alejarse nadando a crol. «Esta chica está loca». Se mojó los dedos de los pies en el agua, que le pareció helada, avanzó hasta que le cubrió medio muslo, cambió de opinión.

Cuando Stacey salió, Anne la esperaba en la playa con una cerveza.

—¡Qué buena idea!

Stacey se frotó un rato largo con la toalla para entrar en calor, luego se sentó junto a su amiga, las dos sumiendo la mirada en el azul.

Anne pensó que las manchas del sol poniente en el mar parecían manchas de sangre, pero prefirió decir otra cosa a Stacey.

—Las manchas de sol parecen un campo de amapolas en el agua.

—Sí, de amapolas y ranúnculos.

Volvieron a vestirse, empezaba a hacer frío. Stacey propuso a Anne cenar en el Bad Rock Café, una cervecería que ella conocía bien, decorada en rojo y negro, con una terraza con vistas al mar. Clientes habituales de la zona, jóvenes la mayoría, algunos turistas con la guía sobre la mesa, viejos la mayoría. Stacey saludó con dos besos a uno de los camareros, que le dio una buena palmada en el culo y una mesa en la terraza y les trajo dos pintas de cerveza.

—¡A ese chico lo desvirgué yo! —dijo Stacey a Anne entre risas.

—Pues, hija, qué buena acción, eso es casi caridad.

—¡No exageres! ¿Te parece tan feo?

—No sé qué es peor, los ojos de besugo o el acento de Caux.

—¡Ay, la señora burguesa que se cree superior con su acento de Bray!

Rieron y brindaron por los acentos normandos. Anne empezó a hablar de sus relaciones amorosas, o más bien de la ausencia de relaciones amorosas… y de sus fiascos sexuales. Contó su última desventura. Fue en Bumble, una aplicación de citas. Había conocido a un tipo, bastante mono, aficionado a las motos. Fueron a comer a un restaurante, volvió a casa con él y se metieron directamente en la cama. El tipo le había desabrochado el sujetador con una mano y se le había tirado directo al pecho. En aquel preciso momento se había puesto en marcha el lavavajillas de Anne. Lo había recibido aquella misma mañana y, como gran aficionada a los electrodomésticos, lo había dejado programado para la noche. Lo único era que, metida en la cama con aquel tipo, no lograba concentrarse en nada que no fuera el ruido del maldito lavavajillas. Maldecía al dependiente de

Darty que se lo había vendido como el más silencioso de la tienda. Intentó hacer ruido ella también y, mientras él la penetraba, se había puesto a gemir, a gritar. Le pareció que funcionaba, que cuanto más gritaba para cubrir el ruido, más lograba volver a estar en su cuerpo. Pero el tipo había parado en seco.

—Así que le pregunto qué le pasa y me dice: «Lo siento, pero es que no me gustan las mujeres que fingen», entonces le digo: «No, si no estoy fingiendo, estoy tapando el ruido del lavavajillas», ¿y sabes lo que me responde el muy imbécil? Me dice: «No me gustan las mujeres que tapan el ruido del lavavajillas».

Lloraban de risa cuando el camarero les trajo otras dos pintas, dos platos de patatas fritas y una cazuela de mejillones. Comieron en silencio, con la mirada vuelta hacia el puerto.

Stacey habló de Arnaud. Al final estaban juntos. Sí, era verdad que igual estaba un poco enamorada de él, pero no comprendía bien por qué. Contó que había ido sucediendo paulatinamente. Después de acostarse con él en marzo, muy alcoholizada, había repetido, quizás más alcoholizada todavía, y una noche había llevado a otra. Le gustaban sus tatuajes. Le gustaba cómo la abrazaba. Podía ser cariñoso a veces. Celoso también. En los bares le rodeaba los hombros, el cuello, con los brazos, mirando a los demás hombres. Una vez estuvo a punto de pegar a un tipo solo porque había mirado demasiado a Stacey por la calle. No hablaba mucho. ¿Palabras de amor? Ah, no, no era la clase de tipo que dice palabras de amor… La mirada de Stacey se perdió un poco más lejos, hacia el mar. Luego dijo, alegre de pronto:

—Sabes, soy adicta al agua fría. Bueno, de todas mis adicciones tampoco es la peor.

—Pero ¿por qué, qué sientes?

—Creo que necesito que mi cuerpo no sienta nada. A veces cojo el tren, voy y vuelvo al mar en el día solo para meterme en el agua helada y lo suelto todo.

Mientras Stacey nadaba, habían aflorado sus recuerdos, habían salido a la superficie.

—Sí, soy una puta, como mi madre, ¡y a mucha honra! ¡A ti qué te importa!

Eran las frases que le había dicho al señor director adjunto del centro de acogida, que la había llamado a su despacho cuando tenía trece años. No le gustaba aquel tipo, para quien los jóvenes de los servicios sociales no eran más que números.

El día que entró en el centro oyó a aquel mismo bastardo del director de los cojones decir a alguien por teléfono: «Entra porque su madre era puta, va a haber que tenerla vigilada». No perdonaría aquella frase, jamás. Y lo que siempre recordaría era que en aquel momento había querido ser puta. Por la dignidad de su madre. Porque si su madre era puta, entonces puta quería ser ella. Puta para ser una mujer tan divertida e inteligente como su madre. Puta para poder levantarse tarde por la mañana y acostarse tarde por la noche. Puta para decidir.

Stacey recordaba el trabajo de su madre en el supermercado Leclerc. Siempre le dolían los brazos o la espalda. Trabajaba horas interminables. Tenía que pagar a una niñera para que se ocupase de su hija, todo el sueldo se iba en eso y ellas ya no se veían. Stacey se agarraba a ella desesperadamente cuando se iba por la mañana. Su madre había acabado dimitiendo. Había vuelto a dibujar, sonreía de nuevo. Cuando Stacey dormía, a veces se ausentaba unas horas y regresaba en silencio, siempre antes de que ella despertase. Habían podido mudarse a un apartamento más grande en el edificio de vivienda social. Stacey tenía su propia habitación. Su madre también. Una vecina las denunció y se presentó un trabajador social. Habían interrogado a Stacey sobre el trabajo de su madre y sobre los motivos para faltar tanto al colegio. El trabajador social era muy simpático, venía a verlas regularmente, se reía con ella y hacía

dibujos, ayudaba a su madre a rellenar formularios. Stacey no sabía qué es lo que había hecho que todo cambiase. Quizás el otro trabajador social, menos simpático. Siempre haciendo preguntas que en realidad eran afirmaciones. O igual aquel otro tipo que venía cada vez más a menudo a ver a su madre, que tenía mala pinta y le hacía llorar. Un día, aquel tipo se llevó a su madre durante varios días. Stacey tuvo mucho miedo, pero se las arregló, no se atrevió a llamar a nadie por miedo a que el trabajador social las denunciase. Y de todas formas, aparte de su madre, no tenía más familia, no tenía abuelos ni tía… Empezaron a crecer pilas de ropa por la casa, ya no se ponía la lavadora, se usaba la ropa y se tiraba al montón, se comía en la cama o en el sofá, los platos sucios se amontonaban en la cocina. Stacey seguía lavando la bañera, el váter, pasaba el aspirador por donde cabía, porque así se habían repartido las tareas. Las ausencias de su madre se repetían, cada vez más largas. Hubo un juez. Se ordenó la entrada urgente en el centro. Su madre se había ido a Burdeos, le mandó el vídeo de un concierto de Stacey Kent para decirle cuánto la quería. Murió unos días más tarde en un accidente de coche.

La primera vez se había fugado del centro de acogida de urgencia con una chica mayor que ella. Fue a parar al apartamento de unos tipos, forzada a hacer varias felaciones a aquellos tíos puestos en fila, antes de volver al centro, donde se había abrazado en su cuarto un fular que había pertenecido a su madre. Había pedido ayuda a aquella educadora que le gustaba mucho. Pero igualmente perdió la plaza, era el protocolo: después de cuarenta y ocho horas de fuga sales de los centros, que ya están saturadísimos. Volvió a otros apartamentos, a otras fiestas, donde había que fumar y beber mucho. Se había aficionado a vagar por la calle, de noche. Fuga, pérdida de plaza, policía, vuelta al centro de acogida de urgencia, fuga, pérdida de plaza, policía, vuelta al centro de acogida de urgencia, luego a centros diversos y variados. Le reprochaban que no fuera capaz de quedarse en ningún sitio. Sobre todo, la catalogaron como puta. Catorce años y declarada puta.

Puta para poder pagarse la ropa, las deportivas que le gustaban, el maquillaje y el McDonald’s.

Puta para escupir a aquella vida de mierda.

Puta para recuperar el control de su puto destino.

Había empezado intercambiando felaciones por mercancía. Había tipos que la llevaban a «pescar peces gordos», es decir, hombres mayores ricos. Aprendió progresivamente a convertirse en profesional del sexo. A elegir a su guerrero y a su protector. A hacer que los tipos se corrieran rápido para que no tuvieran tiempo de pasarse. Si no, la cosa podía torcerse. Aprendió a controlar. Un cuerpo disociado de la mente que divaga. Un cuerpo acorazado para proteger un jardín secreto. Un cuerpo anestesiado, lleno de moratones, que picaba, que ardía.

A los dieciséis años, tras una enésima entrada en un centro de acogida de urgencia, la alojaron en un apartamento tutelado. Le dijeron: «Eres autónoma, esta es tu casa, pero hay reglas, no traes hombres, nada de fiestas, descansas, te haces la comida, duermes». Eso se lo dijo Salma, cincuenta años, educadora, con la cara marcada y los ojos brillantes. Salma no rechazaba a Stacey. No tenía miedo de su cuerpo, que practicaba sexo hasta hacerse daño. Le proponía masajes con ungüentos, la dejaba dormir por la mañana para recuperarse, la acompañaba al centro de detección de enfermedades de transmisión sexual, al de planificación familiar, le leía los efectos secundarios de la píldora del día después, la ayudaba a hacer la compra, incluso le había pasado recetas de cocina. Stacey recordaba aquella mañana en que Salma la llevó a tomar un café a Saint-Sever, al Chiquito precisamente, justo al lado de su casa, en la calle Lafayette. Salma sabía cuánto le gustaba a Stacey tomar café y, sobre todo, había entendido que no era tanto la bebida lo que le gustaba como el hecho de sentarse a una mesa, pedir al camarero, la sensación de legitimidad y confianza que eso le procuraba.

Stacey había llorado, de golpe, ella que nunca lloraba, el cansancio acumulado de las noches sin dormir, el estrés, la carencia. Salma la había abrazado, un olor parecido al pachulí de su madre. Stacey le contó sus angustias, el miedo a que aquello no acabase nunca. Y también su asco de los hombres. Había uno en particular que le daba ganas de vomitar. Se creía importante, venía en traje, se decía que era abogado cuando en realidad no era más que un asqueroso.

—¡Es que lo mataría, lo cortaría en pedazos, le arrancaría los huesos!

—Cortar, arrancar los huesos…, ¡igual esa es tu vocación, carnicera!

Salma lo había dicho en broma, para distraerla de la tristeza y aligerar los dramas como tan bien sabía hacer, pero Stacey se había aferrado a aquello.

—¿Y por qué no? ¿Eh? ¡Si puedo ser puta, puedo ser carnicera!

—¡Formación profesional! —le había replicado Salma.

Entonces escribieron «objetivo carnicera» en el proyecto personalizado de Stacey que sería enviado a los servicios sociales y a la mañana siguiente fueron a hacer la matrícula en el centro. El responsable de la formación le dijo que era una elección muy valiente, que tendría que aguantar, porque era un oficio duro, muy físico, que hacían falta brazos, resistencia, y que en el curso solo había chicos. Salvo aquel año, que era totalmente excepcional, porque otra chica acababa de matricularse.

El barullo de las copas que brindaban en medio de los cuchillos y la carne. Una decoración en suaves tonos pastel. Carteles gráficos, ladeados, vitrinas de exposición relucientes. Se habría dicho la apertura de una exposición de obras de arte, era la inauguración de una carnicería. El local estaba atestado de gente, vecinos, algunos conocidos del barrio y hasta la prensa local. Anne y Stacey estaban en el centro del local, muy arregladas, guapísimas detrás del tajo estilo industrial colocado en el medio, con delantal de cuero marrón y blusa rosa de cuadros Vichy. Hacían un brindis: «Estamos muy orgullosas de empezar este mes de junio con la inauguración de nuestra carnicería», comentó Anne. «¡Gracias por haber respondido todos a nuestra invitación!», añadió Stacey. «Esperamos traer alegría a este barrio en el que crecí. ¡Queremos ofrecerles la mejor carne de Ruan!», prosiguió Anne. «¡Disfruten de la degustación!», concluyó Stacey entre aplausos.

Un hombre, apenas treinta años, se acercó a Anne.

—Soy periodista del *Paris Normandie*, ¿puedo hacerte unas preguntas?

Le pareció un poco tímido. Era muy guapo, de rasgos finos, moreno.

—Sí, claro.

—Esto es una carnicería, ¿verdad? Cuando he entrado, he dudado entre un bar y una galería de arte…

Anne fingió una risita incómoda.

—Sí, desde luego, es una carnicería, ¡aunque entiendo que uno se lo pregunte!

El periodista sonrió a Anne, seducido.

—No es lo habitual ese gran tajo en el medio, ¿verdad?

—No, pero para nosotras es algo central, ¡y no es un mal juego de palabras! Queremos tener al cliente con nosotras, a nuestro lado, para que nos vea trabajar, cortar, deshuesar, que vea realmente la

carne, que pueda elegir las piezas. Por eso hemos puesto taburetes alrededor del tajo, los clientes van a sentarse ahí mientras esperan el pedido, podremos ofrecerles que prueben el salchichón, el jamón, la morcilla… Es una lástima que haya siempre esa distancia entre el carnicero y su cliente, que estén siempre separados por una vitrina, ¿no le parece?

El periodista se sonrojó, le costaba sostener la mirada de Anne, sin duda alguna a causa de la asombrosa profesionalidad de la joven, salvo que lo perturbase el efecto combinado de su escote y el delantal atado a la cintura, quién sabe. Farfulló su siguiente pregunta:

—Sois dos, ¿quién es la otra carnicera?

Anne se había dado cuenta de la incomodidad del periodista. Le sonrió e hizo un gesto a Stacey, ocupada con el grifo de cerveza, para que se acercase.

—Le presento a Stacey. Stacey, te presento a…

—Nour, me llamo Nour.

—Encantada —dijo Stacey examinando al joven de arriba abajo.

Lo encontró irresistible.

Anne reanudó con énfasis sus explicaciones. Se habían conocido durante su formación, eran las dos únicas chicas del curso, se habían apoyado la una a la otra y eso las había unido mucho. Describió cómo eran complementarias en el trabajo, su propia precisión en los gestos, su buen conocimiento del medio y los animales, la creatividad de Stacey, su talento para inventar recetas.

—Precisamente, ¿qué es lo que podremos comprar en Las Carniceras a partir de mañana? ¿Cuáles serán vuestras especialidades?

—Yo nací con el cerdo, la salchicha y la carne picada, por eso quiero revalorizar la carne como la que nos gustaba comer en la infancia. La gente tiene cuidado, ya no la come a diario, de modo que cuando se come entre semana compensa disfrutar de productos de calidad y grasas saludables… Por ejemplo, quiero revalorizar el pato, el conejo, el pichón. También me gustaría acercar al cliente al animal: todas las semanas anunciaremos en los carteles lo que hemos recibido. Si es cerdo, pues bien, ¡les mostraremos que en el

cerdo todo se aprovecha! ¡Hasta los cojones se comen!

El periodista había tomado un sorbo de champán que a punto estuvo de escupir, lo que hizo reír a Stacey.

—No somos las únicas normandas que los cocinan, ¿sabe? —dijo Anne queriendo ser tranquilizadora—. Fue Laëtitia Visse, normanda también, quien lo hizo viral con su libro *Diez formas de preparar criadillas*.

Nour miraba a las dos jóvenes, fascinado. Anne siguió hablando, no había forma de pararla:

—Bien, volviendo a lo que podrán comer los clientes de Las Carniceras, vamos a ir aumentando la capacidad progresivamente. Como de momento somos solo dos, Stacey y yo, empezaremos con una oferta limitada. Stacey ha pensado para este primer verano en acompañar a nuestros clientes en sus barbacoas y tablas de aperitivo…

El joven periodista estaba subyugado. Le contó a Anne que sus padres también habían sido carniceros, en el pueblo. Y aunque la carnicería de su infancia era muy distinta a aquella, reconocía en Las Carniceras la misma pasión por el oficio. Había insistido en su periódico para cubrir la noticia de la inauguración. Anne le agarró el brazo con suavidad y lo condujo hacia las vitrinas, le mostró un trozo de lacón envuelto en una hoja de espinaca, brochetas frías de pepinillo con salchicha, morcilla con manzana, jamón de Parma con melón, paté en costra a la grosella, gran variedad de terrinas y patés…

Las chicas habían trabajado como locas. En la fiesta de lanzamiento no había que cometer errores. No habían ido a la escuela de negocios, pero ambas tenían muy buena intuición. El ambiente era alegre, la gente estaba primeramente sorprendida por la decoración, el estilo, después maravillada por las preparaciones culinarias de las dos carniceras. Nadie, o casi nadie, había evocado al antiguo jefe. Anne solo había oído uno o dos comentarios de comerciantes del barrio que habían acudido a la inauguración, más para inspeccionar la tienda de un rival en potencia que para apoyar

la instalación de un futuro colega. «Claro, a los jóvenes les gusta la decoración, pero ahora tendrán que madrugar y mantener el ritmo», dejó caer uno de ellos. Sin mencionar, desde luego, una pizca de sexismo común: «Tendrían que buscar un carnicero de verdad antes de lanzarse», o: «Ahora son jóvenes, pero en cuanto tengan hijos verán que este oficio no es para ellas».

La gente se quedó hasta medianoche, luego Anne les hizo entender que no quería que la acusaran de escándalo nocturno ya la primera noche. Todos obedecieron. Salvo Arnaud. Era obvio que había acudido a la inauguración menos para apoyar a Stacey que para dejar claro que era su hombre, buscando sistemáticamente rodearle la cintura con el brazo, tocarle el culo delante de todo el mundo mientras ella servía, inmiscuyéndose en las conversaciones para dar su opinión, su opinión de «jefe charcutero». Y por si fuera poco, estaba como una cuba desde las nueve. Stacey no podía más. Anne enseñó los dientes para echarlo del local. «Esta no es tu casa. Largo, y rapidito». Él no dijo nada, se limitó a llamar «puta asquerosa» a Stacey.

Se quedaron las dos recogiendo, luego bebiendo, una botella de calvados traída del sótano. Como en los viejos tiempos de sus años de estudiantes, soñaron con convertirse en las mejores carniceras de la zona, con que su negocio fuera un éxito. Ya imaginaban el artículo que el periodista escribiría sobre ellas: «Anne y Stacey, dos carniceras sensuales y carnívoras…». Cerraron a las dos de la mañana, bajaron la persiana de hierro rojo sanguinolento.

Las dos de la mañana, totalmente borracho, Arnaud la había esperado en el portal de su casa, gritaba, no había manera de hacerlo callar, acabó por despertar a un vecino. Stacey no tuvo otra opción, le abrió la puerta, por lo menos dejaría de revolucionar el vecindario. Entró, muy tranquilo de pronto. Demasiado tranquilo. La insultaba, ahora con frialdad, articulando las palabras. «Quién te crees que eres con tu carnicería, no eres nada. Una mierda. No vales para nada. La inauguración de la carnicería ha sido penosa. Todo estaba asqueroso. Tú ahí pavoneándote, estabas ridícula con ese delantal. Solo vales para fregar váteres, para fregar mierda». ¿Por qué no se había vuelto con él, a ver? ¿Por qué se había quedado con Anne? Una puta asquerosa. Se acostaba con Anne, estaba seguro. Era feísima esa chica, con esas tetazas parecía una vaca, de verdad, a esa no la tocaba él ni con un palo, era asquerosa. Aunque para Stacey igual valía. Se había ido acercando a ella cada vez más. Ella había retrocedido hasta la pared de su habitación. Sentía latir su corazón y un silencio por dentro que no la dejaba hablar. La aplastó y le agarró la garganta. «Vamos, di que quieres follarte a tu amiga». Repetía las mismas preguntas: «¿A quién quieres follarte esta noche, eh? ¿Por qué querías que me fuera de la carnicería? ¿Me contestas o qué? ¿Me contestas o qué? ¿Me contestas o qué?», pero ella no podía emitir sonido alguno y eso multiplicaba su ira. Entonces la soltó para que cayera al suelo y la molió a patadas, «perra miserable», «te está bien empleado, perra miserable», «chillas como una perra». Ella lloraba, en posición fetal en el suelo. No era el dolor de unos cuantos golpes, era un sufrimiento de las profundidades. Como si ya no existiera, como si no fuera nada. Pensó que Arnaud tenía razón, que era una miserable, un despojo. Luego temió que se fuera, que la dejara, que la abandonase como su madre en el pasado. Se levantó para ir a buscarlo, acurrucarse en sus brazos, refugiarse. Él se había sentado a la mesa de la cocina, bebía. Ella le

dijo que lo sentía, que habría debido marcharse con él de la inauguración, que se había quedado a limpiar la carnicería con Anne, pero que habría debido ir a buscarlo después. Él ni la miraba. Ella quiso desabrocharle el pantalón, pero él la retuvo.

—Eres tan patética que no me apetece ni follarte.

Se quedó un rato aferrada a él, mendigando un gesto de cariño. Él terminó por acariciarle el pelo. Luego se durmió vestido en su cama. Stacey se quedó largo rato mirándolo con una mezcla de ternura y terror. ¿Qué había hecho ella para que todo degenerase hasta aquel extremo? Ya eran las seis. Abrían la carnicería a las diez. Tenía que prepararse. Digerir sus emociones. Ducharse. Mirarse en el espejo del baño. No tenía ni un hematoma, al fin y al cabo, era una simple pelea de pareja. Decidió ir al trabajo caminando, cuarenta minutos de marcha para recuperarse de una noche en blanco.

Una mañana tibia de primavera con olor a verano, Stacey olfateó con deleite el perfume de los castaños en la calle Lafayette, junto a su casa. Sentir más que pensar. Llegó al puente, su horizonte abierto al Sena, el reflejo del sol en el agua. Pasar por el Teatre des Arts, subir la calle Jeanne-d'Arc hacia la plaza Verdrel, la vergüenza que empezaba a pesarle en las piernas. Sobre todo no mencionárselo a Anne. El jardín, los patos en el estanque, los cerezos cargados con el peso de las flores, la plaza del museo de Bellas Artes, la elegancia. Stacey llegaba ya al bulevar del Yser, una frontera con la miseria, allí donde los barrios burgueses expulsaban a sus borrachos, sus chulos, sus putas y sus locos. Anne pensaría que Stacey era patética. Y tendría razón. Caminar deprisa. Subir las calles con casas de ladrillo rojo del barrio Jouvenet. Calmarse antes de empezar el trabajo, centrarse en los bonitos jardines perfumados de flores. El bar junto a la carnicería estaba abierto. Stacey entró, olía ya a esa mezcla característica de sudor, alcohol y tabaco frío que la reconfortaba y le repugnaba al mismo tiempo. Momo y Nadine se encontraban detrás de la barra bostezando. Estaban preparando el desayuno de su niño de cuatro años. Le sonrieron a Stacey cuando entró.

—Enhorabuena por lo de anoche —dijo Momo—, estuvo genial la

inauguración.

Momo le ofreció un café. Nadine la miraba amablemente. Añadió:

—Sabéis, estamos orgullosos de ver a jóvenes comerciantes como vosotras abriendo una carnicería. No es poca cosa. Sois valientes.

Stacey sintió que se le llenaban los ojos de lágrimas. Habría podido abrazar a Nadine. No, no era una mierda. Era carnicera, era fuerte. Recuperó el habla.

—Nosotras también estamos orgullosas de instalarnos al lado de gente como vosotros.

Estaba tomando el café de pie cuando Anne abrió la puerta.

—Me imaginaba que estarías aquí, ¿estás lista, Stacey?

—¡Sí, en plena forma, deseando empezar!

Stacey tenía ganas de volver a los cuchillos, a las tablas de cortar. Tenía ganas de lacerar carne. Relleno, sí, iba a preparar relleno.

Anne tuvo su propio apartamento el día que le dio una bofetada.

Tenía diecisiete años. Él le había dado permiso para volver a las doce de la noche. Ella había negociado las doce y media. Él había refunfuñado que eso no le iba a impedir despertarla a las cinco a la mañana siguiente, porque la vida no estaba hecha para los holgazanes. El de carnicero no era un oficio de holgazanes. Ella había besado a su padre antes de irse, el famoso «besito a papá».

La habían invitado a una fiesta organizada en casa de Paul, donde se encontraba toda su pandilla de amigos del instituto. Paul vivía con sus padres en una bonita casa burguesa rodeada de campos. Estos llevaban unos días fuera, pero la casa estaba igualmente impecable y lista para recibirlos. Un precioso mantel de tela dorada cubría la gran mesa del comedor, con servilletas de papel a juego cuidadosamente dobladas en servilleteros y platos de aperitivos que solo esperaban a ser degustados. Junto a la gran sala de recepción, un saloncito donde crepitaba un fuego de leña. Los sillones y el sofá, protegidos por sábanas, habían sido dispuestos de forma que quedase libre una pista de baile, bajo una luz tamizada de halógenos y lamparitas de mesa. En aquel ambiente elegante y acogedor, la fiesta no podía más que empezar de la mejor manera. Entre el grupo de amigos, todos habían seguido carreras muy diferentes al salir del instituto, de modo que cada cual traía su propia anécdota, con la alegría de contarla, de presentar a tal o cual persona recientemente conocida y de decirse cuánto se habían echado de menos. Anne había echado de menos a Paul. Normalmente solo bebía refrescos, pero no quiso rechazar el cóctel que él le tendía. No era una fiesta como las demás.

Anne llevaba su sempiterno vaquero Levi’s, una camiseta negra algo más ajustada que de costumbre, se había puesto rímel. En la calidez de aquella casa, de los pasteles y los cócteles, había sentido que su timidez se eclipsaba, su cuerpo se relajaba. Se veía reír y se

oía hablar. Había tomado otro cóctel para enfrentarse a la pista de baile. Con un tema de Dalida, había cerrado los ojos, liberando los movimientos de su cuerpo, olvidando sus caderas, que encontraba demasiado anchas. Había sentido la mirada de Paul. Había tomado un vodka caramelo. Él la había invitado a bailar. Muslo contra muslo, pecho contra pecho, la presión de las vísceras. En la casa se habían ido formando poco a poco parejas que se besaban en las habitaciones. Anne había dejado que Paul le cogiera la mano y la llevase al piso donde estaba su cuarto. Se habían besado sobre la cama, carnes, lenguas y pieles. Ella nunca lo había hecho. Sin embargo, Anne vio que su cuerpo actuaba con una destreza ancestral y primitiva. Quitarle a Paul la camiseta, el cinturón. Desvestirse, quedarse en ropa interior. Bajarle el pantalón, el calzoncillo. Dejar que se quitase los calcetines. Acariciarle el sexo. Suavemente, sin prisa. Sentarse en su verga endurecida. El dolor en la penetración fue cubierto por el grito de Paul. Anne se alegraba de haberlo hecho. Le gustaba mucho aquel chico. Antes de irse, ella le preguntó si podía ducharse. Disimular los rastros.

Cuando Paul la llevó a su casa, justo a la hora acordada, su padre la esperaba en la cocina. Fue como si lo hubiera olido. A pesar de la ducha, del jabón con que había frotado su cuerpo entero, su vulva, por más que le picara. Él le había dicho: «Lo leo en tus ojos». Le había dicho: «Va a ser que eres una zorra». Y la había aplastado contra el mueble de la cocina agarrándole violentamente el pelo, las caderas. Ella no había gritado, incapaz de debatirse, ahogada en su aliento cargado de *whisky*. Le había acariciado los pechos y dentro de ella todo se volvió silencio. Pero en cuanto sintió que su padre dejaba de apretarla, se volvió y le dio una bofetada. Con todas sus fuerzas. Su padre se quedó helado. Le lanzó su mirada de «papá perdón» tratando de besarle el cuello. Por primera vez, ella lo apartó de un empujón, gritando.

La tarde siguiente, cuando volvió del centro de formación, él le tendió un llavero. Sorprendentemente, su hermano no dijo nada, él, que siempre había tenido celos.

Era un estudio en pleno centro de Ruan, amueblado, su primer apartamento, en la calle Damiette.

—¿No me das las gracias?
No le dio las gracias.

Las chicas se ocupaban del cerdo. Las seis de la mañana, apenas amanecía, un cerdo de ciento diez kilos recién entregado, un animal hermoso.

Anne se ocupaba de serrar la cabeza y de deshuesarla, mientras Stacey se aplicaba en el despiece primario: separar el jamón, el pecho y la espaldilla. Tras haber retirado las orejas para unos futuros chicharros y sacado los sesos para rellenar buñuelos, Anne se esmeraba rodeando la cuenca del ojo con cuchilladas lo bastante duras como para separar después la mandíbula y desprender las dos mejillas del animal. Machetas, cuchillo de trinchar, cuchillo deshuesador, Stacey pasaba de unos a otros con una destreza impresionante, se trataba de tener cuidado de trabajar en la grasa para no estropear la carne. Después se repartieron las piezas. Habían dispuesto las cubetas delante de ellas, en la primera, la carne muy roja, para hacer salchichón; en la segunda, la carne fibrosa, para las salchichas; en la tercera, los despojos y todas las carnes sangrantes para los patés; en la cuarta, la grasa blanda, sacada del interior de la carcasa; en la quinta, la corteza de tocino, la piel del cerdo, para las morcillas. Entre el ruido de los cuchillos que se afilaban, Anne y Stacey dejaban divagar sus pensamientos. No había momento más íntimo que el del corte.

—He quedado con Nour, el periodista —dijo Anne.

Stacey estaba quitando la piel de la espaldilla.

—Por cómo te miraba en la inauguración, no me extraña que intente ligar contigo.

—Lo he llamado yo.

Stacey alzó la cabeza y estuvo a punto de echar a perder el corte del jarrete.

—¡Resulta que la señora va de caza!

No era propio de Anne dar el primer paso. Sin embargo, había escrito a Nour, con intenciones medio profesionales, medio

personales. En su mensaje le daba las gracias por el elogioso artículo de prensa, que les había traído clientes. Y lo invitaba a tomar algo. Aquel chico le inspiraba confianza. Por instinto. Su forma de mirarla le parecía dulce. Le gustaban las largas pestañas que rodeaban sus ojos, sus modales, la dicción algo afectada de sus palabras, sus fórmulas de cortesía.

—Pero ahora me pregunto qué podría decirle… Debe de ser musulmán, ¡ni siquiera podré hablarle de cómo despiezo el cerdo!

Stacey hizo una pausa y miró a Anne con una sonrisa. La incapacidad de Anne de disociarse de su profesión siempre la había sorprendido y conmovido. Era como si no tuviera existencia propia fuera de la carnicería.

—¿Porque cuando ligas con un tío le hablas de tu trabajo, en serio?

A modo de respuesta, el ruido de la sierra en la carcasa. En la cuarta costilla, Anne atacó directamente el pecho, serraba el hueso cuidando de no estropear la carne.

—¡Mira qué lonchas voy a hacer para barbacoa!

Stacey silbó con admiración.

—¡Van a quedar magníficas!

Hundió el cuchillo en la grasa blanca, cortando lo que quedaba de espaldilla para las futuras salchichas frescas y reflexionando sobre los consejos que podía dar a su amiga para su cita. Eran totalmente distintas.

—Haz que te hable de él. Eso siempre funciona. Le haces preguntas sobre el periodismo. O sobre su madre, ¡a los tíos les encanta hablar de su madre!

Anne sonreía, lo que animó a Stacey a proseguir:

—Todo está en la mirada. ¡Tienes que mirarlo con admiración! Que se sienta el centro del mundo. Y luego piensas en el sexo. Te imaginas haciéndolo con él… Y entonces ya verás, es mágico, el tío se pone inmediatamente a pensar en lo mismo que tú.

—¡Pero no sé si voy a querer acostarme con él!

Stacey se dio cuenta de que había ido demasiado rápido.

—¿Te gusta, por lo menos?

Anne pensó en las largas pestañas de Nour.

—Sus ojos quizás… ¿A ti Arnaud te sigue gustando?

Anne volvió a pensar en la fiesta de inauguración de la carnicería. En la forma en que aquel chico había mostrado ostensiblemente que Stacey le pertenecía, en sus gestos vulgares, de propietario. En su aliento cargado de alcohol y de celos al final de la fiesta. De buena gana le habría clavado el cuchillo en las tripas…

—Me sigue gustando, pero es un macarra —respondió Stacey—. Debería dejarlo —añadió.

Al mismo ritmo, los cuchillos de las chicas se hundían en la grasa blanca de las carnes rosas. Hermosas tajadas con ribete de tocino. Desollar la carne, desnervar, afilar los cuchillos. Una vez terminada la preparación del cerdo, se dedicaron a las salchichas frescas. Con las manos en la carne, las manos que sujetaban firmemente la tripa de cerdo en el embutidor, las manos que hacían que entrase la carne de forma homogénea. El ruido de la máquina. El cansancio de aquella primera parte de la mañana, que se dejaba sentir. Y la jornada con la clientela, que aún no había empezado.

—De verdad que necesitamos a alguien para que nos ayude en la tienda —afirmó Anne—, o no vamos a aguantar el ritmo.

Anne ya había redactado una oferta de empleo. Deseaban que fuera una mujer, con conocimientos de carnicería si era posible, aunque también podían formarla. El anuncio estipulaba: «Se contrata mujer con o sin experiencia para llevar la caja de una carnicería, atender a los clientes, ayudar en la preparación y la estética del escaparate».

El sudor les corría de los hombros a las piernas.

—¿Nos hemos ganado un café antes de abrir?

Las ocho y media. Se sentaron en la terraza del bar, en una encrucijada de coches, jóvenes ejecutivos dinámicos, padres que llevaban a sus hijos al colegio, obreros que también se concedían una primera pausa en su jornada, ya bien avanzada. Tomaron uno largo y uno doble. A gusto en sus cuerpos, a gusto en su mente, tras una buena sesión de despiece. Estaban relajadas. Aquel cerdo no se les había resistido.

Michèle se levantó de un salto y fue al lavabo a beber un vaso de agua. Aquella mañana tenía una entrevista, temprano, a las ocho, en una carnicería. Se duchó con agua casi fría, ya hacía bastante calor en su estudio. Quería evitar el riesgo de transpiración, porque si había algo que no soportaba eran los cercos bajo los brazos. Reforzó su prevención del sudor con tres fuertes pasadas de desodorante en las axilas. Miró su cuerpo desnudo en el espejo, su cuerpo liso de hombros anchos, su cintura estrechísima sobre las caderas angulosas, su pubis piloso como una araña, sus piernas musculosas. Se gustaba bastante. Se preguntó si el platino de su pelo corto decolorado, que hacía un bonito contraste con su piel, no sería la causa de sus fracasos en las diversas entrevistas de trabajo que había tenido hasta entonces. La recibían con miradas desconfiadas, con lecturas de su cuerpo de arriba abajo. Para los puestos de recepcionista, le habían dicho que no era lo bastante femenina. Para los puestos de dependienta, que no era lo bastante amable. Para los puestos de camarera, que parecía faltarle dinamismo. De modo que, para aquel trabajo polivalente de ayudante de carnicería, era evidente que una vez más algo iba a salir mal.

Michèle se puso un sujetador sobre el que abotonó una blusa blanca satinada. Luego se puso su pantalón gris, del mismo acrílico barato brillante que la blusa y cuyo tejido elástico acogía sus nalgas respingonas al tiempo que se ajustaba correctamente a su cintura, a sus piernas finas y arqueadas. Estaba lista, salvo por un flis de colonia. Vaciló en cuanto al maquillaje; quizás sí. La entrevista se hacía en una carnicería de carniceras, Michèle había localizado el sitio el día anterior, parecían coquetas las chicas que trabajaban allí, con sus blusas de cuadros Vichy rosas; entonces Michèle aplicó rímel en sus largas pestañas y se puso unos derbis planos con cordones, de un charol negro que le encantaba. Iba a coger la mochila cuando cambió de opinión. Tenía un bolso en el armario, uno básico de

cuadros grises de *tweed* de imitación, pero era un bolso igualmente. Metió la cartera. Quería llevar también el sobre con su currículum y hojas para tomar notas, le gustaba tomar notas en las entrevistas, le tranquilizaba y evitaba que agitase el pie con un ritmo intempestivo. *Fuck* el bolso, no cabía nada dentro. La mochila le vendría mejor. Nota mental para futuras entrevistas: comprarse un bolso grande. Michèle bajó en el ascensor del bloque de edificios, un vistazo en contrapicado a la ciudad de Ruan, y se metió en el tranvía, línea T1 sentido Boulingrin.

Cuando aquella chica entró por la puerta acristalada de la carnicería, no les gustó. Michèle desprendía un olor a hombre —colonia y desodorante Mennen— que desde el primer momento las incomodó. Quizás también Michèle, en su extrañeza, les recordase algo desagradablemente familiar. De aproximadamente la misma edad, misma búsqueda de estilo pero poco conseguida, misma primera mirada indiferente, antipática incluso. Y además Stacey y Anne esperaban ver entrar a una mujer blanca y no negra.

En su currículum cumplía con gran parte de las condiciones. Habría hecho estudios de gestión y una formación profesional en restauración que había aprobado. Se interesaba por la carne, por las maneras de prepararla. Tenía buena pinta pese al rostro poco afable a primera vista.

Anne y Stacey la habían acribillado a preguntas. Como un dúo de carnívoras en pleno despliegue de sus técnicas de caza, prometiéndose no soltar la presa. Ojo avizor ante el menor paso en falso, el menor punto débil, dispuestas a abatir al animal. ¿De dónde vienes, por qué te fuiste, qué haces en Francia, por qué dejaste la restauración, te consideras una persona tenaz, por qué quieres trabajar en una carnicería, el olor de la carne, el olor de la sangre y la sangre, la sangre en las manos, vas a poder soportarlo? ¿Y cómo te diriges a los clientes, cómo piensas hacer que tengan ganas de comer buena carne? ¿Te molestaría trabajar todo el día con mujeres?

Michèle había aguantado. Por detrás de su actitud plácida y de su

sonrisa, no solo se había mostrado tenaz, también había replicado. Tenía veintitrés años, venía de Guinea, había cogido un vuelo a Francia a los dieciséis. Su padre le había regalado el billete de ida, sin vuelta. Tremendo regalo, por lo visto allí le esperaba un gran porvenir. En su país era brillante en los estudios, soñaba con ser abogada. Pero al llegar a París no tardó en comprender que el Estado francés nunca le iba a financiar los estudios superiores. Había hecho una formación profesional porque le habían dicho que, si quería obtener el permiso de residencia a los dieciocho, debía tener una formación y un oficio; en la restauración había empleo. Cuando empezó a trabajar, en un restaurante parisino del distrito 11, el jefe manoseaba a las chicas negras que contrataba. Les decía: «Si lo cuentas, te despido, no te darán los papeles». Entonces un día, ante un gesto suyo especialmente fuera de lugar, le había estampado una olla en la cabeza. Aquello le valió unos cuantos puntos de sutura, no la había denunciado, pero adiós a su contrato de trabajo. Prefirió probar suerte en otra ciudad, en Ruan. Tenía que encontrar rápidamente otro trabajo para asegurar la renovación de su permiso de residencia. Era su única motivación verdadera y la razón por la que se presentaba para aquel puesto en la carnicería. La sangre, el olor de la carne, no eran un problema. Lo que le daba asco era el olor de los *fast foods*, los supermercados, los anuncios de refrescos, todas esas mierdas que vendían a la gente haciéndoles creer que ya no era necesario cocinar ni trabajar la tierra. En cambio, a ella le gustaba la idea de que se pudiera comer bien, comer muy bien, que la buena convivencia comenzase por un buen plato compartido, una buena carne preparada con cuidado; hablaría de las granjas, los animales y sus ganaderos. Michèle sabía defenderse y sabía contar historias.

Anne y Stacey escuchaban a Michèle, fascinadas por su labia, su franqueza, su ácido sentido del humor… Habían encontrado a su compañera de equipo.

Cuchillo carnicero, macheta, cuchillo deshuesador, cuchillo desangrador… Michèle estaba encargada del afilado, con la chaira firmemente agarrada, revisaba el nombre de cada cuchillo. Gracias a su experiencia en restauración, se había adaptado enseguida. Ya tenía el cuerpo modelado y resistente, la capacidad de soportar estar de pie durante mucho tiempo, de cargar pesadas piezas de carne y de resistir los cambios de temperatura entre la tienda y la cámara frigorífica. Se sentía en su elemento junto a las carniceras.

Al final de la entrevista pensó que no la contratarían. Aquellas dos chicas le habían parecido frías y duras como piedras. Le había sorprendido recibir una llamada suya para decirle que sí.

Una vez en la tienda, descubrió su otra cara, enseguida se entendieron en el trabajo. Con Stacey sintió inmediatamente la conexión. Le gustaba su energía, su buen humor y su forma de reírse de todo. Con ella una siempre tenía derecho a equivocarse, lo que permitió a Michèle atreverse, plantear desafíos, ser ella misma en aquel entorno carnívoro. Con Anne los primeros días habían sido más difíciles. Al fin y al cabo, era la auténtica jefa. Más distante, esperaba a que Michèle demostrase su valía. Pero la exigencia de Anne alimentaba sus ganas de hacerlo bien. Le demostraría que podía contar de verdad con ella.

El brazo de Anne caía con fuerza sobre la carcasa de ternera. Había aceptado servir un pedido excepcional. Una pareja de clientes se había peleado con su servicio de catering pocos días antes de su boda. Desesperados, habían pedido ayuda a las carniceras. Anne propuso prepararles corazón de ternera en brochetas. Les había encantado la idea. Miraba a Michèle de reojo. Se las arreglaba bien.

Sin embargo, al principio, Anne se mostró muy desconfiada. Se había reprochado el estar constantemente al acecho de una

potencial reacción racista de los clientes frente a aquella mujer de piel negra. Pero los clientes no decían nada. Leían los cartelitos rotulados por Stacey y escuchaban con atención la voz melodiosa de Michèle dándoles explicaciones. Michèle tenía la capacidad de hablar con seguridad de cosas que en ocasiones apenas conocía, de emplear refranes y usar figuras de estilo.

Y su llegada había reforzado el papel de Anne como líder. Eso le daba alas. Para después del verano imaginaba nuevos momentos clave, mañanas de «afilado de cuchillos» o aperitivos de degustación con los clientes. Bullía de ideas. Su seguridad en el trabajo también había aumentado su confianza en su vida personal. Anne había encontrado el valor de repetir las invitaciones a Nour. Un café, una copa, un restaurante. Se sentía a gusto con él. Como era locuaz, colmaba fácilmente los silencios. Ella no le hablaba de carne, no tanto a causa de la religión, no era muy practicante, sino porque era vegetariano. En realidad, les había hecho gracia: ¡ella carnicera, él vegetariano, y aun así se entendían de maravilla! Anne apreciaba la dulzura que Nour ponía en sus gestos, la atención que parecía prestar sinceramente a las personas y esa forma que tenía de colocar las palabras en las frases, con cuidado. Anne no sabía hasta dónde iba a llegar aquella relación, pero tenía ganas de saborear el encuentro sin esperar nada más, sin anticipar la obligación de una sexualidad. Tenía ganas de hacerlo a su manera.

En cuanto a Stacey, estaba en las nubes, su mente divagaba. Hacía un esfuerzo por mantener la concentración, por aferrarse. Desde hacía unos días no se encontraba bien. Tenía una bola de angustia en la garganta, un nudo doloroso. Se alegraba de la llegada de Michèle, del refuerzo que Anne y ella tanto necesitaban, de la relación amistosa que enseguida las había unido. Pero era como si aquel nuevo apoyo le permitiese cierta debilidad. Ahora que sabía que Anne podía contar con otra persona, Stacey empezaba a soltar, un poco. Quizás también en ella las alegrías —en aquel caso la alegría inesperada de abrir aquella carnicería con Anne— no pudiesen llegar nunca a echar raíces. Puede que estuviera hecha

para las dichas fugaces y no para el éxito. O tal vez su relación con Arnaud lo destrozase todo. Había vuelto a empezar. Y cuando un moratón comenzaba a borrarse, llegaba otro. De modo que, para conjurar al destino y escaparse, se había comprado una moto, una 125. Y cuando todo iba mal, la conducía.

Habían tenido la carnicería abierta todo el mes de agosto, pero Anne propuso cerrar excepcionalmente el último sábado para pasar fuera el fin de semana. Se lo habían ganado y tenían que recuperar fuerzas antes del mes de septiembre y del intenso trabajo que las esperaba hasta las fiestas de fin de año.

Anne recogería en casa de su tía las llaves de su casa de campo cerca de Sainte-Geneviève-en-Bray. La casa donde nació, la de los recuerdos de infancia y los momentos felices, la región de Bray, donde había crecido. La habían puesto en alquiler durante algunos años, pero los inquilinos se habían marchado súbitamente en junio. Le habían dejado las llaves a la tía de Anne, que vivía en una granja cercana. La casa estaba bastante bien cuidada, pero, como muchas construcciones antiguas de la zona, tenía mal aislamiento y era difícil de calentar. Su hermano había estado de acuerdo en conservarla. El último resto de memoria familiar, un lugar de reencuentro, tal vez, para más adelante.

Michèle subió detrás de Anne, Stacey las seguía en su 125. Hacía calor en las carreteras secundarias, D919, D141, pero en moto el aire estaba fresco e inundado de olores campestres, a hierba seca reunida en fardos de paja, a trigo cortado. Cuanto más se adentraban por las carreteras comarcales, más sentía Stacey el olor a excrementos de gallina, a lana de cabra y oveja, a estiércol, el olor acre y ácido de las pocilgas. «En la región de Bray, cuando se tiene un trozo de tierra, necesariamente se crían animales», había dicho Anne antes de salir.

Anne le hizo un gesto para coger un camino de tierra desde donde se veía, en la falda de una colina, una granja. Aparcaron las motos.

—Venid conmigo, las visitas en casa de la tía pueden alargarse —dijo Anne en tono divertido—. Ella tiene las llaves.

A la izquierda del camino parecía haber un vertedero de chatarra, por los chasis de toda clase de vehículos amontonadas por todas

partes, desde simples bicicletas hasta tractores agrícolas.

—Mi tía perdió a su marido muy pronto. De todas formas, ya bebía tanto desde antes que apenas la ayudaba. Su hijo tomó el relevo, pero creo que no vale gran cosa…

Se extendían a lo lejos otros campos, con un rebaño de ovejas y, más lejos aún, algunas vacas. Enseguida vieron, más abajo, una casa y dos siluetas en la escalera de entrada. Siluetas que no saludaban, que simplemente las miraban como se mira llegar el tren. Y en el pequeño patio, una decena de gatos errantes e inmóviles las miraban también fijamente.

El hijo se adelantó con torpeza, con la boca abierta, dejando ver los pocos dientes que le quedaban.

—¿Qué quieren? Esto es propiedad privada.

—Hola, Alex, soy yo, Anne. ¿No me reconoces?

La pequeña mujer encorvada meneó la cabeza.

—Hace mucho tiempo. De lejos, creímos que otra vez era gente que se había equivocado de camino. Entrad.

El hijo se contraía para forzarse a apartar los ojos de los pechos o las piernas de aquellas tres jóvenes. Un animal hambriento.

Stacey no se había hecho aquella idea de la familia de Anne. Michèle no se había hecho aquella idea del campo normando.

—Ya tomaréis un vasito de calvados —dijo la mujer encorvada.

—Uy, pero solo uno, tía, ni siquiera es por la tarde.

—Bah, precisamente, os ayudará a digerir. ¿Habéis comido por lo menos?

—Sí, sí —mintieron al unísono.

El hijo desapareció. Cuatro mujeres en torno a la mesa, cuatro vasitos, unos atrapamoscas pegajosos colgando sobre sus cabezas.

—Bueno, toma las llaves. La casa no ha cambiado mucho, ya verás. Todavía están las camas y he colocado los colchones que mandaste entregar. He puesto una cabra en el jardín por la hierba. Pues eso.

En la cocina de gas, varias ollas de mermelada desprendían un olor a frambuesa que avivó la pasión por el dulce de Stacey y la curiosidad de Michèle.

—Tomad, tomad, un tarro de mermelada de frambuesa para cada

una, para desayunar. Para lo demás, puedes ir a la granja de Jubert, en Saint-Saire.

—Y tu granja ¿cómo va?

—Bueno, ya sabes, hace mucho que ya no es una granja, lo justo para comer, hace más de veinte años que vamos sobreviviendo.

Hubo un silencio.

—¿Cuándo fue la última vez que te vi? ¿No fue en el entierro de tu padre?

—Sí, tía, así es.

—Un entierro sin cuerpo… Menuda historia… Y en la ciudad, encima… Aquí a veces son los cazadores los que hacen desaparecer a la gente, pero en la ciudad, vete a saber qué pasa…

Anne se levantó. No tenía ganas de prolongar la conversación. Besó a su tía, cosa que no había hecho al llegar.

—Fui al cementerio no hace mucho, a poner flores en la tumba de tu madre. Te pareces a ella, ¿sabes?, igual de guapa.

—Gracias, tía.

Las chicas se abrieron camino entre los gatos.

—¿Les das de comer?

—Se ocupa mi hija. Ahora trabaja en el castillo de Mesnières, nos trae muchas sobras y algunas son para los gatos.

Ni Stacey ni Michèle habían dicho palabra.

—¡Vaya cara ponéis! ¡Ni que fuerais al matadero! —exclamó Anne con alegría.

Subieron a las motos para coger otros caminos de tierra jalonados por granjas, campos y sotobosques hidratados por ríos, y al fin llegaron a Sainte-Geneviève-en-Bray. Cruzaron el pueblo. En las casas de aspecto abandonado solo quedaban los rótulos. Ultramarinos, panadería, zapatería, escuela primaria masculina… Un pueblo dormido.

Allí, al final de la única calle, frente a una escuela de ladrillo rojo con el patio aún provisto coquetamente de columpios, una casa grande amarilla y azul dominaba el valle. El rótulo del antiguo comercio adyacente seguía intacto: CARNICERÍA LUERUCHET.

—Mi padre decidió cerrar la carnicería e instalarse en Ruan cuando los pueblos de la zona se vaciaron.

Cruzaron una pesada puerta de madera con la pintura descascarillada para llegar a un vestíbulo empapelado de colores chillones y suelo de baldosas azul y beis.

—¡Guau, es auténtico *vintage*! —exclamó Stacey.

Los inquilinos no habían cambiado nada, o casi, y Anne se entregó a sus recuerdos. Justo a la izquierda, una puerta acristalada daba a la carnicería; a la derecha, la puerta del aseo y la escalera que llevaba a los dormitorios; al fondo, el salón-cocina que daba al patio y al jardín. Anne abrió la puerta de la carnicería seguida por sus dos amigas. Una estancia blanca congelada en el tiempo, y por único recuerdo las marcas de cuchillo y de sangre incrustadas en el tajo y las manchas amarillentas en el mostrador. Las chicas sintieron que las embargaba un frío de verano, el frío de ese olor impregnado de carne, el frío al imaginar aquellas grandes manos de hombre, las del abuelo y después las del padre, rompiendo la carne, y aquellas manos de mujeres tecleando en la caja registradora, la abuela y después la madre de Anne, quedándose ahí, en un rincón de la estancia. Anne cerró los ojos al inspirar.

—¿Seguimos con la visita?

Salieron de la carnicería como quien sale de un túnel. El resto de la casa parecía más acogedor. El vestíbulo empapelado de azul llevaba a un salón con antiguas baldosas de barro. Destacaba allí una hermosa chimenea que provocó en las chicas gritos de exclamación. Ya se imaginaban en invierno con una manta compartiendo cotilleos. La mirada de Anne se perdió un instante en la larga mesa de madera, la misma que había acogido las cenas familiares, sus tíos sentados, con la lengua suelta y la nariz roja, su madre sirviendo los platos, su tía muda, siempre con aspecto distraído, y su padre, que presidía en silencio.

Subieron al primer piso. Los dormitorios se sucedían, contiguos, siguiendo el tenue hilo de lo íntimo. Se conservaban el empapelado y las moquetas de época, cada una en tonos característicos, el cuarto beis con papel de formas triangulares, el cuarto malva con flores y ribetes violetas, el cuarto azul con rombos, y el cuarto verde.

La única estancia que había sido renovada por los antiguos inquilinos era el cuarto de baño, amplio, sobredimensionado incluso. De estilo muy moderno, se daba de patadas con el resto de la casa. Una inmensa bañera con hidromasaje destacaba bajo una claraboya, lo que provocó un silbido de admiración de las chicas. Abrieron los postigos y el sol inundó las habitaciones, donde dejaron las bolsas de fin de semana.

—¿Y si vamos al jardín? —propuso Stacey.

Aquel se extendía entre los árboles, el llano y el río. Improvisaron un pícnic con tostadas de paté de conejo y mermelada bajo un gran sauce llorón, unas cervezas a orillas del agua fresca. Estaban emocionadas y alegres como niñas, al tiempo que sentían esa voluptuosidad de mujer, la de una libertad inscrita en cada parcela de su cuerpo, en la textura de su piel. Bajo el calor pesado de aquel final del verano, se desvistieron sin pudor para bañarse, con las piedras calientes bajo sus nalgas, el agua helada corriendo entre sus piernas. Un relámpago partió el cielo, luego dos, acabó cayendo una lluvia fuerte que les hizo reír a carcajadas. Simularon una danza de la lluvia, persiguiéndose entre las hierbas que se habían vuelto aromáticas. Al final de la tarde se metieron las tres en la bañera de remolinos, cada una con una pierna apoyada en el borde y los pezones sobresaliendo entre la espuma.

—Qué bien se está en Neufchâât… —exclamó Stacey suspirando de placer.

—Sí, viva Neufchâât —repitieron las otras riendo.

Después se untaron largo rato con los ungüentos que Stacey había traído, se arreglaron las uñas. Las de Michèle eran muy cortas, Stacey se divirtió pegándole unas postizas. Bajaron al comedor para preparar la cena. Habían previsto hacer una barbacoa, pero como la tormenta persistía, se conformaron con la chimenea. Anne hizo un fuego, Stacey encendió un porro, Michèle sirvió vino. Pusieron música, canciones de moda, canciones más íntimas, y se contaron ciertas partes de su vida. Anne evocó su infancia en aquella casa, la muerte de su madre, el amor y las iras tenebrosas de su padre, sus gestos sofocantes, su sombra entrando furtivamente por la noche en su cuarto de adolescente. Michèle contó un poco de su Guinea: era

de una familia acomodada, su padre trabajaba para el Gobierno y su abuelo había sido médico y consejero de ministro. Habló de los días encerrada en su cuarto, castigada por su madre por haber besado a la vecinita de enfrente o por haber mirado el chichi de las mujeres que trabajaban con las piernas separadas. Ya desde muy niña no le gustaban los hombres. Le reprochaba a su madre no haberlo comprendido. Y su abuelo era un cabrón. Stacey habló de Arnaud. De sus celos y su brutalidad. Contó la noche de la inauguración de la carnicería. No había comprendido entonces que la escenas violentas volverían a empezar. Tenía ganas de dejarlo, iba a hacerlo pero tenía miedo. Cuando la sujetaba en el suelo para pegarle, su cuerpo se anestesiaba.

—¿Desea algo más? ¿Es todo? De acuerdo. ¿Puedo darle una rodaja de salchichón a su hijo?

Michèle hablaba con voz lenta y alegre, daba el cambio, tendía el datáfono. Anne y Stacey trinchaban, cortaban, sonreían. Deseaban las tres a coro: «¡Que tenga un buen día, y sobre todo buen provecho!». En septiembre, después de las vacaciones, todo el mundo acudía a Las Carniceras y parecía apreciarlas.

Salvo Rémi y Odile, la pareja de dueños de la tienda de alimentación, que criticaban. Eran demasiado jóvenes. Y toda esa nueva decoración quedaba rara… Se preguntaban si de verdad conocían el oficio. La hija no era como el padre, siempre había sido frágil.

Los tenderos hablaban de las carniceras con el panadero, la panadera, la dependienta de la panadería. Se preguntaban por qué la hija del carnicero no había cogido a un hombre para trabajar con ella, por qué había contratado a aquella chica, la pelirroja, que no hacía más que fumar, y encima con un muñón en un dedo, bien torpe tenía que ser para haberse cortado el dedo de esa forma. Y el colmo era la última. Como si con dos mujeres no fuera bastante, se habían traído a otra, y encima negra. Como si una africana pudiera saber algo de carnicería francesa. Les parecía fea.

Sabían por una de las farmacéuticas que la pelirroja iba a comprar preservativos muy frecuentemente y que tenía infecciones de orina… La negra sufría más bien de gases. En cuanto a la hija del excarnicero, lo que tenía era dolor de espalda, como era de esperar con el peso de esos pechos…

Los tenderos ya no hablaban desde hacía mucho tiempo con los dueños del bar, Momo y Nadine. A ellos les gustaban las carniceras, aunque se sintieran ligeramente incómodos por aquel comercio nuevecito que tanto contrastaba con su viejo bar de luces de neón, banquetas de escay, suelo de baldosas beis, papel de pared tabaco y

barra de mármol falso con detalles dorados. Pero las chicas eran simpáticas, tomaban el café en su local, la pequeña les compraba tabaco, ahora la negra también, eran graciosas las tres, alegraban el barrio.

Los fruteros del extremo opuesto de la plaza, Jean y Anne-Marie, cotilleaban poco. Escuchaban atentamente a sus clientes, «¿qué verdura me recomienda con esta pieza de cordero?», «son majas, ¿eh?, las carniceras, ¿a cuál prefieren?, creo que son solteras, ¿eh?». Con aquella carnicería, veían sobre todo una oportunidad para atraer nueva clientela.

El más charlatán de todos, el que más «criticaba por humanismo», como él mismo decía, era Jean-Marc, el peluquero, cuyo local estaba justo al lado de la carnicería. Fingiendo neutralidad, Jean-Marc adoraba alimentar a unos y otros con rumores, rencores o envidias. Las carniceras le ofrecían un futuro terreno de juego lleno de giros imprevistos: eran jóvenes, eran guapas, eran diferentes. No tardó en permitirse visitar a las «chicas», como las llamaba, entre dos peinados.

—Hola, chicas, ¿qué, dándole duro? Mirad, acabo de hacerle el corte a la señora Lafont… Me ha dicho que había vuelto a oír a Odile, de la tienda de alimentación, decirle a un cliente que no estaba segura de que la carne de la carnicería fuera muy fresca… ¡Desde luego no se corta!

—Pues ve y dile a la Odile esa que la que no está muy fresca es ella —respondió Stacey al momento.

Jean-Marc se echó a reír acodado en el tajo.

—Y sabéis que la señora Lafont también me ha dicho que la mujer del famoso abogado Leclerc lo ha dejado… Por lo visto él la engañaba, y con mujeres muy jóvenes… En fin, ¡vete a saber!

Las carniceras trataban de quedarse al margen de las historias del barrio. Querían integrarse, no dar mucho que hablar. Querían tener éxito, se lo habían prometido. El fin de semana en el campo las había unido, formaban una manada.

Aquella noche Stacey se ofreció para acabar de recoger. Dijo que el

trabajo le vaciaría la cabeza, que lo necesitaba. La persiana de hierro rojo de la carnicería se había quedado a medio cerrar. Con la música en los oídos, no oyó que forzaban la puerta. Se vio propulsada brutalmente contra el escaparate, el tiempo justo de darse cuenta de que era él quien la agarraba pegándose a sus caderas, sin que pudiera debatirse. Había sentido su polla dura, el perfume de Arnaud, odioso. Su cuerpo entero se puso rígido. Como agazapada en la sombra, una furia de niña demasiado tiempo callada y contenida había brotado en ella. La saña de los resilientes, la fuerza multiplicada de los supervivientes subiéndole por la espina dorsal y un sabor metálico en la boca. Su brazo ágil agarró en un movimiento la macheta posada junto a ella y con toda su fuerza se la clavó, de un solo golpe. Stacey vomitó; la visión de la sangre, por todas partes, como un mar de manchas rojas, un mar de amapolas…

Anne y Michèle estaban en el bar cuando recibieron su llamada telefónica. No comprendieron nada de las palabras confusas de su amiga, solo que había pasado algo muy grave en la carnicería.

Cuando llegaron, Stacey estaba tirada en el suelo ensangrentado, con el cerdo a su lado. Ya no gemía.

—Hay que llamar a una ambulancia… Yo me defendí…, no quería matarlo —balbució.

Anne cruzó una mirada con Michèle. Con o sin legítima defensa, el riesgo era perderlo todo, la carnicería, la libertad.

Anne se hizo cargo de la situación. Fue a buscar una botella de calvados al sótano e hizo un gesto a las otras para que bebieran dos o tres sorbos. Esperó a que el alcohol ahogase el miedo, a que el llanto nervioso de Stacey se calmase. Luego dio sus instrucciones en voz alta: rematar al animal para acabar con su bien merecido sufrimiento. Un barreño para recoger la sangre. Cuartear, deshuesar, quitar la cabeza, las vísceras, desgrasar rápido. Bandejas, cubos, tablas de cortar de acero inoxidable, recipientes de plástico. Sierras de hueso, hachuelas, cuchillos deshuesadores, cuchillos de sangrar, cuchillos de trinchar, cuchillos de desollar, chaira. Dejar la parte trasera colgada en el gancho de la cámara de carcasas, llevar la

parte delantera a la sala de corte. Anne dirigía de cerca a Michèle. La sierra en una mano y, con la otra, agarrar el hombro y subir hasta cinco o seis costillas. Cortar recto a lo largo del hueso para separar el filete de la pierna y el muslo. Sobre la encimera, seguir la articulación del hombro, rodeando el omóplato con un cuchillo flexible y agarrando el hueso con la mano.

—¡Muy bien, Michèle, muy bien, aprendes rápido!

Una vez el hombro enteramente cortado, deshuesarlo. Separar la carne alrededor de la cabeza, luego con un cuchillo deshuesador hacer palanca sujetando la paletilla debajo del jarrete para dislocar el hueso y romperlo. Volver a cortar en varios trozos, limpiar y desollar. Stacey y Michèle estaban impresionadas por la facilidad y la gran destreza de Anne.

Todo un oficio.

Trabajaban con ahínco, en silencio y en cadencia, con los delantales enrojecidos.

—La columna vertebral y los intestinos hay que ponerlos en los MER —precisaba Anne—. Stacey, ¿puedes explicarle a Michèle qué son los MER, tema número 4 de la formación profesional?

—¡MER, materiales específicos de riesgo, hay que tirar esas partes que presentan un riesgo para la salud en un contenedor, so pena de infracción, capitán! —recitó Stacey, que empezaba a recuperar la sonrisa.

Seguir siendo profesionales hasta el final. Durante toda aquella noche de labor, sus lazos de amistad se sellaban para siempre, deshuesando a un hombre.

El tiempo apremiaba antes de que amaneciese. Pusieron el resto de la carcasa en el contendor de la cámara frigorífica dedicado a los productos invendidos y en mal estado. La empresa de recogida pasaba al día siguiente precisamente. Una suerte.

—¿Quieres quedarte un recuerdo de este tío? —preguntó Michèle —. ¿Un par de cojones como trofeo?

Stacey la miró estupefacta, luego se echó a reír.

—¡Pues claro!

Michèle cogió un frasco de mermelada que llenó de calvados.

—En alcohol todo se conserva. Mi padre lo hacía con las serpientes

en Guinea.

Solo les quedaba la cabeza. Para Anne, ya estaba claro. En el Sena, con guijarros en la boca, poco probable que volviese a parecer.

Las llevó a la isla Lacroix, que era en realidad una península, un pequeño pedazo de tierra perdido entre el margen derecho y el izquierdo y cuyas orillas baldías cobijaban las reliquias de pequeñas industrias o astilleros. Anne indicó con un gesto que aparcaran las motos detrás del Canoë Club normando. Caminaron por las hierbas altas con cuidado de no resbalar. La noche era densa, húmeda, pero levemente tibia, el río formaba un espejo extraño para la luna oscura. Stacey llevaba el paquete firmemente sujeto bajo el brazo. Desembaló la cabeza de Arnaud y la tiró solemnemente a las aguas oscuras del Sena. Las carniceras se quedaron largo rato inmóviles, siguiendo el movimiento de aquella cabeza tragada por la corriente del río. Esperaron el alba en silencio, como en un ritual macabro, las tres pegadas unas a otras. Michèle fue la primera que rompió el silencio:

—¿Somos asesinas en serie?

—Para ser asesinas en serie hay que cometer varios asesinatos —respondió Stacey.

—Yo maté a mi padre —dijo Anne con frialdad—. En su carnicería.

Quizás no hubiera nada peor que matar a su padre. Sin embargo, Anne consideraba que era lo mejor que había hecho.

Stacey no quería aguantar más. Nunca más, lo juraba.

Michèle no contó nada aquella noche.

Habían pasado siete meses desde el despiece del novio de Stacey en la carnicería. Un hecho trágico, pero que en apariencia no había dejado rastros. Las carniceras se habían recuperado gracias a su comercio, parecían felices y sus clientes estaban satisfechos. La primavera se anunciaba radiante.

Llevaban las uñas largas y coloridas, a veces con purpurina, que contrastaban con su piel blanca o negra; llevaban el pelo largo o corto, sabiamente peinado o suelto al natural. Los delantales de cuero dejaban adivinar sus formas redondeadas y apetitosas de mujeres jóvenes, mientras sus camisetas de manga corta exhibían bíceps y antebrazos tatuados, con los músculos tensos cuando agarraban firmemente los cuchillos para emprender un despiece. En aquel barrio conformista eran la encarnación de deseos confusos e inconfesables. En apenas un año habían abierto una carnicería de éxito de la que se hablaba en todo Ruan. Se decía que eran un poco excéntricas, unas punkis finas, pero ante todo unas trabajadoras incansables. Y unas fantásticas carniceras: la calidad de la carne era incontestable. La gente daba rodeos para pasar por su puerta, por el placer de volver a casa con una anécdota que contar, «he ido a Las Carniceras, hoy la pelirroja, esa a la que le falta medio dedo, llevaba unas uñas postizas rosas larguísimas, no sé ni cómo podía agarrar el cuchillo. ¡Pero mira que volovanes rellenos más buenos me ha preparado!».

Anne, Stacey y Michèle eran conscientes de su aura, de su éxito y de la curiosidad que suscitaban. Cultivaban la exigencia tanto como la originalidad. Michèle inventaba proverbios culinarios que hacían reír a los clientes. «Si su marido dice que le duele la cabeza, sírvale sesos». O: «Un mal día se arregla comiendo carne de buey». Añadía: «Eso dicen en Guinea», y todos querían creerla.

A Stacey le gustaba desconcertar, bromear y seducir a los hombres de bien.

—Señor Lavabre, ¿quiere llevarse un poco de este pecho tan tierno que tengo?

Anne seguía estando seria. Una auténtica jefa de empresa, una directiva. Quería desarrollar el concepto y la fantasía. Renovar «el espíritu de la carnicería». Había convocado a Michèle y Stacey unos días antes: «Chicas, para primavera quiero que innovemos, ¡tengo ideas y ganas de escuchar vuestras propuestas!».

Así pues, aquella mañana las carniceras decoraban la carnicería con flores. Ramos de anémonas blancas y amarillas con corazón negro, ranúnculos rosas asociados a los tulipanes malvas y las orquídeas moradas. Aparte de flores frescas, Anne disponía pétalos secos entre las piezas de carne en la vitrina, pensamientos en torno a las hamburguesas, flores de calabacín a lo largo de las costillas, borrajas y claveles rodeando los jamones y los muslos de pollo. Stacey se ocupaba de la comunicación, dibujaba un cartel, organizaba un juego: «¡Del 21 de marzo al 21 de junio, vengan a degustar la primavera con una nueva receta de carne cada día a base de hierbas, flores o especias! Y organizamos un concurso de dibujo para los niños: ¡Dibújame la carnicería de tus sueños!». Michèle preparaba agua de Jamaica con flores de hibisco para ofrecer a los clientes mientras hacían cola.

El señor Constantin, un abuelito de ochenta años, uno de los favoritos de las carniceras, se presentó ante la puerta acristalada. Venía todos los días y llegaba siempre justo antes de la hora de abrir. Era su salida cotidiana, la garantía de que sus pies seguían funcionando al despertar.

—De buena mañana, de buen humor, señor Constantin —dijo Michèle con un guiño, pues era él quien le había enseñado aquella expresión francesa.

—Sí, mi querida Michèle, de muy buen humor esta mañana.

El señor Constantin llevaba puesto su sempiterno sombrero marrón, un pantalón de tela beis y un jersey viejo. Obrero de las fábricas petroquímicas de Quevilly, había sufrido un cáncer a los sesenta años, como la mayoría de sus colegas. Pero, al contrario que

los demás, había sobrevivido. Se extasió con las flores. Era magnífico, en los días de su vida había visto algo así, flores en una carnicería. Estaba emocionado, feliz de seguir viviendo aquello a su edad, hasta el punto de sacar el pañuelo para secarse una lágrima de los ojos que, por otra parte, siempre tenía algo lacrimosos. Las chicas se conmovieron. Le leyeron el cartel que anunciaba las nuevas recetas de primavera.

—¿Qué voy a comer entonces hoy, que es el primer día?

—¡Hoy empezamos con relleno de tomate, ajo de oso y cilantro! Ya verá, queda muy distinto del relleno de perejil —respondió Anne.

Ya entraban otros clientes. Era miércoles, el día de los niños.[6] La señora Tellier llevaba al pequeño Gustave de la mano. No se encontraba bien, el pobre había cogido varicela. Mientras Michèle daba de comer al niño rodajas de salchichón, Stacey trataba de enseñarle, disimulada bajo una capa de maquillaje, una antigua cicatriz de su propia varicela que encontraba encantadora. «¿Ves? ¡La varicela no es para tanto, no pasa nada!». Las carniceras explicaron también el premio del concurso de dibujo. El niño que dibujase la carnicería más bonita ganaría una cesta variada. Sobre las once vieron llegar a Tomás, un fiel cliente, muy sofocado. Su mujer había tenido varias contracciones durante la noche. Era demasiado pronto para que llegase el bebé, tenía que aguantar. ¿Qué le podía cocinar para darle fuerzas? No podía comer casquería. Michèle le aconsejo una pieza de ternera ¡y un vaso de agua de Jamaica para el futuro papá!

—Está para comérselo, Thomas… —dijo Stacey cuando salía—. Si no fuera porque está esperando un bebé, ya me habría gustado echarle el diente…

—Mira, hablando de hombres para comérselos, ahí llega otro —exclamó Michèle mientras Nour cruzaba la puerta con su amplia sonrisa y Anne se sonrojaba, como cada vez que lo veía.

—¿Qué tal va todo, chicas? —dijo, posando un bocadillo en el tajo central.

Nour llevaba americanas sobre camisetas blancas, vaqueros Levi's y deportivas Adidas, generalmente muy blancas. Olía bien e iba

perfectamente afeitado. Saludaba con dos besos a las carniceras, siempre un poquito más fuerte en la mejilla de Anne.

A lo largo de los meses se había convertido en visitante habitual. Como era vegetariano, recurría al pretexto de una serie de artículos sobre «la restauración y la modernidad».

—¡Venga ya, ni de coña! —le había dicho Stacey.

Michèle y ella no se dejaban engañar, habían entendido perfectamente que venía a ver a Anne. Parecía estar totalmente enamorado… No tenían problema en ser discretas al respecto, ¡pero algún día tendría que pasar a la acción!

—Bueno, ¿qué noticias nos trae hoy el señor periodista? —preguntó Stacey.

Nour hizo una mueca. Poca cosa. Unos años antes había llamado la atención de sus colegas de *Libération* y *Le Monde* por su trabajo de investigación sobre el accidente de la fábrica petroquímica de Lubrizol. Un gran escándalo que había estado a punto de hacer explotar la ciudad ruanesa y le había permitido lanzar su propio periódico de investigación: *El Pulpo*. Pero desde entonces nada palpitante. Tenía la sensación de estar estancado. Volvía a escribir puntualmente para el *Paris Normandie*, había que ganarse la vida.

—Necesitaría un tema impactante, algo inaudito…

—¿Y si salimos los cuatro algún día? Podríamos llevarte a que te sueltes la melena un sábado por la noche —dijo Stacey, traviesa—. Y nunca se sabe, los temas más escandalosos se encuentran por la noche…

[6] En Francia, los miércoles son días no lectivos.

Aquella misma noche, iban a cerrar la tienda cuando entró. Se presentó como quien entra en su casa, como tienen por costumbre las personas importantes, porque sienten que todo el mundo los conoce, porque no pueden ser clientes ordinarios.

—Buenas tardes, señoras. Antoine Leclerc. Deben de conocer a mi esposa, normalmente viene ella. Pero claro, una carnicería llevada por mujeres, estaba en la obligación de venir a verla personalmente.

Sí, las carniceras sabían quién era: una de las superestrellas de los cotilleos del barrio. Decían de él que era un abogado poderoso, que conocía a mucha gente. Que le gustaban el alcohol y las mujeres, que era un poco corrupto… pero muy carismático. Su esposa Virginie se había hartado de ser la cornuda oficial. Lo había dejado y había vuelto con él. No era tan fácil separarse de un gran abogado y de todos sus bienes.

Michèle imitó el ceremonial del tal Antoine Leclerc:

—Michèle, ayudante de carnicería, para servirle a usted. ¿Viene solo de visita o desea llevarse algo?

La miró con desprecio, fingió reflexionar, examinó la vitrina, los pechos de Anne, el culo de Stacey realzado por el cinturón del delantal.

Stacey y sus ojos avellana, que se quedó mirando.

—Entrecot, me gusta el entrecot.

Seguía observando a Stacey, como si rebuscara en su memoria. Se fijó en que le faltaba un dedo. Recordó.

—Tiene gracia encontrarnos aquí, ¿no? En una carnicería, ardillita.

El cuchillo de Stacey cayó al suelo con un gemido metálico. Retazos, *flashes*, aquel hombre… ¿Qué edad tenía ella? Quince, dieciséis años…

—¿Me reconoces? He envejecido un poco, pero me conservo bien, ¿no?… Y tú ya eres una mujer, una mujercita hecha y derecha, y bien guapa.

Tenía aquella sonrisa malvada, la sonrisa de los dominantes, la sonrisa de la impunidad. ¿De qué iba a tener miedo? Años atrás se tiraba a crías sacadas de los centros de acogida de los servicios sociales, un filón que le había pasado un amigo, carne fresca. ¿Qué problema había? Pagaba bien, se portaba bien con ellas.

Stacey habría querido gritar, insultarlo, machacarlo. Pero sintió el cuerpo helado. Paralizado. Bajó la mirada.

—No te ha ido tan mal, viniendo de donde vienes…

Michèle dio un paso adelante, protectora, y le plantó cara.

—Haga el favor de callarse, señor, y le ruego que salga.

Él la miró con una mueca desdeñosa.

—¡Una negra dándome órdenes, lo que me faltaba por ver!

Hizo una pausa, la miró de arriba abajo con descaro, añadió esta frase:

—Aunque tú, con ese físico, también valdrías para puta…

Michèle clavó el cuchillo en plena arteria. Había aprendido bien, era toda una profesional, pensó Anne, que corrió a bajar la persiana metálica.

El cerdo había muerto en el acto, en un charco de sangre.

Un breve momento de estupor. Un silencio que rompió Michèle:

—Este ya no comerá más entrecots —dijo.

—Le has quitado definitivamente el apetito… —ironizó Anne.

Stacey había empezado a sollozar como una niña pequeña, embargada por la culpa y la vergüenza; Michèle había matado a aquel hombre por su culpa. Michèle la consolaba y la abrazaba. Le aseguraba que no era culpa suya.

—Lo he hecho por mí también, Stacey, por mi dignidad.

Anne había bajado al sótano a buscar el calvados para que todo el mundo se recompusiera.

—Chicas, hay que darse prisa… ¡Ya hablaremos después!

Volvieron al trabajo, como la última vez, o casi. Porque en esta ocasión eran conscientes de que no había legítima defensa, solo ira, una ira abierta como una herida.

Lavar el suelo con agua, borrar las huellas. Despiezar el animal. Beber calvados, mucho. Deshacerse de los pedazos. Conservar los cojones en alcohol, otro tarro de mermelada en la estantería del

sótano.

Cuando hubieron terminado, Stacey les contó su historia. Los servicios sociales. El encuentro con su amiga Clara. Chicos a los que hacían felaciones y que les daban pitillos y alcohol. Luego la propuesta de sacar mucho dinero. Un pelotazo. En un piso, hombres ricos. El señor había dicho: «La pelirroja, esa, me la quedo yo». Ella no sabía su nombre, había olvidado su rostro. Pero recordaba que la llamaba su «ardillita». Asqueroso. En aquel momento se había sentido orgullosa de que la hubiera elegido. Después vino el infierno.

Las tres compartían entonces un delicioso sabor de venganza en la boca. Le habían dado su merecido, por lo menos no volvería a hacerlo. Pero después de la rabia, el miedo. Stacey temblaba. Anne se mordía el labio hasta hacerse sangre. Michèle tenía todo el rato ganas de hacer pis. Las carniceras habían vuelto a matar, y por si fuera poco a un hombre muy conocido en el barrio, un famoso abogado de Ruan. Habría inevitablemente una investigación. Tenían su teléfono móvil, deberían devolverlo. Dirían que se lo había dejado en la carnicería y que, como era el último cliente, habían esperado a la mañana siguiente.

Para relajarse, Michèle les puso música, esa artista que había descubierto recientemente, Casey. Al principio del tema, aullaban unos lobos en la noche, después la rapera recitaba al compás «liberad a la bestia, borrad su deuda»: las carniceras se pusieron a bailar, a bailar hasta la madrugada, como para purgar su pena.

—¿Señora Leclerc? Perdone que la moleste, su marido se dejó el teléfono anoche en la carnicería.

Anne había llamado al telefonillo de la mansión de los Leclerc. La mujer acudió a la puerta con semblante algo perplejo. Su marido no había vuelto aquella noche. Había tratado de localizarlo, el teléfono mostraba sus diez llamadas perdidas.

—Mi marido es un cabrón. No debería decirle esto, señorita, pero de verdad que mi marido es un cerdo. Otra noche más que no duerme en casa, vete a saber con quién…

Y la mujer de Leclerc lloró en brazos de la joven carnicera.

Cinco obreros, con chaleco naranja, pantalón gris y botas de seguridad, acababan de entrar en el bar para pedir una mesa. Nadine, con su media coleta alta sin volumen, castaña, de rostro caballuno fino y pálido, con grandes gafas estilo retro casual, estaba de pie detrás de la barra. ¿Preferían sentarse fuera bajo el toldo? Sí, para fumar, querían cinco cafés largos y cuatro paquetes de Marlboro, también unos refrescos, en lata, por favor, para el almuerzo, dos Coca-Colas, una Schweppes, dos Oranginas. Nadine salió para limpiar la mesa, se estremeció por la humedad persistente de aquel mes de abril.

De vuelta en el interior, acarició la mejilla de Lyla, su niña de dos años, sentada en la sillita allí puesta, en medio del bar. Luego volvió tras la barra.

—¡No me olvido de vosotras, chicas! —dijo a las carniceras, que se habían sentado, siempre a la misma mesa, la del rincón del fondo junto a la ventana; era su pequeño ritual matutino antes de abrir el negocio.

Con su madre ocupada, Lyla se puso a observar a las carniceras, que se pusieron a observar a Lyla. La pequeña tenía los mismos ojos dulces y oscuros que su padre y la amable sonrisa de su madre. Grandes rizos morenos enmarcaban su cara redonda de rasgos levemente irregulares, como a menudo son los de los niños, aunque nadie en su entorno quiera admitirlo. Dirigió a las chicas una palabra rítmica con «ta» y «ba», que las embelesó, un «oh» al unísono, «¡qué mona es!».

Anne tenía la cara de sus días malos. No había dormido aquella noche, un criador de cerdos las había dejado colgadas, estaba enfadada. Stacey le decía que debía relajarse, no tomárselo tan en serio. Michèle trataba de filosofar con nuevos refranes, «un elefante viejo sabe dónde encontrar agua». En vano. Anne estaba tensa, presa de un mal presentimiento.

Nadine volvió de la terraza donde había servido los cafés con su bandeja de madera de los años setenta. Se la enseñó a Lyla, «mira, cariño, cuánto pesa, cuánto pesa». La pequeña rio a carcajadas tratando de repetir «peza, peza», provocando un despliegue de ternura general.

En la barra estaba Thierry, un cliente habitual. «Qué mona que eres, Lyla». Bebía pastís y nadie sabía si había venido de su casa al bar en zapatillas —vivía en un estudio no muy lejos de allí—, o si lo que llevaba eran zapatos; se le veían algunos dedos del pie y el talón entero, calloso. Thierry era camionero. Le gustaba venir al Jourdain para contar lo que le pasaba en la carretera, para hablarle a Nadine de los problemas que tenía con su jefe, de los días libres que aquel cabrón se negaba a darle. Era buena consejera, Nadine. Aquella mañana Thierry despotricaba sobre la jubilación, estaba resentido con los manifestantes, «esa panda de pijos» los llamaba, solo los pijos soñaban con la jubilación, los que ya habían sido tan felices que además querían tener tiempo para disfrutarlo. Él no tenía nada con lo que soñar ni de lo que disfrutar. Le angustiaría estar jubilado, tendría la sensación de estar en paro. Había pasado por ello una vez, fue espantoso, se aburría tanto que casi se muere. Y empezó a beber demasiado. Así que no, la jubilación no era para él, con tal de tener vacaciones cuando le correspondía, como le había prometido su jefe… «Y ponme otro, Nadine, haz el favor».

Lyla, tras haber inspeccionado a las carniceras y haber pasado ocho minutos largos mirando fijamente la pantalla publicitaria de La Française des Jeux,[7] se volvió hacia Francis. Él se dio cuenta y empezó a jugar a taparse los ojos con las manos y luego a destaparlos diciendo «¡cucú!», «¡cucú!», lo que hacía reír a la pequeña, tanto que se metía los dedos en la boca babeando. Francis también era un cliente habitual. Pantaloncito de vestir, jersey azul marino con camisa por debajo, siempre se había vestido así, hecho un pincel el Francis, y eso que vivía solo, y desde hacía mucho. Estaba encantado de ver cuánto podía hacer reír a la cría.

Momo acababa de entrar, con su cojera característica, cuyo ritmo regular hizo que Lyla volviera la cabeza. Al momento la pequeña

lanzó un «baba» al aire, suscitando la admiración subyugada de su madre, «qué bien le habla mi niña a su papá», y la mirada conmovida de los presentes. Momo saludó a todo el mundo, caminaba con la cabeza baja hacia la zona del mostrador donde se vendía la prensa, ligeramente encorvado, era alto Momo, de pelo moreno y ralo, cabileño de piel y de ojos, Momo, una persona discreta. «Eh, jefe, ¿me pasa el *Paris Normandie*?», le preguntó Francis. Con su cojera, el dueño cruzó el bar lentamente hasta la mesita del cliente. «Ya nos dirás si hay novedades, Francis», le dijo Momo antes de volver a la sección de prensa, comprobando que las revistas estuviesen ordenadas, la sección de automoción, la sección de bricolaje, la sección de psicología, la sección femenina…

«Estoy resfriado, llevo cuatro días», dijo Francis, que se había levantado finalmente sorbiéndose los mocos para ir a buscar un café a la barra, prefería sentarse allí para leer el periódico. La pequeña había repetido: «fiado, ato día»… De verdad, ¡no podía ser más mona!

Sin embargo, Lyla no tardó en perder la exclusividad del éxito: la Rubia hizo irrupción en la sala y captó todas las miradas. Había aparcado su Citroën descapotable delante del café. Lo mismo era rubia teñida, pero qué más daba, lo esencial era que allí estaba y nadie podía ignorarla, pelo largo y brillante, piel bronceada, ojos azules, esbelta con su pantalón negro ajustado y su cazadora de cuero corta, sus dientes inmaculados al saludar a todo el mundo con una gran sonrisa. Visitadora médica de profesión, no se sabía su edad, no hacía falta, era sencillamente perfecta, aquella famosa rubia con quien todos soñaban. Se dirigió al mostrador de la prensa, «dame una cajetilla de Marlboro y un paquete de chicles de menta fuerte, por favor», a Momo lo tuteaba. Estaba un poco torpe y embobado detrás del mostrador, casi le temblaba la mano. La Rubia oyó el balbuceo de Lyla y se volvió hacia ella, «pero si está aquí Lyla, qué guapa, qué monísima…». Hacía cumplidos a alguien a quien acababa de eclipsar, era fácil. Luego se fijó en las carniceras, ocultas en el rincón: a ellas solo les dedicó una mirada indiferente. Desconfiaba de aquellas chicas, ya se hablaba demasiado de ellas, tías con problemas que seguro te robaban a los hombres.

—Hostia, Leclerc, el abogado, ¡ha desaparecido, sale en el periódico! —exclamó Francis para todo el bar.

La Rubia se acercó.

—¿A ver?

—Mire, señora, aquí lo pone —dijo Francis orgullosísimo.

—Póngame un café, Nadine, por favor —dijo la Rubia apoyándose en la barra, embargada por una emoción algo forzada, pero que no por ello dejaba de ser auténtica.

Había estado hablando con Antoine Leclerc y su mujer unos días antes, eran casi vecinos, en la calle de Reims. «Y se tomó aquí el café a principios de semana», señaló Momo. Todo el mundo tenía algo que comentar y algo que opinar sobre aquella desaparición inquietante. «A ese no le faltaba mucho para jubilarse», dijo Thierry. «Y no es el primero que desaparece», añadió Francis. Miró furtivamente hacia Anne y susurró a los otros: «Pobrecilla, su padre también desapareció».

La noticia circuló por cada cliente que entraba. Era precisamente lo que habían temido. Los cotilleos del barrio sobre la desaparición del célebre abogado. Trataban de tranquilizarse: ¿quién iría a imaginar que pudieran estar implicadas en lo que parecía una macabra historia de adulterio? Las carniceras se levantaron con la mayor discreción posible y salieron sin decir palabra, dejando el dinero de su café sobre la mesa.

[7] Empresa que ostenta el monopolio de los juegos de lotería y apuestas deportivas en Francia.

—¡Chicas, ya está, ya tengo el tema!

Nour había llegado a la carnicería, emocionado, radiante, con su hermoso rostro fino y sus largas pestañas.

—¿Os habéis enterado? ¡Un hombre de vuestro barrio ha desaparecido, un abogado superconocido!

—Ya, ya… Los clientes llevan toda la mañana machacando con el tema… —dijo Stacey.

Para Nour, aquel caso no era un simple asunto de adulterio, como algunos decían. Iba a desvelar el misterio, sería el periodista de investigación con el que soñaba ser.

—Es perfecto para reflotar *El Pulpo*. ¡Va a ser algo gordo, estoy convencido!

La única respuesta que obtuvo Nour fue el ruido de las esponjas por la encimera y la fregona por el suelo. Nunca había visto cómo limpiaban las carniceras antes de cerrar, pero conociendo su rigor y su preocupación por el detalle, no se inquietó.

—¿No decís nada?

—No me parece que sea una gran noticia —relativizó Anne, gruñona.

Las chicas se instalaron con Nour en torno al tajo, él con un sándwich vegetal, ellas con unas *rillettes*.[8]

—Nos vendrá bien un descanso —dijo Anne cruzando la mirada con Nour.

—¿Y cómo vas a conseguir información sobre el caso? —preguntó Michèle con la boca llena—. ¿Tienes alguna pista?

—Todavía no, pero esa es precisamente la idea de *El Pulpo*, encontrar pistas. Una cabeza pensante y unos tentáculos que se metan por las rendijas para descubrir la verdad.

Nour prosiguió explicando que ya había averiguado un primer dato crucial. Había sabido por un comisario de policía, conocido de un amigo, que Antoine Leclerc había sido imputado casi un año antes

por un caso de abuso sexual a menores. Al no haber pruebas suficientes, con un buen abogado y un fiscal poco escrupuloso, enseguida lo habían puesto en libertad. Pero Nour estaba convencido de que los dos casos estaban relacionados. Lo intuía.

Entonces las carniceras sí parecieron estupefactas. Cosa que halagó a Nour, encantado de impresionarlas un poco.

—Era sospechoso de abusos sexuales a menores… —comentó Stacey en tono monocorde—. Lo juzgaron pero no lo condenaron…

Digería la información. La injusticia. Habían hecho muy bien al acabar con él.

—¡No digáis nada a nadie! Es confidencial.

—¿Pero entonces piensas que han podido asesinarlo? ¿Y por qué motivo? —preguntó Anne.

—Todavía no lo sé… Pero es fácil imaginar que, si andaba metido en tráfico sexual, Antoine Leclerc frecuentaría a gente poco recomendable.

Nour añadió que iba a investigar las desapariciones recientes. Quería explorar todas las pistas posibles.

—Parece una serie de la tele… —dijo Stacey con una risa nerviosa.

Las chicas se miraron entre ellas. Tenían que parecer lo más naturales posible ante Nour.

—¿Y si ese abogado se hubiera ido simplemente con una mujer, una jovencita, como hacen todos? —sugirió Michèle con calma.

—Pero entonces se habría llevado sus cosas… y parece que no fue así…

Las carniceras se habían quedado pálidas.

—¿Va todo bien, chicas?

Pretextaron una mañana de mucho trabajo y lo pesado que era el chismorreo. Todos los clientes y los comerciantes del barrio opinaban sobre la desaparición del abogado. El peluquero, a las diez de la mañana, había irrumpido en la carnicería. «¿Os habéis enterado, chicas? ¡Es una locura!». Para él estaba clarísimo, se trataba de un asesinato. Jean-Marc había descartado un montón de hipótesis y sobre todo había elaborado una lista de todas las mujeres a las que

peinaba y habían sido amantes de Antoine Leclerc en el barrio. «¡Seguro que a la policía le interesa mi testimonio!». Según Jean-Marc, la primera sospechosa era Virginie, la esposa engañada. Todo un clásico: la mujer humillada asesina al marido… Los tenderos, Rémi y Odile, le habían contado al señor Gibert, que había ido a contárselo a las carniceras mientras compraba filetes rusos, que Amélie, la panadera, había coqueteado con el famoso abogado. La señora Lafont también había comentado, en voz baja y mientras compraba el doble de jamón que de costumbre: «Vivo enfrente de los Leclerc, ¿saben? El coche estaba aparcado delante de su casa… Estoy segura de que lo vi salir andando por la noche. Lo hacía a menudo, salir andando para reunirse con alguien…». La señora Lafont no estaba segura de si debía contárselo a la policía. Seguramente iría, era su deber. La señora Lanquetuit, otra vecina, la que tenía cuatro hijos y alimentaba a su familia con hígados de ave, estaba convencida de haber oído gritos entre el abogado y su mujer a última hora de la tarde. «Se pelean mucho. Bueno, ella sobre todo. Tiene la voz chillona… Me pregunto si no padecerá histeria… Como nunca pudo tener hijos…».

Contando todo esto e imitando a sus clientes, las carniceras se habían animado un poco. Sobre todo Stacey, que era la mejor imitadora. Nour reía. Pero el ambiente volvió a enfriarse, como si hubiera caído un jarro de agua fría.

—¿Qué pasa? Os conozco, algo va mal…

Nour miraba a Anne en particular.

—Es por el teléfono —soltó.

—¿Qué pasa con el teléfono?

Contaron a Nour lo del teléfono. Olvidado por el célebre abogado en su carnicería, la famosa noche de su desaparición. Se lo habían llevado enseguida a su mujer, pero la información iba a extenderse como un reguero de pólvora. ¿No haría que parecieran sospechosas? Nour abrazó a Anne, era la primera vez que la estrechaba así, tan cerca de su cuerpo, y la sentía abandonarse con la cabeza en su hombro. Se sintió turbado.

Al día siguiente, por consejo de Nour, las carniceras acudieron a la policía, «para contribuir al avance de la investigación». Un agente les tomó declaración con cierta negligencia, perturbado por aquellas jóvenes tan guapas sentadas frente a él. «¡Qué mala suerte que el cliente olvidase el teléfono en su local justo antes de desaparecer! Menos mal que lo devolvieron al día siguiente, eso demuestra su honestidad», había dicho con una sonrisa tonta. Ellas le respondieron al unísono: «Es verdad, señor agente, qué mala suerte».

[8] Especie de paté que se elabora cociendo la carne en su propia grasa.

La vio en la plaza Saint-Amand, apoyada contra el árbol, un magnífico árbol de la seda. Con su cazadora de cuero negro, estaba guapa, ella le sonrió, él le dio dos besos.

—¿Llevas mucho esperando?

Ella señaló su moto aparcada en la esquina de la plaza.

—No, acabo de llegar.

El aire olía a primavera, aunque aún hiciera demasiado frío para sentarse en la terraza. Nour y Anne entraron en el estrecho bar rojo y amarillo lleno de mesas de formica, lámparas viejas, un mostrador antiguo, detalles reconfortantes, siempre los mismos, el gran tarro de cacahuetes, los manteles de tela de flores, la radio con forma de transistor emitiendo la música de los ochenta del camarero Jean-Christophe. Con su voz ahogada, este les indicó la mesita, siempre la misma, junto a la cristalera de vidrios de color.

—¿Un vaso de vino blanco y una gaseosa, como siempre?

—Sí, gracias.

L'Estanquet había sido su primer lugar, el año pasado. Anne había quedado con Nour en uno de los pocos bares que conocía, el Queen. Pero aquella noche estaba cerrado. Caminaron entonces en silencio por el Robec con sus terrazas repletas hasta llegar a la plaza Saint-Amand, donde se detuvieron con cierta torpeza bajo aquel árbol de la seda cubierto de bonitos pompones rosas. Y allí fue donde Anne empezó a ahogarse. No le llegaba el aire para respirar. Él le preguntó qué podía hacer para ayudarla, si quería un vaso de agua; ella hizo un gesto para que entrasen en el bar y le dijo sin mirarlo:

—Habla, por favor.

Necesitaba que llenase aquel vacío. Le daba miedo el silencio, que no tuvieran nada que decirse.

Entonces él habló. Durante mucho tiempo, como nunca había hablado. De él. Le contó su infancia en Marruecos, en Casablanca. El ruido de las bocinas de los coches, las avenidas con edificios

modernos, los barrios pobres, el edificio decrépito donde vivía con sus padres, las palmeras y los jardines, el relente, la bruma que calienta en invierno. Le describió el viejo parque de atracciones Yasmina, donde tanto había jugado de niño. Los columpios oxidados y los puestos de algodón de azúcar, el olor nauseabundo de las gruesas capas de excrementos de picabueyes que tapizaban el suelo. Luego le habló de la carnicería, la de sus padres. Una carnicería que no tenía nada que ver con la de Anne. Piezas apenas deshuesadas, animales casi enteros en el escaparate, vísceras, cabezas y pies, carne al lado de los dulces, la miel, las almendras y los dátiles. Una carnicería con aire de ultramarinos, con sus estantes repletos de sacos de harina, aceitunas, garbanzos, jena o flores de hibisco, música árabe de fondo continuo y sobre todo el cilantro, aquel fabuloso olor a cilantro.

Ahora Anne se sentaba frente a él, picando cacahuetes.

—Estaba pensando en la primera vez que vinimos aquí —dijo Nour.

Anne se sonrojó ligeramente. Había tomado la iniciativa de la primera cita. Y de las siguientes. Había saboreado aquel encuentro como nunca antes con un chico. Pero tras el morboso incidente de la carnicería entre Stacey y su ex, Anne había vuelto a encerrarse en sí misma. Había querido cortar con Nour, pero él se había mostrado paciente, tenaz. Había vuelto regularmente a la carnicería. Había tomado el café, simpatizado con Stacey y Michèle. Anne había aceptado volver a verlo a solas. Siempre el mismo día de la semana, el viernes, en el mismo sitio. Había aprendido a dejar que los silencios se estirasen entre ellos. Sus encuentros vibraban de emoción, embellecidos por todo lo que no necesitaba ser formulado. Anne se sentía en confianza con Nour, segura. Nunca le había visto la menor tentativa de seducción ni de demostración de virilidad. Ella mantenía a raya sus impulsos cariñosos, rehuía algunas miradas suyas. Pero también podía sorprenderse mirándolo, deseando acariciar su pelo rizado, su cuello, tocar la piel de sus brazos, que parecía tan suave, cogerle la mano.

—Me apetece otra gaseosa, ¿quieres otro vino blanco? —preguntó Nour.

—Sí —dijo Anne inclinando levemente la cabeza.

A él le gustaba cuando hacía ese gesto. Le gustaban las manos de Anne sobre la copa, manos anchas, macizas. No se atrevía a cogerlas. Tampoco se atrevía a mirarle el escote, sabía que recibiría una mirada glacial. Le gustaban sus antebrazos musculosos, el espeso vello rubio en su piel lechosa, sus piernas robustas, su busto, sus nalgas, su pelo corto, sus orejas como conchas, su boca gruesa. Le gustaba su mirada decidida de un azul frío, la seguridad que ponía en sus andares, sus gestos. Era la mujer que a él le habría gustado ser, o el hombre que nunca sería, o quizás las dos cosas a la vez, o tal vez nada de eso. Ya no estaba seguro de nada, a decir verdad, desde que la conocía.

—Me encanta el cordero, ¡espero la Pascua todo el año por el puro placer de comerlo! No deberían preocuparse por esa historia, la gente habla, les encanta hablar. Está en su naturaleza. Mis hijos y mis nietos vienen mañana a comer, voy a llevarme la pierna. Todo eso por la historia del teléfono, francamente, ¡tener el teléfono de alguien no las convierte en asesinas! Sí que parece jugosa esta carne, me llevo dos latas de judías, antes las preparaba yo, ahora las compro ya hechas. ¿Qué hacen ustedes en Semana Santa? Aún no están comprometidas, ¿verdad? No. Hacen bien en disfrutar de su libertad mientras son jóvenes. El tiempo vuela, ya se darán cuenta. Y sobre lo del señor Leclerc, ¡sigo diciendo que estoy segura de que lo vi salir andando en plena noche!

Aquel torrente de palabras de la señora Lafont, aquella forma de pasar de un tema a otro, su perfume dulce y penetrante, daba náuseas a las carniceras.

—Yo también me voy a llevar cordero. Diez costillitas, por favor.

Era el turno de la señora Lanquetuit.

—¿Nada más? ¿Hoy no se lleva ave?

Anne seguía sonriendo, imperturbable.

—No, muchas gracias, es Pascua, trato de variar.

—Cuarenta euros con cincuenta, señora Lafont. ¿Le apetece un vaso de agua de Jamaica?

Michèle, seria y amable en la caja, Stacey, entusiasta detrás del tajo.

—Buenos días, señor Lavabre, qué día más bueno, ¿verdad? ¿Qué le pongo?

—Veintisiete con treinta por las costillitas.

—No sé si encender la plancha, y con este sol, venga, por qué no, póngame diez *merguez*[9] y diez salchichas frescas.

—Veinte euros justos, las salchichas, ¿con tarjeta?

—Un pollo, Anne, bonita, y cuatro sanjacobos, por favor.

—¿Le pongo huevos, como siempre, señora Lefebvre?

—De primero, me llevo cuatro volovanes rellenos, es la especialidad de la casa, ¿no? ¡Las conocen por eso en todo Ruan!

—¿Algo más, señor Gibert?

—¡Señoritas, ya está, ya soy papá! Esta noche, a las tres de la mañana. Es una niña, se llama Esther.

Thomas acababa de entrar, despeinado pero con una sonrisa de oreja a oreja. Las carniceras lo felicitaron, todos los clientes se alegraron.

—No he comido nada desde ayer por la tarde, cuando empezaron las contracciones, ¡he pensado en hacerme un buen filete antes de volver a la maternidad!

Le regalaron el filete.

—¡Regalo de nacimiento!

No, no, no podía aceptarlo, ¡un filete no, era demasiado!… Sí, sí, insistían ellas ante la mirada aquiescente y entusiasta de los demás clientes.

Las carniceras se esforzaban al máximo. Desde la desaparición del abogado habían constatado una leve reducción de la clientela. La Rubia ya no venía, lo que en sí era buena noticia. Pero no querían arriesgarse a perder a otros clientes habituales.

Por su parte, Nour también trabajaba a destajo en su investigación. Su método era simple: buscar el móvil. Para ello, se interesaba por la biografía de cada desaparecido.

Había examinado concienzudamente los asuntos turbios en los que se había mezclado Leclerc. Eran muchos y de todas clases, entre ellos el del tráfico de menores que estuvo a punto de hundirlo. Nour había descubierto un nuevo elemento a ese respecto: las víctimas potenciales de aquella red eran todas jovencitas de los servicios sociales, aisladas y vulnerables.

Nour también había obtenido la autorización para consultar el archivo de personas desaparecidas en los dos últimos años en Ruan. Más de veinte. Entre ellas, el padre de Anne. Nour podía sentir cuánto seguía sufriendo ella, hablaba poco del tema, él nunca se había atrevido a preguntarle. Otro caso le llamó la atención: Arnaud Delabarre. El nombre le sonaba de algo… Un charcutero. La

desaparición fue denunciada por sus colegas de Carrefour, pero no se había abierto ninguna investigación. Nour pasó más de una hora buscando sin encontrar de qué le sonaba el nombre. Arnaud Delabarre… Salió a caminar por los muelles del Sena y recordó de pronto. Aquel tipo en la inauguración de la carnicería, el que era novio de Stacey por entonces. Nour se sintió mal, un extraño presentimiento le cerraba la garganta. Sí, era él, sin la menor duda. Ya le preguntaría a Anne qué había pasado entre Stacey y el charcutero, por qué ya no estaban juntos y si las chicas estaban al tanto de su desaparición.

[9] Tipo de longaniza picante de origen magrebí, hecha a base de carne de cordero o ternera, muy consumida en Francia.

Las uñas postizas de purpurina rosa de Stacey golpeaban rítmicamente su pinta de Mort Subite y fumaba un pitillo tras otro. El alcohol subía, miraba a sus amigos disfrutando de la *poutine* de patatas fritas chorreando de queso, una especialidad de aquel bar, el Queen, donde los había reunido. Hacia medianoche, voceó:

—Ni en broma nos quedamos aquí, ¡vamos de discoteca!

Stacey estaba febril, llena de un entusiasmo contagioso.

—¡¿Quién viene conmigo?!

—¡Yo! ¡Yo voy! —dijo Michèle.

—¡Yo también! —exclamó Nour.

Anne se unió a ellos sin hacerse de rogar.

Stacey los llevaba al Befried, en el bulevar del Yser, una discoteca popular por la que solía pasarse. En la entrada olfateó el aire, ese agradable olor a pis y alcohol por el suelo. Lo había echado de menos. Reconoció a los porteros y les dio dos besos.

—Somos cuatro, tres chicas y un chico, genial, ¿no?

Neones y bolas de espejos. Un DJ como flotando en el aire. Una barra ochentera, ligeramente mugrienta. Stacey pidió un metro de chupitos, diez en total.

—¿Qué es eso? —preguntó Anne.

—¡¿No me digas que nunca has tomado un chupito de tequila?!

Verdaderamente, Anne no había vivido nada. Stacey le rodeó la cintura con el brazo, lo que dio a Nour ganas de hacer lo mismo, pero no se atrevió a tocarla.

—Mira, muerdes la rodaja de limón, le das un par de golpes fuertes al vaso contra la barra, tapándolo con la mano, y a la de tres te lo bebes de un trago.

Michèle captó la idea y fue a pegarse a Stacey con una amplia sonrisa.

—Va, chicas, ¡a la de tres!

Se metieron seis tequilas paf.

Les daba vueltas la cabeza. Dejaron los bolsos y el resto de los chupitos a Nour, que las vio deslizarse entre la multitud, directas al centro de la pista de baile. Nunca las había visto bailar. Eran realmente bellas, parecían realmente libres. Bajo las luces de neón, Stacey era como un fuego fatuo, su cuerpo menudo todo hecho impulsos veloces de brazos y piernas. Michèle estaba anclada al suelo, con los hombros tendidos hacia delante, un brazo levantado, una mano apoyada en el vientre, siguiendo las ondulaciones de su pelvis. Anne bailaba con los ojos cerrados. Y sus párpados bajados, más que cualquier movimiento de los brazos, las piernas o las caderas, turbaron a Nour. Su rosto relajado, con una levísima sonrisa, su rostro expuesto. Tomó un chupito de vodka, él, que casi nunca bebía, y el líquido lo quemó por dentro. Anne apenas se movía, pero parecía estar plenamente embargada por la música. Se había quitado el jersey y el fino tejido de su camiseta marcaba su vientre plano, dibujando la forma de su ombligo. Nour bebió otro chupito, nueva dentellada.

—¿Pero quién se está poniendo ciego a chupitos? ¡Si yo pensaba que no bebías! —exclamó Stacey, que había vuelto a la barra.

—¡Pago una ronda! —dijo Michèle.

—Yo la siguiente —añadió Anne.

Tomaron entonces chupitos de vodka. Nour se había fundido con el trío ya convertido en cuarteto. Se cogían por la cintura y con la mano libre bebían todos al tiempo. ¡Uno, dos, tres, de golpe!

—Me ha tocado caramelo, ¿y a ti?

—¡Maracuyá!

Salieron los cuatro a la pista de baile. Sombreros, pelucas y boas de plumas pasaban de cabeza en cabeza en un ambiente nebuloso. La discoteca escupía humo. Las tres chicas llevaban sombreros de vaquera, Nour una boa de plumas y una peluca de rubia oxigenada. Anne le acariciaba el pelo entre risas. Travestido en mujer, Nour se atrevía por fin a tocarla, puntos de contacto regulares, las manos en

las caderas, los dedos rozando el cuello, la espalda contra la suya, piel con piel, ojos en los ojos. Stacey giraba de grupo en grupo, arengaba a la multitud, se subía a un barril o a la barra, dirigía la fiesta. Era su territorio. Michèle localizaba a chicas que le gustaban y se lo hacía ver, con una mirada intensa y franca, contoneando las caderas; no imponía una amenaza viril, solo el dulce picante de la seducción. Su baile no era una proposición, ni una invitación, sino una simple forma de manifestar que estaba allí, entusiasta, y que si fuera recíproco ella estaría encantada de ir a más.

A las cuatro de la mañana, Stacey salió a fumar y a charlar con los porteros. Se tragó el éxtasis. Iba a volver a entrar cuando vio acercarse a una manada de macarras, tipos con cara de buscar guerra, pinta de chulos y camellos. Buitres. La clase de tipos que se relame con los restos de la fiesta: pijos a los que robar, chicas tan borrachas que no se enteran de que se las tiran en el baño, tipos a los que apalear. Chocaron puños con el portero, se conocían, probablemente habrían vivido en el mismo barrio. Stacey se eclipsó, con el sombrero de vaquera aún puesto. El ambiente se puso tenso con la llegada del grupo. Stacey había crecido rodeada de tipos como aquellos, se había curtido la piel con sus garras, le gustaba eso. Pero se preocupó por sus amigos. Unos tipos miraban a Nour con mala cara. Michèle también cabreaba a los tíos que habían fichado a las chicas con las que bailaba. Un ambiente eléctrico donde se juegan las últimas cartas para no acabar la noche solo. Stacey cruzó la mirada con Anne. Se habían entendido.

—¿Volvemos?

—Id vosotros. A estas horas este sitio se pone un poco sórdido. Vete con Nour y Michèle, a mí aún tiene que bajarme, voy demasiado *up* para dormir.

—¿Estás segura?

—Sí, me conozco.

—¿Segura de verdad, Stacey?

Stacey disipó los temores de Anne con una caricia en el hombro. El alcohol ayudó a disolver sus últimas reticencias.

—Volved, hablamos mañana.

Se abrazaron. Stacey besó a Michèle con una palmadita en la

espalda. También dio dos besos a Nour, «¡buenas noches a mi periodista preferido que se suelta la melena!».

Stacey volvió a bailar. Con los efectos del éxtasis, se sentía ligera, invencible. Amaba la multitud, bailaba con uno y otro, no dejaba de vigilar a la manada, pero sin pánico, ejercía el control de modo reflejo. Entonces lo vio. El jovencito del grupo. Era tan inconsistente que no se había fijado antes en él. Pero allí lo veía. Debería haberlo odiado por lo que parecía ser, esa clase de tipo, un seguidor que trata de comprarse una personalidad jugando a ser malote. Pero le gustó desde el primer momento. Su mirada baja de animal herido, su acné juvenil, sus hombros anchos ligeramente encorvados, su ropa blanca de Sergio Tacchini. Debía de tener apenas dieciocho años. Lo sacó a la pista de baile sin pedirle su opinión.

—Bueno, bueno, Zak, ¿ahora las tías te pillan a ti? —dijo uno de sus amigos.

Él apenas se movía, congelado en su cuerpo. No parecía sentir la música. Miraba a Stacey tratando de sonreír con seguridad. Ella le agarró la boca y lo besó largo rato.

—Soy Stacey, ¿nos vamos?

Él asintió. Ella lo llevó a su casa.

Estaba en la cama de Anne. Le cogía la mano, suave y firme. Castos, se habían dormido vestidos sobre las sábanas. Habían hablado mucho durante la noche. Él, del periodismo, del trabajo de investigación y de la escritura. Ella, de la carnicería, de su pasión por la carne y el despiece. Le dio un poco de miedo cuando le describió cada cuchillo y le dijo: «¿Sabes?, cortar carne me alivia muchísimo cuando estoy enfadada». Pero lo había besado. Su primer beso. Nour trataba de respirar al mismo ritmo que ella y con cada inspiración sentía bocanadas de ternura. En voz baja murmuraba *habibati*, querida mía, y pensaba en la riqueza infinita de la lengua árabe para expresar el amor, *al-Hawa*, *al-Sabwa*, *al-Shaghaf*, *al-Wajd, al-'Oshok*, *al-Shawq*, *al-Najwa*, *al-Wasab*…

Zakaria estaba en la cama de Stacey. No podía dormir. Una hora antes, aquella tía lo había desvestido. Casi ni había esperado a que estuviera cerrada la puerta de su casa. Le había hablado guiándolo, «sí, házmelo así». Zak estaba completamente desconcertado. Generalmente era él quien forzaba la penetración. No había logrado quedarse empalmado. Y lo peor era que la chica había hecho caso omiso del problema. Se había masturbado, se había corrido y se había dormido como un tronco. Zak no podía entenderlo. No podía entender que una mujer tuviera tantas ganas de sexo como él creía tener. Para él, solo los tíos follaban y se corrían. Debía de haber dado con una ninfómana… Una zorra, vaya, una puta. Peor, una chica que no era normal, una loca incluso, una enferma, una chica con un muñón en vez dedo por si fuera poco. No tenía claro si era mejor salir corriendo o darle una paliza. No podía dejar de mirarla dormir. En el hilo de sol que pasaba entre los visillos parecía… algo así como una princesa, o una actriz con su lunar. Una cosa que sentía al respirar dentro del pecho, que le impedía marcharse, que lo

obligaba a quedarse allí mirándola y a encontrarla guapísima. No recordaba cómo se llamaba. Pensó en un nombre, el nombre de su madre.

Lo que más echaba de menos era el *lepi* de su madre. El pareo índigo tradicional en el que le gustaba acurrucarse. Los ojos negros y profundos de su madre, la finura de su nariz, la elegancia de sus rasgos, sus pechos firmes, magníficos, su madre erguida y orgullosa, su madre la fula. Si cerraba los ojos, Michèle podía imaginársela, oler su aroma. Su madre era bellísima y a veces eran ella y su pareo índigo quienes se acurrucaban en brazos de Michèle en busca de consuelo. Michèle revolvía sin ganas su café. Sentada en el banco del café de Nadine y Momo, miraba caer la lluvia añorando su país, el cálido monzón de Guinea, el sol de Guinea que hacía brotar los aromas de la tierra mojada, los sonidos de Guinea, todos sus alegres idiomas, el fula, el susu, el malinké.

—Maelys no ha querido ponerse las botas esta mañana. Llueve a cántaros, pero no sabes cómo se ha puesto porque quería llevar deportivas. He terminado cediendo…

Michèle se sobresaltó. No había visto que alguien se hubiera sentado en la mesa junto a la suya y estuviera hablando por teléfono. Era una mamá que acababa de dejar a sus niños en el colegio. Una horquilla en el pelo, corte Bob invertido. Michèle ya la había visto en la carnicería. Pelirroja de piel clara, nariz prominente con rostro cansado, ojos tan azules como el pareo de su madre, delgadita con vaquero slim y chaqueta ajustada, el cuerpo consumido por la maternidad.

—Théodore no se dormía solo en su cama, ha dormido conmigo todo el fin de semana. E Hippolyte ha vuelto a hacerse pis en la cama. Te echan de menos. Espero que escuches mi mensaje y que nos llames.

Apenas hubo terminado el mensaje se le rompió la voz en un sollozo. Se desplomó sobre la mesa con un llanto que sonaba como el chillido de un ratón. Todas las miradas se volvieron hacia ella. Michèle se levantó y se acercó a su mesa. Le puso una mano en la

espalda, como gesto de apoyo. La mujer se contrajo en torno a ese contacto. Tenía un fresco aroma de azahar, de detergente, olía como su madre en Guinea cuando probó por primera vez la marca francesa de suavizante Mindoux, olía a pena y desesperanza, a un cuerpo que se abandona.

—¿Quieres un pañuelo?

La mujer pareció recomponerse. Se enderezó y se sonó haciendo ruido. Nadine, la dueña, ante un gesto de Michèle, trajo otro café largo.

—Gracias…

Aclaró:

—Normalmente no me hago notar tanto, soy más bien discreta.

—No pasa nada, no te ha visto nadie.

Sonrió, con cierta tristeza, pero sonrió.

Michèle observó un hoyuelo en su mejilla.

Tomó un sorbo de café, con la mirada fija. Su mente divagaba, sus hijos, los gemelos aún tan pequeñitos, tan frágiles, y las deportivas de Maelys, que a esas horas debían de estar ya empapadas. Luego examinó a la mujer que la había reconfortado. Joven. La conocía de algo. Su cara, sus rasgos finos bien dibujados sobre una mandíbula cuadrada, su piel lisa, ébano, resaltada por la decoloración de su pelo rapado, manos femeninas sobre un cuerpo musculado. Y no llevaba sujetador. Nolwenn se sintió turbada. Ya no estaba viviendo nada habitual: bebía café cuando ella solo tomaba té, se echaba a llorar en aquel bar al que nunca iba, buscaba consuelo en brazos de una desconocida, no veía a su marido desde hacía varios días, no le había puesto unas botas a su hija cuando estaba diluviando.

—Trabajo en la carnicería de al lado. Me llamo Michèle.

—Sí, es verdad, ahora caigo… Yo soy Nolwenn.

Nolwenn añadió que le gustaba mucho, «la carnicería, me refiero», se disculpó por no ir más a menudo, ella iba a Carrefour, todos los lunes hacía la compra en el supermercado, todos los lunes, porque ese día libraba, los lunes, trabajaba en un banco. Michèle escuchaba. Nolwenn hablaba, súbitamente parlanchina. Era de origen bretón, venía de Finistère.

—¿Y tú?

—Soy guineana, de Conakry.

Nolwenn nunca había ido a África, pero adoraba viajar, «los bretones llevamos el viaje en la sangre».

Nolwenn se sinceró sobre el terrible fin de semana en que su marido le había anunciado su idilio con otra mujer: «Cariño, he conocido a alguien, no sé cuánto va a durar, pero de verdad necesito vivirlo. Prefiero no mentirte». Su marido siempre había sabido quedar bien. Ella llegó incluso a agradecerle que fuera tan honesto con ella. Había sido comprensiva con él, porque, claro, llevaban juntos más de veinte años. ¡Qué idiota, pero qué idiota! Algunas noches su marido no volvía a casa. Peor aún, una mañana al pasar la aspiradora por su cuarto encontró unas bragas debajo de la cama. Unas bragas de la talla 38. Ella llevaba la 36. Aquella vez montó un escándalo. Exigió saber quién era, si la conocía, cuál era su edad. ¿No quería decirle nada? Tenía razón en el fondo, ¿no?, no le iba a doler menos por saberlo. Le había pedido que dejase a aquella chica, había llorado, se había rebajado a suplicar para que la prefiriera a ella. ¡Por Dios, veinte años de vida conyugal y tres hijos! Pero él no regresó del fin de semana y no había vuelto a dar noticias. Le daba miedo que no volviese nunca. Se sentía sola y desvalida. Se sentía traicionada.

El teléfono móvil de Nolwenn vibró. Era su marido. Le había enviado un mensaje para pasar por casa a recoger sus cosas. Tenía que devolverle la llamada. Michèle apoyó la mano en su brazo.

—¿No irás a llamarlo ya mismo? En Guinea decimos: «Quien tiene mucha prisa se arriesga a perderlo todo».

Estaban riendo las dos cuando unas sirenas resonaron a lo lejos. Quizás los bomberos o la policía. Michèle se sobresaltó, se contrajo. Entonces fue Nolwenn quien puso una mano tranquilizadora en la suya:

—No tienes nada que temer, ¿verdad?

Caminaba por los muelles del Sena cada mañana. Una nueva costumbre que había adquirido. Caminar lo ayudaba a pensar y a escribir. El abogado Leclerc seguía sin dar señales de vida. Nour había interrogado a sus socios: guardaron silencio sobre los antecedentes judiciales de su amigo. Se protegían unos a otros, no cabía la menor duda. Nour recordaba aquel caso terrible de Appoigny, en Yonne: un hombre había sido arrestado por secuestro, violación y mutilación de varias jóvenes procedentes de los servicios sociales. Era muy probable que lo hubiese protegido una red de hombres importantes que también fueran torturadores. También se había reunido con la mujer de Leclerc. Estaba destrozada. Ahora que estaba convencida de que su marido había muerto, este volvía a convertirse, a sus ojos y a los de la opinión pública, en un hombre cariñoso, un buen padre de familia. Menuda vuelta a la tortilla.

Un cormorán que emprendía el vuelo desde una gabarra, una corredora con AirPods, un hombre que hacía pesas en los aparatos de *fitness*, otro que dormía la mona en un banco. Nour cogió el puente Guillaume-le-Conquérant para llegar al muelle Gaston-Boulet, en el margen derecho. Bajo sus pasos, la corriente inmutable del río. Había investigado la víspera en la sección de charcutería de Carrefour donde estuvo trabajando el tal Arnaud Delabarre. No era de por allí, venía de la región Norte. Seguramente por eso no hubo investigación judicial, la gente que lo conocía pensaba que había vuelto a su lugar de origen. Sus colegas lo describían como un tipo simpático, jovial. Todos conocían a Stacey la carnicera, la chica de Arnaud. Según ellos, había tensiones en la pareja. La describían como una chica ligera de cascos, no muy estable. «Arnaud quería progresar en la vida, tener hijos y todo. Pero Stacey la carnicera no era el tipo de chica con quien se forma un hogar ni una familia, si entiende a lo que me refiero», había dicho uno de los tipos de la charcutería. Nour averiguó otro dato importante… Dos chicas

jóvenes habían denunciado a Arnaud Delabarre por violencia doméstica el año anterior a su relación con Stacey. El charcutero no era precisamente un angelito.

En el muelle Boisguilbert, Nour pasó ante los locales de France Bleu.[10] Entró a que lo invitaran a un café y a escuchar las últimas noticias de sus colegas de la radio.

[10] Emisora radiofónica pública francesa, actualmente denominada Ici, que emite noticias locales y regionales.

«En Pentecostés, la ternera sale a cuenta», escribía Stacey en la pizarra. Una expresión de carnicería, una expresión popular para decir que en esa época del año, como se producía mucha ternera, la carne estaba más barata. Añadía algunas sugerencias de recetas: «brocheta de ternera con tomillo, silla de ternera Orloff con acedera, *wok* de ternera con salvia, tartar de ternera con cilantro». ¡Las especias de regalo! Las carniceras no dejaban de esforzarse.

El señor Constantin ya entraba por la puerta. Las había saludado cordialmente, como de costumbre, y había elogiado el impecable cuidado de la carnicería. «¡Cómo huele a limpio!». A las chicas no les gustaba dejar rastros de sangre después de los despieces de la mañana, lo habían fregado todo. Especialmente Anne, que a base de detergente y de vinagre blanco tenía las manos cada vez más irritadas.

El señor Constantin se llevó mollejas de ternera. Luego vino el desfile de mamás. Era miércoles, el día de los niños, de los dedos grasientos de los críos pegados a la vitrina, de las risas y el griterío, de las blandas regañinas.

—Buenos días, Maelys, ¿qué llevas en la mano? ¿No será tu dibujo para el concurso?

La niña entregó su dibujo, una carnicería que parecía la casa de la bruja de Hansel y Gretel. La mamá sonreía a Michèle y Michèle sonreía a la mamá.

—¿Te pongo algo, Nolwenn?

—¿Qué me sugieres?

—Solomillo o sanjacobos, ¡este mes todo es a base de ternera!

Se llevó el solomillo, con sus tres hijos a cuestas, y cuando salía le dijo a Michèle en un murmullo: «Nos vemos pronto». Stacey y Anne se quedaron boquiabiertas. Michèle pareció avergonzarse un poco.

—¿Y esa quién es? —exclamó Stacey.

—En todo caso, podrás ser madrastra… ¿Cuántos hijos tiene exactamente? —añadió Anne.

Michèle les debía una explicación. Había conocido a Nolwenn en el café Jourdain. Luego habían hablado mucho por mensajes y habían vuelto a verse medio por casualidad, en la panadería, en la farmacia. Michèle había cuidado de presentarse a las horas y en los sitios que le darían ocasión de cruzarse con ella. Nolwenn era guapa, con el pelo rojizo, como Stacey. Era una mujer enflaquecida. Una mujer que se había olvidado a sí misma y que ya no sabía quién era. Pero Michèle lo sabía. Había vislumbrado al momento, tras los dientes apretados y las ojeras de Nolwenn, su coraje y su ternura. Sentía tras su aire de rigidez el miedo a hacer las cosas mal y la exigencia, tras su discreción, una mujer atenta y receptiva. Nolwenn había invitado a Michèle una tarde a tomar algo en su casa.

—Guau —silbó Stacey—, ¡ha sido todo un flechazo! ¿Y cuánto tiempo hace?

—Tres semanas.

—¿Cuándo nos la presentas? ¿Qué edad tiene? ¿Habéis follado?

Como siempre, Stacey se embalaba y las preguntas volaban, directas. Anne escuchaba, pensativa. Michèle sonreía, un poco ñoña. Nolwenn iba a cumplir cuarenta, una diferencia de edad de más de diez años. No, no se acostaban. Explicó que tenía un marido que se había largado.

—¿Crees que sigue queriendo a su marido? —preguntó Anne.

—No lo sé. Pero me gustaría que lo olvidase pronto…

Stacey habló entonces de Zak. Desde que lo conoció en la discoteca hacía un mes, salían juntos. Stacey consideraba que Zak seguía siendo un niño, era más joven que ella y eso la enternecía. No sabía hacer el amor. Ni follar, vaya, tenía como un bloqueo. A ella le parecía un cachorrito perdido. Se preguntaba hasta dónde acabaría llevándola esa relación.

El carraspeo de la señora Thiers, que parecía llevar unos minutos esperando, interrumpió a las carniceras. La señora Thiers era una clienta habitual de la antigua carnicería, la del padre de Anne. No había llegado a acostumbrarse al nuevo aspecto del negocio,

«parece cualquier cosa menos una carnicería», le gustaba decir, y odiaba a las carniceras, unas «frescas», sin dejar de lamentar que la hija del carnicero, que había sido tan buena y tan mona, se hubiera «descarriado». A pesar de todo aquello, la señora Thiers iba cada día a comprar un filete o un muslo de pollo, a husmear para luego ir chismorreando. Era amiga de la tendera a la que le contaba cada detalle. Iba a Jean-Marc el peluquero y con él lo transformaba todo.

—¿Interrumpo su conversación? —preguntó con una amabilidad tan falsa que deformaba su voz.

Anne lo pasó por alto.

—En absoluto.

—Huele a limpio en su carnicería, pero esas flores, es curioso, sorprendente…

La señora Thiers no podía evitar comentarlo todo, todo el tiempo.

—Hacemos todo lo posible para que no se aburra usted, señora Thiers —ironizó Stacey.

—Me ha parecido oír que hablaban de sus relaciones con unos jóvenes.

La muy zorra atacaba en otro terreno.

—¿Qué le pongo? —prosiguió Anne tratando de parecer indiferente.

—Por cierto, ¿han leído el periódico? Escalofríos me dan, escalofríos. Chicas que empiezan a ahorcarse cuando lo tienen todo, todo. Adónde vamos a parar…

—¿Algo más? —insistió Anne sin seguir la conversación.

—Ya veo que lo que digo no le interesa mucho. Debe de tener usted otras preocupaciones. ¿Sigue saliendo con ese árabe?

Hubo un silencio mortal. Un viento helado entre las flores. Bastó con que Anne rodeara el tajo, se acercase a ella y le murmurase en un suspiro: «Salga usted ahora mismo o…», para que la otra se fuera sin hacerse de rogar, sin mirar atrás, olvidando su bolsa.

—Esa ya no vuelve —anunció Michèle.

Anne se sirvió un vaso de agua de Jamaica. Tenía ganas de llorar. No por culpa de la señora Thiers, que le daba igual, sino por sus

sentimientos por Nour. Algo estaba sellado dentro de ella. Tenía que ver con su padre. Con los demás. Con todos los hombres. Con nada de eso. No sabía si podría volver a amar a un hombre. Amar con deseo y con amor. Y, sin embargo, sentía muchas cosas por Nour. Tocarlo era como tocar un pedazo de sí misma. Un trasplante. Una simbiosis. Sin embargo, el bloqueo. Le aterrorizaba que Nour descubriese algo. ¿Y si las traicionaba?

Precisamente ahí llegaba Nour. Venía a tomar el café como de costumbre, con su luz resplandeciente.

—Anda, aquí tenemos al «árabe» —lanzó Stacey riendo desde la acera donde fumaba un pitillo.

Nour saludó a las chicas con dos besos y besó a Anne cariñosamente en la mejilla. Nunca en la boca en público, tenían ese acuerdo.

—A ver, señor periodista de investigación —dijo Stacey, burlona—, ¿cúales son las noticias del día? ¿Dan fruto sus indagaciones?

Nour suspiró. No sabía cómo decírselo a las carniceras. Una adolescente del barrio se había quitado la vida. Adèle Laroche. Había hecho las prácticas de tercero en la carnicería, de modo que las chicas la conocían. Nour sabía cuánto iba a afectarles la noticia. Sentía que Anne escrutaba su rostro. Le costaba no ceder ante su mirada.

—Vaya cara. ¿Te pasa algo?

Nour meneó la cabeza. Se lo contó todo, alternando sorbos de café y de agua de Jamaica. Adèle se había suicidado dos días antes, el día después de su cumpleaños. Por estrangulación, colgada del perchero de su cuarto. Con violencia extrema. Acababa de cumplir los dieciséis. Por lo visto, Adèle se había visto envuelta en un conflicto con unos compañeros de clase. Era lo que decía su familia y la información que circulaba ya en la prensa. Se había convertido en la enésima víctima de acoso escolar y en un hecho político.

Las carniceras intercambiaron miradas.

—¡Acoso escolar, y una mierda!

Anne había esperado a que se vaciase la carnicería y a que la puerta estuviera cerrada con llave para desatarse. Escupía vulgaridades, no era su estilo, más bien solía ser el de Stacey. Pero tenía que sacarlo. Adèle. Había sido su protegida, la de las tres. Llegó una mañana con su currículum de tres líneas, su pelo corto y su ortodoncia, sus pasiones: los caballos y el manga. Lo que motivaba a Adèle para hacer las prácticas de tercero en la carnicería no era la carne, eran las carniceras. Aquellas tres chicas le hacían soñar como las Cosmic Girls. Verdaderos iconos. Porque los traumas se encuentran y se reconocen, porque Adèle buscaba a las hermanas mayores que pudieran comprender su sufrimiento; se había sincerado y lo había soltado todo al cabo de una semana. Les había contado los abusos sexuales de su tío. El hermano de su padre. Por consejo de las carniceras, se lo había contado a su madre. Pero quizás no lo dijera lo bastante alto. Quizás solo lo hubiera murmurado. Quizás su madre no quisiera saberlo. Finalmente, Anne había acompañado a Adèle a poner la denuncia en la policía. Por tocamientos sexuales desde los seis años, por violación desde los trece. El tío había negado los hechos, con el apoyo del padre indignado por las calumnias de su hija. La madre había callado. Delante del juez, Adèle se desdijo. «Sí, mis padres tienen razón, he mentido, he querido hacerme la interesante». Nunca volvió a ver a las carniceras. Tuvo una depresión. A fin de cuentas, podría también haber sido víctima de acoso escolar en su instituto. A menos que fuera solo una fachada construida por la familia para encubrir la verdad. Adèle había dejado una carta a sus padres, justo antes de suicidarse, para pedir perdón por no haber sido una buena hija.

Anne se mordía el labio y le picaban las manos.

—¡Mucho mejor hablar de acoso escolar que de incesto, claro! Yo

no soportaría que ese asqueroso viviera aquí, cerca de la carnicería, no soportaría tener que servirle la carne. ¡No soportaría saber que está vivo, cuando esa niña está muerta por su culpa! ¡No soportaría que volviese a hacerlo, joder!

Hubo un silencio.

Michèle había sacado unos vasos y servido vino. Bebían las tres, reunidas en torno al tajo.

Michèle sabía que Anne tenía razón y que el tipo volvería a hacerlo. Pero ellas ¿hasta dónde irían? Ya habían matado, por reacción, por pulsión, cuando se habían sentido directamente atacadas. Pero planificar un asesinato era otra cosa, ¿no? ¿Iban a hacer justicia a todas las chicas, a todas las mujeres de la ciudad víctimas de violencia? Y, sobre todo, ¿no se arriesgaban a ser descubiertas? Michèle había planteado sus preguntas a la pequeña asamblea.

—Cuando dices eso, Michèle, me dan ganas de escupirte el vino a la cara… ¡No adelantamos nada teniendo miedo!

Anne se convencía a sí misma, enterraba su miedo. Le sangraba la boca a fuerza de morderse los labios.

Stacey fumaba. No decía nada. Las seguiría, pasara lo que pasara. Por lealtad a Anne.

Michèle dudaba. Pensaba en su madre. En el *lepi* azul de su madre. En los gritos ahogados de su madre cuando sufría la dominación de los patriarcas de la casa en su cuerpo. Su abuelo, sus tíos… Michèle, de niña, había sido testigo de todo aquello. Ella también había acumulado el odio contra los hombres, contra su poder sobre las mujeres. No se lo había contado todo a las chicas. No había hablado de todas sus razones para tener miedo. ¿Para qué habría servido? Para preocuparlas más.

—Está bien, os sigo —concluyó Michèle—. Pero solo matamos a uno, el tío, no al padre, al autor, no a los cómplices.

Habían brindado por su acuerdo. Solo quedaba irlo tramando.

Había poca gente, sentada en los bancos de madera, en la iglesia del barrio Jouvenet.

En un entierro, cuanto más joven es el difunto, más gente acude.

Pero en el caso de Adèle, la culpabilidad parecía haber vaciado el lugar. Las carniceras se instalaron discretamente al fondo. Habían trazado su plan: acudir al entierro, acercarse al tío, hacer que cayera en sus redes, liquidarlo.

Todas vestidas de negro, cada una recordaba el último funeral al que habían asistido. Stacey pensaba en el de su madre, cuando tenía doce años. Un día de lluvia en Fécamp. Solo Mado, una amiga de la infancia de su madre, y ella, acompañada por una educadora, estuvieron presentes.

Anne recordaba el entierro de su padre, un año después de su desaparición, un entierro sin cuerpo. Allí había vuelto a ver a su hermano, le había cogido la mano durante la ceremonia. Fue la primera vez que lo sintió tan cerca.

Y Michèle recordaba el funeral de su abuelo. Todos llevaban camisetas con su efigie, con su foto en blanco y negro, su nombre, su fecha de nacimiento: «Maurice Michel Condé, hacia 1952 hasta 2022, su función, doctor emérito y consejero del Gobierno». Cientos de personas se habían desplazado, la celebración duró toda la semana. Michèle se había quedado junto a su madre. Todo el mundo sabía lo que Maurice Condé no había dejado de repetir en vida: «La fula y la hija de la fula no heredarán nada». El abuelo nunca había reconocido el matrimonio de su hijo con una mujer de un origen étnico distinto al suyo. Durante todos aquellos años no había dejado de humillar a su madre de múltiples maneras. Michèle también había sufrido aquella violencia. Sin embargo, permanecieron dignas y orgullosas. En cuanto terminó el entierro de Maurice Condé, el padre de Michèle por fin cumplió su deber de hijo tomando a una malinké como segunda esposa. Una joven con la que fundaría un nuevo hogar. Michèle y su hija tendrían que abandonar el ala principal de la casa, vivir aparte como reclusas.

Unos días más tarde, su padre vino por fin a buscarla: «Hija, debes marcharte, no habrá nada bueno para ti en Guinea. Voy a pagarte el viaje a Francia». Se lo dijo como si se tratase de una gran suerte. Era sincero al mandar a Michèle a Francia, quizás fuera el último testimonio de amor que le hacía a su madre, a aquella mujer a la que había amado pero con la que nunca habría debido casarse. Así

fue como llegó Michèle a París, desheredada, exiliada y sin hogar.

El triste cortejo avanzaba. Las carniceras habían identificado a los dos hombres, Jean Laroche, el padre, y Pierre Laroche, el hermano, a la cabeza del funesto desfile, la madre de Adèle, detrás. Iban agarrados del brazo, dos hombres de unos cuarenta años, altos, de nariz aguileña, pelo grueso, raya al lado. Como si creyeran salvar las apariencias y el pellejo con su traje… La misa había sido corta, impersonal. Después la gente se había levantado para bendecir el cuerpo. ¿Cómo podía Pierre Laroche atreverse a bendecir el cuerpo de Adèle? Cuando las carniceras se acercaron al ataúd, sobre el que reposaba una foto de la muchacha cuando era niña —¿acaso era el último reproche de su familia, que hubiera crecido?—, esgrimieron el crucifijo murmurando que la vengarían.

No resultó difícil apresar al animal. Anne había puesto el cebo, significaba tanto para ella… Había ligado con él en una página de citas, con palabras dulces, tentadoras alusiones sexuales; había llevado el vicio hasta el extremo de mandarle una foto de sus pechos. Él fue corriendo a la carnicería pensando en echar un polvo, azuzado por la fantasía de follarse a una carnicera en una carnicería. El polvo de la muerte. En aquella ocasión no descuidaron el asunto del teléfono. Michèle se lo llevó de paseo por Ruan y lo abandonó en un muelle del margen izquierdo del Sena, como un objeto caído de un bolsillo.

Zapatos negros de carnicero, delantales de trabajo negros de plástico desechable, guantes de malla metálica, cofias en la cabeza. Después se equiparon como guerreras. Del almacén a la cámara de carcasas, de la sala de despiece a la sala de lavado, caminaban con el paso rápido y seguro de los felinos. Fregando con agua, pasándose furiosamente los cubos, hacían correr la sangre del culpable y borraban los rastros. Mataban al verdugo, humillándolo, al incestuoso, al mentiroso, al indigno. Vengaban. Amaban la sensación de la carne en sus manos. El sonido de sus cuchillos en la chaira al ritmo de sus gestos. La sierra rechinaba entre sus risas descontroladas. Anne, no obstante, permanecía muy concentrada y atenta al menor detalle. Pidió que se metiera todo en el contenedor de los materiales específicos de riesgo, la carcasa, los intestinos, y también la cabeza. «Hay demasiados riesgos —les dijo— tenemos que estar en guardia».

Se quitaron el delantal desechable, liberaron su cabello de la cofia y sus manos de los guantes de malla para dirigirse al sótano. La bodega de su barco. Uñas de purpurina azul sobre botella de calvados, un trago para cada una. Uñas rosa y negro agarrando un tarro de mermelada en el que verter alcohol. Uñas plateadas colocando delicadamente el par de cojones en el tarro, alineado en

el estante junto a los otros dos. Volvieron a coger la botella de calvados, bebiendo a morro, y todo su cuerpo se movía al ritmo de la música, en una danza macabra, con la canción «Liberad a la bestia» de su cantante preferida, «sus mordiscos son mortales, sus heridas despedazan».

A la mañana siguiente, recibieron a sus clientes como si nada hubiera ocurrido, con una sonrisa y una ligera resaca. Las habían elogiado mucho por el cuidado de su local. Rara vez se había visto una carnicería tan impecable. Es verdad que olía a limpio y que la carne era excepcionalmente fresca.

Una semana más tarde se dio por desaparecido al señor Pierre Laroche, cirujano dentista. ¿Había que relacionar aquella desaparición con la de Antoine Leclerc, dado que ambos residían en el barrio? Toda la prensa local hablaba de ello. El fiscal había concedido una entrevista en France 3 Normandie[11] asegurando que se había movilizado a la policía. Se había encontrado el teléfono de Pierre Laroche en los muelles, había buzos recorriendo el río. Había drones y hasta un helicóptero tratando de localizar el cuerpo desde el aire. Y en el barrio Jouvenet, el punzante ruido de las sirenas no hacía más que aumentar la ansiedad de los vecinos.

[11] Antena regional para la región normanda del canal France 3 de la televisión pública francesa.

Zakaria posó la mano sobre el cuerpo caliente y aún dormido a su lado, metió la nariz bajo la axila cuyo olor tanto le gustaba, recorrió la delgadez de los brazos, las nalgas, la cintura. Tocó con delicadeza un pecho, pequeño y firme. Sintió la erección, fuerte. Tuvo ganas de hacérselo enseguida, pero ella se dio la vuelta, clavó los ojos en los de él y le agarró el sexo. Trató de dejarse hacer y mantener la erección mientras ella lo cabalgaba, con sus pechos pequeños en forma de pera balanceándose sobre su cabeza. En vano.

—Mierda, perdona.

Zakaria lamentó al momento sus palabras, ya le habían enseñado en el barrio a no pedir nunca perdón a una chica.

Stacey se había encendido un pitillo. Le habría gustado correrse con la mano, pero no quería contrariarlo. A los tíos les gustaba que las chicas necesitasen su polla para correrse. Qué se le iba a hacer, esperaría.

—No te preocupes, no pasa nada, así está muy bien.

Siempre valorar a un hombre, aunque sea un chasco. Era una lección que había aprendido muy joven. Su virilidad estaba en juego. A ella lo que le importaba ante todo era ser deseada. Tenía ganas de gustarle a Zak, de que se apegase a ella. El despertador sonaba de nuevo, la canción «Las aguas de marzo». Tenía que levantarse ya, a Anne no le gustaba que llegase tarde. Se metió en la ducha. Cuando salió del baño, vestida y maquillada, Zak había vuelto a dormirse. Tenía cara de niño. «Está sin terminar», pensó. Sintió ternura, lo besó en la boca, muy suavemente. «Hasta pronto», murmuró. Le habría encantado que él le dijese «te quiero», solo por probar.

Zak se quedó en la cama. En duermevela, soñaba. Soñaba con su madre. Volvía a verla cogiéndolo en brazos. Lo besaba por la noche, él tenía diez años. Luego se oía llamándola por toda la casa, al

volver del colegio, «¡mamá, mamá, mamá!»… Estaba en un cuarto vacío y todo blanco, después rojo, después negro. En las paredes se movían palabras que no lograba descifrar, y luego el rostro de su madre y el de su hermanita Rim. Trataba de atrapar las figuras, pero en vano, su mano, su brazo entero atravesaban la pared. Zakaria despertó bruscamente, empapado en sudor. No sabía dónde estaba y tardó unos segundos en reconocer el cuarto de la chica pelirroja. Estaba angustiado por culpa de esa puta pesadilla recurrente.

Su madre se había marchado hacía ocho años. Se había ido de casa con su hermana pequeña, que apenas tenía dos años por entonces. No había vuelto a verlas. Hija de puta, su madre, por haberlo abandonado. La odiaba. Por su culpa su padre había pasado varios meses en la cárcel. Condenado por violencia doméstica. Como decía su padre, menuda puta, su madre. Si la encontraban, su padre y él, iba a pagar por haberlos abandonado de esa forma. A Zakaria lo acogieron unos tíos mientras su padre estaba en la cárcel. Las pasó putas. A la menor tontería se llevaba una hostia en la cara. A veces solo por estar ahí, sentado en el sofá. En la cama por la noche, medio dormido. «Ya no puedes esconderte en las faldas de tu madre, ¿eh? ¡Ya te voy a enseñar yo lo que es la vida de barrio!». Cuando su padre salió de la cárcel, vivieron los dos juntos. Tranquilamente. A los doce años, Zakaria ya no iba al colegio. Hubo denuncias, había visto a trabajadores sociales, a un juez de menores, había oído palabras: «carencias educativas», «abandono materno», «padre poco fiable», «delincuencia», «tráfico», «condenas». De eso nada. Su padre lo había protegido presentándole a los tipos más peligrosos del barrio. Con ellos estaba a cubierto. Siempre se podía sacar dinero, siempre había algún buen negocio. Zak se había buscado una buena colocación.

Miró el cuarto de la chica pelirroja. Un sofá de tela roja en medio de la habitación, espejos dorados en las paredes y marcos con dibujos a lápiz, ropa por todas partes, deportivas y tacones altos, maquillaje y cepillos de pelo. Si no le hubiera dicho que era carnicera, podría haber pensado que era puta. Zak conocía a las putas. Pero era la primera vez en su vida que estaba en el cuarto de una chica, solo. Nunca había tenido novia, solo rollos para follar. Y

además era guapa. Seguía sin entender por qué ella lo deseaba tanto. Y entendía todavía menos por qué no lograba follársela. Al pensar en la chica pelirroja sintió la erección. Se metió en la ducha a masturbarse. «Stacey, Stacey, Stacey». Se había corrido pronunciando su nombre. Era una tontería, pero apenas se atrevía a decir su nombre. Aquella chica lo excitaba muchísimo. Ya significaba mucho para él, y temía no ser nadie para ella. La necesitaba y la odiaba por ello. Se vistió con la ropa del día anterior y se dispuso a marcharse. Ella había dejado una nota en la mesa con indicaciones, que dejase la llave del apartamento en el bar de abajo.

Cogió el metro. Petit-Quevilly. Pasó por la oficina de Correos a recoger una carta certificada que llevaba días esperándolo y llegó al café que había frente a la mezquita. Se había convertido unos años antes. Su madre era cabileña, pero su padre decía que nunca había tenido religión. Sin embargo, Zakaria recordaba que llevaba el velo y que rezaba. Su madre tenía una magnífica melena oscura rizada que olía a aceite de argán y a jena. Su padre era blanco, francés, un tipo de Saint-Étienne-du-Rouvray. Zakaria se parecía a él, aunque tuviese el color de piel y los ojos de su madre. Ojos verdes.

—¿Café largo como siempre, Zak?

Era Momo, el dueño. Él asintió. Metió la mano en el bolsillo para sacar la carta enrollada. Era una citación. Sabía que iba a llegar. Ya había tenido un seguimiento judicial por ese tema. Nunca lo iban a dejar en paz.

—Hola, Zak, ¿me reconoces?

Zakaria miró al hombre sonriente que estaba a su lado en la barra. No se había fijado en él al sentarse.

—Saïd, ¡era tu educador!

Zakaria lo reconoció, naturalmente. Fue un par de años atrás. La Casa era distinta de los otros centros para chicos acogidos, los jóvenes podían ir y venir a su antojo y, de noche y de día, los escuchaban sin juzgarlos. Zakaria no había olvidado a aquel educador que lo había acompañado en uno de los peores momentos de su vida, justo después de ser arrestado por la policía. Saïd lo había ayudado a salir adelante. Zakaria le enseñó la carta.

—Hoy he recibido esto.

Saïd miró el sobre, comprendió, se acordaba bien de aquella historia. Recordaba a aquel chico de mirada melancólica, admirador de las pandillas callejeras del barrio, implicado en tráfico de estupefacientes y otros delitos muy graves, agresiones, robos y violaciones en grupo. Recordaba a aquel joven que a veces venía a cargar su teléfono, a cocinar un cuscús, a ver una película. Un chico que soñaba con su madre.

—Ya sabes que puedes volver a La Casa. Y podemos acompañarte a la audiencia si quieres. Esta vez ya no será el juez de menores, ya eres mayor de edad.

—Sí, ya lo sé…

—Y aparte de eso, ¿cómo estás?

Zakaria sonrió. Tenía los dientes amarillentos, habían tenido que sacarle dos de atrás y por costumbre evitaba sonreír.

—He conocido a una chica… O sea, que tengo novia.

Saïd le dio un abrazo fraternal.

—¡Qué bien! ¿Y cómo se llama?

—Stacey, se llama Stacey.

Zakaria le describió a la chica pelirroja. Contó que se la había ligado en una discoteca y que era guapísima. También se sorprendió diciendo con cierto orgullo que era carnicera, que él también iba a buscar trabajo, en la construcción como siempre, y que lo mismo luego podrían vivir juntos, la chica y él. Zak descubría por primera vez en su vida que el amor podía ser un refugio.

Sonó el despertador de Anne. Nour se había levantado antes incluso de que ella esbozase un gesto en el calor de las sábanas. Le estaba preparando té con naranja. Era un nuevo ritual que se añadía a los precedentes. Todos los viernes por la noche, no solo quedaban para tomar algo y cenar en L'Estanquet, sino que también dormían juntos, en casa de Anne. Dormían dándose la mano. Y por la mañana él le llevaba un té con naranja que tomaban en la cama. Después Anne se iba a trabajar.

—Gracias —dijo Anne posando con deleite las manos en la taza caliente.

Nour amaba su rostro aún adormilado, la marca de la almohada en su piel blanca, el olor a sudor de su cuerpo mezclado con la naranja, dulce y ácida como sus labios.

—¿Quieres más azúcar?

—No, está perfecto.

—¿Has dormido bien?

—He soñado con Adèle. Estaba en un campo de flores, me saludaba de lejos. Parecía feliz. Esa imagen me ha aliviado.

—Sí —dijo Nour—, es señal de que su alma está en paz.

—Puede que gracias a la muerte de su tío…

—¡Querrás decir a pesar de su muerte! Y por el momento solo lo han declarado desaparecido.

Un silencio pesado. La respuesta de Nour había sido seca, estaba impactado por las palabras de Anne. Ella estaba nerviosa, temía haberse traicionado. Se rascaba las manos. Nour se levantó y volvió con un tubo de crema.

—Mira, tienes la piel toda estropeada. Utilizas demasiado vinagre, o detergente, estás llena de ampollas… —dijo mientras le frotaba los dedos, la palma.

Anne tenía los ojos llenos de lágrimas. Nadie había cuidado nunca así de ella.

—Por cierto, ¿sabes qué ha sido del novio de Stacey, el charcutero?

Anne contuvo un estremecimiento. ¿Por qué le estaba preguntando aquello? ¿Sabía que Arnaud había desaparecido? Sin duda tenía que saberlo, en aquel momento Nour husmeaba por todas partes…

—¿Por qué lo preguntas? Yo solo lo vi una vez. —«Solo una vez vivo», pensó—. Es un macarra el tío, ¿no?

Anne tenía la voz ahogada. Nour sentía que estaba a la defensiva, a flor de piel. No parecía saber nada de la desaparición de Arnaud, pero le habría gustado preguntarle más sobre la relación de Stacey con aquel chico.

—¿Cómo iban las cosas entre Stacey y él?

Anne se echó a llorar. Nour se sintió terriblemente desolado.

—¿Qué te pasa?

—Nada, solo es que estoy agotada…

—Deberías tomártelo con calma, Anne. Con toda esta tensión, tienes que cuidarte.

Ella asintió. Se levantó para prepararse. Llevaba un picardías violeta. Cuando salió de la ducha estaba en ropa interior. Nour nunca la había visto desnuda. Solo en ropa interior, casi siempre color carne. Para él la ausencia de sexo no era un problema. Al contrario, su castidad le quitaba toda la presión que había podido sufrir con otras mujeres. Con Anne no le hacía falta ser un hombre con erecciones que penetra. Podía disfrutar del aspecto único de aquella relación, sin estereotipos, de ese intersticio proclive a las fantasías, sin vergüenza y pudiendo ser él mismo.

Miró cómo se vestía, cómo el vaquero cubría sus nalgas, cómo el algodón de la camiseta resbalaba por sus pechos, como una caricia. Cuando fue a darle un beso antes de irse, él le puso la mano en el vientre, sobre la camiseta. Por debajo, su piel blanca y sedosa.

Se sentó en la cama y observó la habitación. Un cuarto blanco y violeta, con mobiliario y decoración bien escogidos, un armario de madera antigua, una alfombra de piel de cabra, un edredón de plumas de ganso —ella misma le había dado ese detalle—, cortinas a juego, había un pequeño cuarto de baño contiguo, igual de delicado, ducha con bloques de vidrio, tocador blanco lacado y selección de frascos de perfume. Caminó hasta el salón, un nido acolchado con

sus sofás gris perla, su mecedora mullida y sus alfombras de pelo largo. La cocina estaba superequipada y era elegantísima, en tonos naranjas, cálidos, reconfortantes. Se hizo un café que bebió balanceándose en la mecedora, luego se duchó, enjabonando con sensualidad cada parte de su cuerpo, liso, mayoritariamente lampiño, de formas afiladas. Salió en albornoz blanco. Se lo había regalado Anne, «toma, es para ti, para cuando vengas a casa». Fue al cuarto de Anne, donde volvió a acostarse.

Pensaba en su madre. En el nombre que había elegido darle. Nour. Era un nombre mixto. Podría haber nacido chico o chica y, en realidad, era un poco ambas cosas. Su madre solía recordarlo: «Nour tiene el carácter de su nombre, la gentileza de un chico con su madre, la lealtad de una chica con su familia». Por más que las palabras de su madre le pareciesen un poco desfasadas y de otra época, siempre había sentido en él aquella coexistencia de géneros. Nour tuvo ganas de mirar en el armario de Anne. Se levantó y abrió la puerta de nogal. A la izquierda, una fila de camisetas y vaqueros Levi's de distintos colores. En el centro ropa interior, sujetadores amplios con aros que él nunca le había visto llevar. Quería decir que procuraba ponerse su lencería más bonita cuando estaba con él.

A la derecha, colgadas en perchas, había algunas prendas muy femeninas, las que Anne raras veces se ponía. Vestidos cortos y largos, rectos o ajustados. Acarició los tejidos de terciopelo, seda, algodón. Tuvo ganas de ponerse uno. Tenía los hombros apenas algo más anchos que Anne, las nalgas y las caderas mucho más finas. Eligió un modelo de seda azul celeste. Debía de ser un regalo, era imposible que ella hubiese comprado algo así. Se desató el albornoz para ponerse el tejido sedoso. El material se bastaba a sí mismo para envolver su cuerpo. Se miró en el espejo y se encontró muy guapo. Tuvo una erección, muy fuerte, que levantó el tejido en línea recta y le hizo reír a carcajadas.

—Si Anne lo supiera…

Se embaló de golpe. Imaginar que Anne pudiese acariciarlo con aquel vestido puesto. Se agarró el sexo. Se corrió.

Nour había empezado su paseo matutino por los muelles del Sena cuando vibró su teléfono móvil. Era su informante, aquel amigo que tenía un amigo que era comisario de policía.

—¿Entonces?

—Tenías razón, Nour. Tiene antecedentes.

Pierre Laroche también había sido acusado de violación a una menor. Y por Adèle Laroche en persona. Ya resultaba evidente, Nour había descubierto el móvil de aquellas desapariciones: alguien estaba haciendo justicia a las chicas, a las mujeres, y de una forma tremenda.

Stacey había pedido cita con Jean-Marc, el peluquero. Entre las dos y las cuatro había poco que hacer en la carnicería. Quería hacerse mechas de color en su pelo rojizo.

—¿Rosa? ¿Estas segura, reina? —preguntó el peluquero con una mueca dubitativa.

—Claro que sí, ¡va a quedar alucinante para el verano, Jean-Marc!

A Jean-Marc le gustaba Stacey por su extravagancia. Con su cara tan mona, su cuerpo andrógino y sus malos modales, destacaba entre su clientela habitual. Cuando la peinaba tenía la sensación de volverse de pronto muy *underground* en medio de aquella peluquería que él sabía que era hortera, de estilo pequeñoburgués provinciano. Le había lavado con delicadeza el pelo largo, le había aplicado una mascarilla y la había sentado en un sillón de escay negro frente a un espejo dorado. Sin dejar de mojar el pincel en la solución decolorante, hablaba, no dejaba de hablar, porque a Jean-Marc le gustaba peinar tanto como hablar, para él y para los demás, por el poder que tenían las palabras de modificar las relaciones entre las personas, así como un peinado cambiaba la impresión de lo bello y lo feo.

—¿Cómo quieres el corte, cielo?

—No lo sé, dudo entre un Bob invertido, para variar, o cortarme flequillo, o afeitármelo a un lado…

—Sí, son estilos muy distintos. Tienes la frente pequeña, no te aconsejo el flequillo.

Stacey miró su frente en el espejo. Era verdad que era pequeña. Pero le gustaban sus ojos, que había pintado de verde aquella mañana en previsión del tinte rosa.

—¿Cómo va el negocio? —preguntó Jean-Marc.

—Nada mal, la operación especial primavera ha salido genial. A la gente le han encantado las flores, las nuevas recetas, ¡todo!

Jean-Marc se sopló el mechón de pelo, un tic que tenía cuando

peinaba.

—Me alegro, en este contexto…

Stacey tecleaba en el teléfono en busca de los cortes que eran tendencia aquel verano, por lo que no prestó atención al silencio que Jean-Marc dejó caer. Él siguió:

—Pensaba que, con todos esos rumores, irían menos clientes a la carnicería…

Stacey alzó entonces la vista de su teléfono.

—¿Qué rumores?

Jean-Marc adoptó un pequeño rictus de satisfacción. No había nada como ser poseedor de una información. Era un poder del que no se cansaba.

—Ya sabes…

Stacey trataba de conservar el mismo aire despreocupado. No quería que él notase su inquietud.

—No sé de qué rumores hablas… Y no me gusta que te andes con misterios.

—Hablo de las desapariciones…

—¿Y qué tiene eso que ver con que la gente compre o no compre carne? —replicó Stacey con ironía—. ¿A ti se te ha quitado el apetito?

Jean-Marc fingió tomar precauciones, apretando la boca que ya de por sí prácticamente no tenía labios. Movía la nariz como un perro mueve la cola.

—Es que… Justo cuando abristeis la carnicería en el barrio empezaron las desapariciones… Entonces, claro, la gente habla…

Stacey exclamó, sobresaltando a Jean-Marc:

—¡Pero qué estupidez! ¿Va a ser culpa nuestra que la gente se ponga a largarse o a desaparecer?

Jean-Marc se irguió, con su cara de roedor enfurruñada. Tampoco quería enfadarse con Stacey.

—Reina, hay que entenderlos, este es un barrio tranquilo y llegáis vosotras con… con esos colores…, ese estilo… La gente de aquí no está acostumbrada…

Entonces explotó la cólera de Stacey. Eran unos carcas, la gente del barrio, unos gilipollas, y unos sexistas, y unos racistas, no

llegaban a calmarla los insultos. Jean-Marc aceleró la cadencia del pincel sin dejar de soplarse el mechón, empezaba a preocuparse por las reacciones de Stacey, no quería escenas ni escándalos en su peluquería.

—Cálmate, reina. Solo quería avisarte, para que estés pendiente. Aquí los rumores circulan muy rápido. Pero solo son rumores… Tienes razón, la gente tiende a ser corta de miras. Tienen miedo. Y vosotras llamáis la atención, nada más… La originalidad tiene un coste social.

Carraspeó, satisfecho de su frase. Volvería a utilizarla.

«La originalidad tiene un coste social». Menuda labia tenía.

Stacey se había hundido en el sillón, malhumorada. Durante una hora permaneció en silencio, lo que tardó en actuar el producto decolorante. La embargaba una náusea, sentía chispas dentro de la cabeza.

Jean-Marc volvía hacia ella para aplicarle el tinte rosa cuando entró otra persona. La Rubia. Era lo que faltaba para prolongar el mal humor de Stacey.

—Oh, señora Du Jonc, ¿a qué debo el honor de su visita?

Jean-Marc hacía melindres como si hubiera entrado una actriz de cine.

—Jean-Marc, me he permitido pasar para arreglarme el flequillo.

—Desde luego, señora Du Jonc, ha hecho bien en venir por sorpresa. Le hago las mechas a una clienta y enseguida estoy con usted.

Jean-Marc agarró el pincel. Stacey gesticuló porque sabía que Jean-Marc odiaba que alterasen sus horarios. La Rubia exhibía una media sonrisa de superioridad; también estaba perfectamente al tanto de que el peluquero solo atendía con cita previa, aun para un simple flequillo, y estaba exultante por ese pequeño privilegio.

—¿Qué color es? —dijo mirando a Stacey con aire desdeñoso.

—Rosa —respondió Jean-Marc.

—¡Ah! ¿En una pelirrojita?

Stacey tuvo ganas de morderle la yugular. Una «pelirrojita»… Le habría escupido un insulto a la cara. Pero Anne le había enseñado el saber estar de una buena comerciante y, sobre todo, que la

venganza era un plato que se servía frío.

—Es atrevido, ¿verdad? El rosa flúor realzará lo intenso de mi color natural… Y se lleva mucho… Entre las jóvenes, por lo menos.

Le estaba bien empleado a la cuarentona. A eso no podía responder. Era una señora, guapa desde luego, pero una señora. La Rubia estaba ofendida. Stacey había dado en el clavo. Jean-Marc lo percibió y trató de cambiar de tema, mientras terminaba las mechas lo más rápido posible, porque temía las posibles reacciones salvajes de la carnicera.

—El flequillo le queda muy bien, señora Du Jonc —dijo cortésmente.

Esta no respondió. Preparaba el contrataque.

—Sí, los flequillos no favorecen a cualquiera. No hay que tener la frente pequeña…

A modo de respuesta, Stacey se puso los AirPods en las orejas. ¡Qué les había dado a todos con su frente!

Jean-Marc cogió las tijeras; con gran precaución, cortaba el flequillo de la señora Du Jonc. Ella bajaba los párpados para que sus finos cabellos rubios no le cayeran en los ojos. Muy vulnerable en ese momento, pensó Stacey.

Cuando iba a pagar, murmuró:

—¿Sabe? Pierre Laroche era mi dentista…

—Ay, ¡no lo sabía! ¡Pobre señora Du Jonc, primero pierde a su amigo abogado y ahora a su dentista!

—Rezo a Dios para que sigan con vida… Para que los encuentren…

La Rubia suspiró con aire lastimero. Siguió hablando en voz baja:

—Lo único que tienen en común mi querido Antoine y el señor Laroche es que son clientes de la carnicería…

Lanzó una mirada recelosa a Stacey, pero esta no había oído la conversación con los auriculares puestos. Acababa de descubrir a una nueva cantante, Zaho de Sagazan: le gustaba su estilo, su peinado. Empezó a canturrear la letra de uno de sus temas, «Dime que me quieres»: «No puedo creer que me quieras…, ¿qué hacemos entonces aquí?». Sintió las manos de Jean-Marc que deshacían los papillotes, su cabello liberado, rosa refulgente. Pensaba en Zakaria. Le gustaba. Le gustaba mucho. Tenía ganas de invitarlo a ir a ver el

mar, «entonces dímelo, dime ese te quiero», refugiarse en el amor, al menos una vez.

La Rubia arengaba a la multitud, o más bien a unos cuantos vecinos y comerciantes que se habían reunido en el bar. Hablaba con elocuencia militante.

—La llegada de las carniceras ha manchado la buena imagen de nuestro barrio. Debemos movilizarnos para que cesen las desapariciones. Debemos reunir pruebas. ¡Restauremos la calma pública del barrio Jouvenet!

Había encontrado una nueva vocación, visitas médicas de día, caza de brujas de noche. Exhibía una sonrisa radiante y sus dientes blancos alumbraban al público.

Los tenderos, Odile y Rémi, exultaban. Ellos también querían acabar con las carniceras. Nunca les habían gustado. Habían ayudado a la Rubia a preparar aquel mitin difundiendo la información entre sus clientes.

Thierry estaba tras la barra como siempre, en zapatillas y con un pastís. Le costaba entender por qué de pronto había tanta gente en su bar. Francis había vuelto a comprar unos rascas, sin duda iba a cambiar la suerte. Momo servía laboriosamente las bebidas. Se había peleado con Nadine unas horas antes. Ella no quería que se celebrase aquella reunión en su bar, no quería hacerse cargo de las murmuraciones sobre las carniceras. Pero Momo no sabía negarle nada a la Rubia, era un cobarde, Nadine se lo había dicho dando un portazo.

La Rubia terminaba su discurso.

—Voy a tomar nota de todos los hechos de los que puedan dar testimonio esta noche, para poner una denuncia colectiva en la comisaría. Mi marido tiene influencia, me darán cita rápidamente. ¡Seré su portavoz!

El tendero Rémi se abalanzó para traer a la Rubia una libreta y un boli. Momo le sirvió una Coca-Cola Zero.

—Señora Lanquetuit, creo que vio usted algo la noche de la

desaparición del señor Laroche.

La madre de familia carraspeó. No estaba acostumbrada a ser el centro de atención, se sentía al mismo tiempo orgullosa e intimidada. Contó que la noche de la desaparición del dentista, sobre las ocho, estaba sacando la basura. Normalmente lo hacía su marido, pero estaba de viaje. Había visto a Michèle pasar en moto por su calle.

—Gracias, señora Lanquetuit, es un elemento importante.

El señor Gibert contó que a las diez había sacado a pasear a su perro por el barrio —el pobre se hacía viejo y empezaba a tener problemas urinarios. Las tres motos de las carniceras seguían aparcadas delante de la carnicería. A las doce, el señor Gibert tuvo que sacar de nuevo al perro: las tres motos seguían allí, y además le había parecido oír música.

La señora Thiers no había visto nada pero estaba al tanto de toda la historia. Desde el principio lo había presentido todo. La pequeña Anne se había descarriado desde la desaparición de su padre. Debía de estar bajo influencia, dominada por las otras dos chicas —la mujer negra en particular, que daba miedo— y aquel árabe que siempre andaba rondando la carnicería. La pequeña Anne se había vuelto muy agresiva. La señora Thiers estaba convencida de que la carne que vendían era humana…

La farmacéutica también tenía una información crucial que revelar. No lo había hecho antes por miedo a violar el secreto profesional, pero, vista la gravedad de la situación, se permitía una infracción. Desde hacía dos meses las carniceras habían estado yendo por turnos a la farmacia con recetas de somníferos y ansiolíticos. Además, las tres tenían las manos sorprendentemente agrietadas y estropeadas para la época del año. La farmacéutica les vendía vaselina… Decían que era de tanto limpiar la carnicería… Pero ¿por qué les hacía falta limpiar tanto?

—¡Para borrar la sangre de los hombres que asesinan! —había concluido la Rubia.

Hasta quienes, entre el público, solo habían venido por curiosidad o por amor al chismorreo se estremecieron de espanto. Y si fuera verdad, si la carne que vendían las carniceras era humana… ¿Quién

sería la próxima víctima? La Rubia ofreció a todos una «ronda de la amistad» y cada cual volvió a casa prometiéndose no volver a pisar la carnicería y no andar de noche por la calle.

«Beben sangre de hombre, las carniceras irán al infierno».

Stacey y Michèle limpiaban las pintadas insultantes de la persiana metálica de la carnicería con alcohol de quemar. Se habían puesto guantes para proteger las manos.

—Hay que borrar todo esto antes de que lleguen los clientes —dijo Anne.

—¿Los clientes? Qué dices de los clientes, si ya no tenemos… Se han largado todos…

El cinismo de Stacey abría nuevas heridas en su carne. Era verdad, desde hacía unos cuantos días la carnicería se había vaciado. Demasiado miedo, demasiados rumores, la clientela ya ni se atrevía a salir por el barrio.

—Tenemos que aguantar, chicas, ya pasará.

Pasar a la resistencia, luchar contra los nervios, no dejarse invadir. Se habían prometido salir adelante y lo conseguirían. La persiana metálica estaba limpia de nuevo. Iban a sacarle brillo al tajo, a lustrar las vitrinas, a pulir los cuchillos.

—Y todavía queda algún aficionado a la carne, mirad quién viene…

El señor Constantin. Las saludó con calidez de buena mañana. Anne le sirvió un hermoso escalope de ternera. Les contó que tenía unos dolores agudos en aquel momento y que el médico le había recomendado que caminara más. Saldría dos veces al día, pasaría otra vez a saludarlas por la tarde. Qué amable era el señor Constantin, sospechaban que lo hacía por ellas. Thomas también pasó, con su bebé. Las chicas se extasiaron ante el cochecito y la pequeña que dormía.

—¡Hace mucho que no lo vemos! ¡Creíamos que usted también había desaparecido! —exclamó Stacey, que había vuelto a armarse de ligereza.

—¡Es que con la pequeña todo está patas arriba! Ha estado toda la familia de visita… Luego Esther se puso un poco mala, no salimos,

pedimos la compra a domicilio. Pero he ido a la farmacia esta mañana y he oído decir que venden ustedes carne humana… ¡Así que vine corriendo, porque personalmente no la he probado nunca!

Las carniceras rieron a carcajadas.

—¡Aquí vendemos carne de calidad! Hay que decírselo a los demás, la carne humana es una porquería… —replicó Anne.

Pasaron cinco minutos bromeando sobre la estupidez de algunos. Thomas no daba ningún crédito a aquellas historias, «mejor haría la gente en ocuparse de sus propios asuntos». Se marchó con su pollo, su cilantro y su cochecito.

Nour llegó a la hora del descanso para comer. Las carniceras le contaron lo de las pintadas, él manifestó su inquietud.

—Deberíais denunciarlo, chicas.

Las carniceras torcieron el gesto. Vistos los rumores que andaban circulando, no tenían ganas de pisar una comisaría. Nour quedó consternado al saber que el vecindario las acusaba de vender carne humana.

—Y, por cierto, ¿cómo va tu artículo?

Michèle se había atrevido a hacer la pregunta que Anne llevaba semanas esquivando.

—Bien, voy a publicarlo pronto. Creo que he encontrado el móvil de las desapariciones…

Las carniceras retenían el aliento.

Nour nunca hablaba con la boca llena, terminaba parsimoniosamente cada bocado. También reflexionaba sobre lo que iba a decirles a las chicas. No quería aumentar su desasosiego. Sin duda aquel no era el momento adecuado para comprobar si Stacey sabía que su ex, Arnaud, había desaparecido como los demás. Y para preguntarle si ella también había sufrido agresiones por parte de aquel chico.

—Todos los hombres sobre los que he investigado habían sido autores de agresiones contra chicas, contra mujeres… Así que quien los esté haciendo desaparecer debe de actuar como justiciero…

Pararon de golpe de comerse el paté. Anne tenía ganas de gritar, Michèle de hacer pis, Stacey de estallar en carcajadas nerviosas. Se contuvieron.

—¿Y sabes quién es? —preguntó Stacey.

—Yo no soy la policía… Haber encontrado el móvil del crimen ya es un gran avance y eso es lo que me interesa, el porqué… Luego los polis harán el resto.

Permanecieron las tres en silencio mientras Nour terminaba el bocadillo con apetito. No parecía sospechar nada.

Cuando se hubo marchado, con la puerta cerrada, hablaron largo rato.

—¿Y ahora qué hacemos? —preguntó Michèle.

—Qué majo, Nour, piensa que somos justicieras…, carniceras justicieras, mola mucho.

Michèle se irritó.

—Stacey, tómatelo en serio por una vez.

Anne seguía callada.

Michèle insistió.

—Si descubre que somos nosotras, ¿qué hacemos? Y su artículo… ¡puede llevar a la policía directamente hasta nosotras!

—Tampoco vamos a liquidar a Nour, ¿no? —bromeó de nuevo Stacey.

—Seguimos como hasta ahora —dijo Anne—. Volvemos al trabajo. Y si Nour descubre algo sobre nosotras, ya veremos entonces…

—¿Cómo que ya veremos entonces? Tú, que siempre lo planificas todo, ¿ahora dices que «ya veremos»?

Michèle se enfadó. Anne apartó la mirada.

—Voy a convencer a Nour de que no escriba ese artículo —concluyó.

Michèle asintió.

—Con eso me vale.

La carnicería estuvo desierta durante el resto del día. Anne y Stacey se pusieron igualmente a preparar salchichas, para relajarse.

Michèle salió a tomar un café allí al lado. Cuando entró en el bar, la gente dejó de hablar. Dos agentes de policía estaban sentados a la barra. Pensó en renunciar al café y comprar solo un paquete de tabaco, pero tuvo miedo de despertar más sospechas. Se sentó en su sitio y saludó a los policías.

—Uno largo, como siempre, por favor, Nadine.

Nadine se sentó a la mesa de Michèle para hablar en voz baja.

—Ahora están aquí todo el rato, los polis… E interrogan a todo el mundo. Puede que incluso hagan algún registro…

Michèle le agradeció a Nadine la información. Le ardía la vejiga y ahora sentía chispazos en la cabeza. El estrés. Para no pensar mucho en los policías que la miraban, trató de concentrarse en la conversación de los dos tipos sentados junto a ella.

—¿No está Maxou esta mañana?

—No, debe de estar ocupado.

—¿Y qué dice su mujer?

—¿Nolwenn? No lo sé. Con esa mujer siempre se puede contar para ocuparse de los críos, ¿sabes?

Al oír el nombre de Nolwenn, el corazón de Michèle se paró en seco. Pidió otro café. Los dos tipos hablaban de sus conquistas. En el bar Les Trois Sous las chicas caían como moscas. Jóvenes, de veinte años, que todavía llevaban el ombligo al aire. Resultaba tan fácil seducirlas que casi era un abuso de poder. Pero no eran tías con las que se tienen hijos. Eran tías con problemas que querían ser trabajadoras sociales y que debían de tener muchas preocupaciones para querer ocuparse de las movidas de los demás. Luego se reunió con ellos otro tipo. Pelo canoso revuelto, falso despeinado, barba mal afeitada en una cara de empollón versión madurito: Maxou, Michèle lo reconoció enseguida por las fotos de familia que había en casa de Nolwenn.

—¿Qué tal el juerguista? ¿Vuelves de marcha o qué?

Maxou se sentó a su mesa y pidió con un gesto a Momo que le trajera un café.

—¿Tengo pinta de salir de marcha? ¡Acabo de dejar a los niños en el colegio! Y os lo prometo, ¡no me he tirado a la maestra!

Los amigos rieron, menudo era Maxou. Pero a ellos no los engañaba.

—¿Cómo es? ¿Joven y rubia?

—Era joven y morena —dijo Maxou—, ¡pero se acabó! He vuelto a casa.

Los otros dos le dieron unas cuantas palmadas amistosas en la espalda.

—¡Has hecho bien! Esas chicas valen para un rato… Pero no hay que encariñarse, son un nido de problemas.

El otro asintió.

—Y está bien tu mujer, no es que sea supersexi, pero se ocupa de todo.

Michèle sintió el sabor del odio en la boca. Aquellos tipos eran unos miserables, pueriles, despreciables… Nolwenn no le había dicho que su marido hubiera vuelto a casa. Se lo había ocultado. Michèle pensaba en los momentos que habían pasado juntas aquellas últimas semanas. En varias ocasiones le había parecido que Nolwenn también sentía deseo. Pero se equivocaba. No había sido más que un apoyo reconfortante y amistoso durante el abandono del marido. Michèle se sentía traicionada.

Cuando volvió a la carnicería, ella, que nunca lloraba, se vino abajo en brazos de Anne. «¡Ha venido la policía, parece que van a hacer registros!». Después, con un gran sollozo: «Y Nolwenn ha vuelto con su marido». Stacey había replicado al instante que un hombre nunca es un impedimento, y menos un marido.

—Toma a la izquierda, vamos a hacer un desvío por Allouville, tomamos otro café y compramos tabaco.

Zak conducía siguiendo sus indicaciones. Ella lo había invitado, pero él había puesto el coche. Y a lo grande, un Audi A3 descapotable que le había prestado un amigo a cambio de unos negocios. Le gustaba conducir. El pelo rosa de Stacey flotaba al viento, tenía ganas de besarla en aquella zona sedosa de la nuca.

Allouville. No iba solo por el tabaco, también por los recuerdos. Su madre solía llevarla cuando era pequeña. El bar, estanco y antigua casa de postas había conservado su alma inquieta de viejo *saloon* del oeste. Mostrador de madera barnizada y botellas de *whisky*, carteles publicitarios antiguos, baldosas rojas y amarillas, mesas y sillas de madera desparejadas. Dominique seguía estando allí, con su bigote y sus grandes manos. Debía de tener ya unos sesenta años.

—Dos cafés, un cartón de Marlboro y un rasca, por favor.

Se quedaron de pie tomando el café y la Dominique los escudriñaba.

—¿Sois de por aquí?

—Más o menos —respondió Stacey.

—Ya nos hemos visto antes, ¿no?

Stacey meneó la cabeza y la miró.

—Soy la hija de Estelle.

A Dominique no le hizo falta rebuscar en su memoria. Estelle, una chica guapísima, pelirroja, adorable. Fue su protegida durante un tiempo, no el suficiente. Siempre se metía en líos con los hombres. De eso había muerto.

—Te pareces mucho a tu madre, los mismos ojos. Igual de guapa.

—Gracias.

Zakaria pagó. Antes de volver al coche, Stacey lo agarró del brazo.

—Espera, voy a enseñarte una cosa.

Se encontraron ante un árbol inmenso.

—Árboles ya había visto —dijo él.

Ella rio.

—No es un simple árbol, Zak… ¡Es un roble milenario! Hasta hay turistas que vienen a verlo de lo viejo que es.

Zak tocó la corteza. Bueno, si ella lo decía. Pero vaya, más de mil años. La verdad es que algo le hacía sentir.

Stacey recordaba. Años atrás, habían ido a ver a Dominique con su madre y después fueron allí. Ante aquel roble. Aquella noche de verano su madre le había enseñado a lanzar cuchillos. El brazo tenso, el gesto seco, la cuchilla que se clava en la corteza. Su madre la había felicitado, se le daba bien. Era curioso, antes de ser carnicera, Stacey creía que nunca había manejado cuchillos. Y resultaba que sí, ahora se acordaba.

Zak le cogió la mano y la besó en la comisura de los labios.

—¿Nos vamos?

Empezó a llover, fuerte, Zak tuvo que subir la capota. Olor a heno y a hierba mojada, la luz impresionista de los claroscuros de la tormenta, la carretera hacia el mar estaba naranja de flores de colza y amapolas en contraste con la negrura del cielo. Allí los dos, en el coche, se proyectaban como pareja ideal, como las que se ven en las revistas de las estrellas.

—Es todo recto, la carretera que baja.

Bosque, casitas de ladrillo, la plaza de la iglesia. Yport. A diez minutos de Fécamp, un lugar de veraneo aquel fin de semana del 14 de julio. El hotel La Sirène se encontraba frente al mar, ya en la orilla. El establecimiento, pese a un intento de renovación, seguía siendo de época. Fotos antiguas en blanco y negro de pescadores y trabajadoras del mar ante las redes. Una mesa de centro con un pie de bronce en forma de sirena, pechos al aire, que provocó un ataque de risa nerviosa en Zakaria. Hay que decir que no estaba totalmente cómodo, que una chica lo invitase a un hotel era el colmo, la verdad.

—¿Una noche?

—Eso es.

Era sábado, la carnicería cerraba excepcionalmente por ser festivo.

La habitación era pequeña, sencilla, de madera azul y blanca, pero para Stacey era maravillosa. Desde la cama se veía el mar. Se tumbó con deleite, con la cabeza vuelta hacia la ventana, que ofrecía el espectáculo de la lluvia mezclada con la luz sobre las olas.

Zak se había quedado con los brazos colgando, agarrando su bolsa. La miraba, tendida en la cama. La deseaba.

—Ven.

Ella le hizo un gesto para que se acercase.

—Mira qué bonito.

Se tendió a su lado, frente a la ventana. Tenía una erección, ella lo vio bajo sus pantalones.

—¿Tienes hambre? —dijo para distraerlo.

—Sí.

—Conozco un buen restaurante en Fécamp.

Un sol de final del día salpicaba el puerto.

—¿Lo hueles?

—¿El qué?

—El agua del puerto, huele a algas podridas, ¡me encanta cuando el mar apesta! ¿A ti no?

Zak era tan ajeno al mar que desconocía cualquiera de sus olores. Del puerto solo reconocía los efluvios de gasolina.

Stacey saludó con dos besos a los camareros del restaurante al que lo llevaba. El Bad Rock. A Zak le molestaba.

—¿Te has tirado a todos los camareros de por aquí o qué?

—Ya te dije que este era mi barrio.

Bebieron cerveza, pidieron patatas fritas y mejillones. Stacey se burló de Zak porque nunca los había comido y hacía mucho ruido al aspirarlos con la boca.

Pidieron una botella de ron. Zak llevó a Stacey al baño a por la coca. Reían como tontos. Estaban en pleno subidón y exhibían su euforia por todo el bar. Se agarraban a las mesas, se apuntaban al karaoke, bebían ron a morro. Tuvo que echarlos un camarero.

Caminaron en la noche, tratando de contar las estrellas y de hacer malabarismos con los guijarros. Stacey quiso enseñar a Zak a hacerlos rebotar pero, como estaba tan borracha que ni podía separar los dedos correctamente, no lo lograba, y a Zak le hacía

mucha gracia. Stacey se había desvestido, se había tirado al mar desnuda. No tenía toalla, así que Zak quiso envolverla con su cuerpo. Volvieron al hotel bajo la lluvia. Tomaron más coca. Y entonces Zak quiso follársela. Con el subidón, se dijo que no se le iba a poner floja. Sin mirarla, la aplastó en la cama, hundiéndole la cabeza en la almohada. Sorprendida, ella se debatió y eso lo excitó más todavía, la sujetó con violencia, la penetró con fuerza, no había perdido aplomo, Zak, la había destrozado con una única embestida. Siguió un silencio. Un hilillo de sangre salió de entre los muslos de Stacey. El efecto de la droga había bajado, Zak en caída libre. Había llorado. Había pedido perdón. Se había justificado, se lo había contado todo. Las violaciones en grupo en los sótanos en las que participó siendo muy joven; luego aquella vez en que fueron de caza con la banda al centro de la ciudad, totalmente borrachos, una chica que caminaba deprisa con su bolso, la habían arrastrado a un sótano, pero había chillado tanto que vino la policía; habían detenido a tres tíos, entre ellos a él, pero como entonces era menor no lo condenaron de momento. Tenía una citación para dentro de unas semanas, pero no había por qué preocuparse, no había tenido tiempo de penetrar a la chica, no le caería gran cosa; y después todo iría bien, podría reconstruir su vida con Stacey, buscaría trabajo, no volvería a forzarla nunca, vivirían juntos, hasta podrían tener hijos, él quería, ¿ella no? Zakaria hablaba, lloraba, palabras que ya eran inaudibles para Stacey, con el rostro cubierto por una máscara inexpresiva; acariciaba mecánicamente los rizos de su pelo, se había acurrucado en posición fetal junto a su cuerpo y en esa postura se había quedado dormido.

De madrugada, en la habitación inundada de un sol radiante, sintió el sexo de Zak contra su pierna. Salieron los dos de la habitación sin ducharse ni desayunar. Se había levantado un viento del norte. Glacial en aquel mes de verano. Ella caminó hasta el agua, sin zapatos, torciéndose los pies y los tobillos en los guijarros, el viento sacando destellos rosas a su pelo. Él estaba a su espalda, pero ella estaba sola, minúscula frente al mar, frente a sus olas violentas, a la espuma de barro que al sol parecía posos de sangre. Con un gesto se quitó el vestido y la chaqueta que se había puesto a toda prisa,

sintió que su piel se erizaba de frío, los remolinos que le agarraban las pantorrillas a medida que avanzaba, las mordeduras del agua en la pelvis, en el pecho. Se zambulló, su cuerpo anestesiado.

Anne y Nour estaban de pie en plena tormenta, sin paraguas, el árbol de la seda no alcanzaba a resguardarlos. El restaurante L'Estanquet estaba cerrado excepcionalmente a causa del fin de semana del 14 de julio, una brecha abierta en su ritual.

—Conozco otro sitio, el restaurante de una amiga de mi madre —dijo Nour.

Agarró la mano de Anne y la apartó de su refugio improvisado corriendo bajo la lluvia, zigzagueando por la Rue de la République entre dos coches, luego trotando sobre los adoquines de la Rue d'Amiens para tomar a la derecha la histórica y medieval calle Damiette, donde Anne había saboreado la independencia por primera vez. Se dejó llevar por la alegre galopada y llegaron los dos a la puerta del restaurante calados hasta los huesos y riendo como niños.

—Entrad, entrad, ¡cómo os habéis puesto!

La mujer que los recibió tenía los ojos y el pelo del color del carbón, una nariz orgullosa, un cuerpo robusto y voluptuoso, realzado por una blusa violácea metida dentro del vaquero. Tomó el rostro de Nour entre sus manos mirándolo a los ojos.

—Ay, qué guapo eres, sigues tan guapo, cuánto tiempo, me alegro de verte, ¿y cómo está tu madre?

—*Al Hamdoulah*, está muy bien, te manda un beso.

—*Al Hamdulilah.*

El restaurante Les Bons-Arts lo regentaba Aïcha desde hacía casi treinta años. Cocinaba especialidades argelinas y cabileñas con ayuda de su hermana, o de vez en cuando de su hijo, que le ponía poca voluntad. Aïcha tenía en la mirada el fondo de tristeza y hastío propio de las mujeres desgastadas por los años de esfuerzo, pero también el mismo impulso feroz de resistencia. Miraba a Anne como escrutándola desde las profundidades de una antigua sabiduría. Terminó por dirigirle una sonrisa cómplice.

—No os quedéis ahí de pie, sentaos, os traigo unas toallas para secaros el pelo. ¿No necesitáis ropa seca? Ahora os la traigo.

Nour le dio las gracias y susurró a Anne que se la imaginaba muy bien con chilaba. Se sentaron a una pequeña mesa para dos en el centro de una sala aún vacía a aquella hora. Anne miraba la decoración, sobria, el techo con vigas de madera, algunos adornos bereberes, tres fotos de Cabilia, un plato de loza perdido en un ángulo de la pared y una tetera antigua en un rincón; con aquella iluminación tan fuerte, las baldosas beis frío del suelo reflejaban la pintura blanca. Con todo, pese a la aparente rusticidad del local, al espacio, que era demasiado estrecho y estaba demasiado vacío al mismo tiempo, reinaba un algo familiar que tranquilizaba y daba ganas de quedarse. Aïcha regresó con dos toallas y, en efecto, dos chilabas que les tendió.

—Esto para el pelo. Y poneos esto mientras os seco los pantalones y las camisetas. Estáis empapados, comer con frío es peligroso.

Nour tenía una sonrisa burlona y Anne una mirada desafiante. Claro que se la iba a poner… Eran tres en torno a la mesa, Anne y Nour con chilaba y Aïcha, que había decidido hacer una pausa antes de la llegada de sus primeros clientes de la noche. Los invitó al aperitivo.

—¡Para un día que vienes, Nour!

Aïcha era parlanchina. Hacía más de treinta años que estaba en Francia. Nada más instalarse, abrió aquel restaurante con su marido. Enseguida tuvo a sus tres hijos. Luego su marido la dejó y, en cuanto estuvieron firmados los últimos papeles, se volatilizó de pronto, fue primero a Marsella y luego volvió a su país. Justo antes, en el momento del divorcio, se habían repartido lo poco que tenían: él se había quedado con el apartamento y ella había insistido en quedarse con el restaurante. Sabía que aquel negocio era su única posibilidad de supervivencia, su única forma de ganarse el pan. Y con razón. Al principio le había servido también de residencia. Acostaba a los niños arriba, en el entrepiso. Los pequeños estaban acostumbrados al ruido de los clientes. El restaurante les había salvado la vida, pero ahora la devoraba. Tenía casi cincuenta y cuatro años, estaba cansada. Le explicó a Anne su jornada de

trabajo, las compras muy temprano y luego la cocina, el servicio, la limpieza. Y desde el covid, la gente ya no gastaba dinero en restaurantes. Sobre todo los turistas, esos eran los peores. Comían solo un plato. Era demasiado duro. Aïcha suspiraba y su rostro se ensombrecía.

—Y tú, ¿trabajas?

Anne le habló de la carnicería. Aïcha la miraba con admiración.

—Ya ves, nos parecemos un poco las dos, así que ten cuidado: tener un comercio propio es duro para una mujer.

Anne sonreía. Se sentía fuerte. Mucho más fuerte que un hombre.

Aïcha los dejó solos para recibir a los primeros clientes. Una familia de cuatro.

—¿Qué te apetece comer, *habiba*? —preguntó Nour cogiendo la mano de Anne.

—¿Qué significa *habiba*?

—Querida.

Anne se sonrojó.

—No sé, ¿qué me recomiendas?

Pidieron *briks* de huevo, *breuats* de queso, sopa de garbanzos, un cuscús vegetariano para él, *meshwi* para ella. A Nour le gustaba el entusiasmo con que Anne descubría cada plato, comentaba cada nuevo sabor. Hacía ruiditos de satisfacción como un animal. Era una de sus muchas cosas en común, que adoraban comer. Ella mordía el crujiente *brik*, cortaba el pedazo de cordero con avidez. Una carnívora. Nour recordó aquella noche en que Anne le confesó su gusto por el despiece de la carne. Su excitación al hablar de los cuchillos. Lo embargó una sensación de malestar. Y si la gente del barrio tuviera razón, y si la mujer que tenía delante fuera una asesina…

—¿No comes más?

Anne lo miraba a los ojos, sonriente.

—Sí, sí…

Le devolvió la sonrisa.

—¡Está delicioso! —confirmó ella.

Nour escondió sus dudas en lo más profundo de su ser. No quería sospechar de Anne, no en aquel momento, no aquella noche.

A la hora del postre, cuernos de gacela y *maqruds*, Aïcha se reunió con ellos llevando en alto la tetera para servir el té a la menta. Volvió a sentarse, con el rostro cansado por el servicio.

—¿Os ha gustado?

—Sí, estaba delicioso —respondió Anne con las mejillas sonrosadas por el calor de la comida.

—Es todo casero, los entrantes, los segundos, el postre, lo preparo todo por la mañana con mi hermana.

—Sí, se nota. ¡Como nosotras en la carnicería!

Aïcha estaba contenta. Nunca había conocido a una carnicera. Bueno, sí, la madre de Nour también había tenido una carnicería en Marruecos.

—¿Te ha contado Nour que sus padres eran carniceros en Marruecos?

—Sí, me lo ha dicho.

Aïcha conocía bien a la madre de Nour, se habían encontrado en una asociación que ayudaba a las mujeres que criaban solas a sus hijos. Nour era un niño bueno, siempre ayudaba a su madre, estudiaba mucho. Bueno, no, a veces hacía alguna tontería, se acordaba de cómo les hacía teatro, ¡menudo payaso! Cuanto tomaban té el domingo por la tarde para charlar tranquilamente y descansar en el salón, Nour aparecía disfrazado con la ropa de su madre, cogía todo lo que encontraba y así venía, con blusa de seda, con vestido de satén o con chilaba de encajes. Se reían tanto que no acertaban a reñirlo, imitaba sus gestos, era monísimo, Nour, siempre había sido guapo.

Anne lo miraba mientras hablaba Aïcha. De verdad era guapo. Como cada viernes por la noche, le propuso acompañarla y dormir con ella.

Y como cada viernes por la noche, se preguntó por qué no tenía ganas de hacer el amor con él; todavía no, quizás la próxima vez, solo dormir pegada a su cuerpo, a su olor y su respiración. El miedo a una relación sexual que, si salía mal, podría marcar el fin del profundo afecto que compartían. Pero sin saber tampoco lo que esperaba de una relación sexual que saliera bien.

Nour estaba alegre, aún más que de costumbre, tras el momento

pasado con Aïcha que los había unido, a Anne y a él; la intimidad de su infancia, la chilaba que se había puesto, la confianza que ella le ofrecía cada día.

Entonces, cuando llegaron a casa de Anne, Nour decidió actuar. Aquella escena la había imaginado muchísimas veces.

—Señora, ¿acepta usted que tome posesión de su apartamento y le organice el resto de la velada?

Se había cuidado de no encender más que las lamparitas de mesa para crear un ambiente tamizado. Le había servido un calvados, sabía que a ella le gustaba. Él bebió también un poco, para darse valor.

Anne gesticulaba en el sofá, temiendo un anuncio que quizás no estuviera preparada para recibir.

Nour se había ido a la habitación. ¿Habría escondido algo? Anne bebía el calvados demasiado deprisa. ¿No sería un anillo? ¡No se le ocurriría pedirle matrimonio!

Volvió al salón con un vestido azul celeste que resaltaba su piel morena. Un vestido que Anne no recordaba haber llevado, tal vez un antiguo regalo de su padre. Se había maquillado los ojos y la boca. Ella lo miró incómoda, preguntándose si estaría representando la escena del niño de diez años disfrazado.

Puso «Salma Ya Salama» de Dalida y ejecutó una danza sensual. Anne rio. Él la invitó a bailar, le puso las manos en las caderas, le pidió que acariciase la seda de su vestido sobre el muslo, ella se dejó llevar. La besó, con un beso suave suave, de infinita suavidad, le preguntó si quería tocarle el pecho. Anne cerró los ojos, metió la mano por debajo del vestido. Él le quitó el vaquero y la camiseta. Ella mantuvo los ojos cerrados mientras guiaba sus gestos. Habían inventado su forma de hacer el amor.

Nour caminaba por los muelles del Sena bajo los tibios rayos del sol de la mañana. Acababa de pasar la noche más romántica de su vida.

Al ritmo de sus pasos recorriendo el río reflexionaba, unía las piezas, de principio a fin. El primer encuentro con las carniceras y la admiración que había sentido por ellas. El flechazo por Anne. Aquella noche espontánea en la discoteca, su primer beso, la ternura de todas las noches que habían pasado juntos, su amor, que crecía mes a mes desde hacía dos años.

Y en medio de todo aquello, la desaparición de unos hombres que, todos, sin excepción, tenían alguna relación con las carniceras. Y Anne que le pedía que no escribiera el artículo. Se lo había sugerido aquella mañana, antes de irse a trabajar. Temía que las investigaciones de Nour reforzasen los rumores y los prejuicios contra las chicas. No le faltaba razón.

La forma en que habían hecho el amor aquella noche, por primera vez. Nour aún sentía su cuerpo entre las manos de Anne, cada parcela de su piel, de su carne, despierta por el deseo de Anne, su lengua mojada, su humedad, su olor. La sensualidad de ambos entremezclada. Nunca una mujer le había permitido estar tan cerca de sí mismo. Y en la balanza, ¿cuánto pesaba un artículo, un poco de notoriedad, comparado con su relación? ¿Cuánto valía una serie de indicios frente a tal torrente de sentimientos? De todas formas, Nour habría encontrado cualquier justificación posible para Anne. La quería demasiado, más allá de su pasión por el periodismo y por la búsqueda de la verdad. Anne era en aquel momento su verdad más hermosa.

La Rubia se ajustó el cuello babero de su último vestido IKKS azul celeste, a juego con sus ojos. Estilo niña buena sexi, ideal para una cita en la comisaría. Salivaba de placer. Era su día de gloria. Su marido le había concertado una cita a las diez, la estaban esperando. Se miró por última vez en el espejo antes de salir, flequillo impecable, maquillaje perfecto.

—Tengo cita con un agente de la policía judicial para una declaración sobre un asunto de extrema importancia. No me pueden dejar esperando aquí.

La voz de la Rubia se ahogaba de cólera. Treinta minutos esperando en los asientos mugrientos de la comisaría de Brisout-de-Barneville, en medio de aquellos quinquis, de gente de color por si fuera poco, de la chusma. Llamaría a su marido, aquello no iba a quedar así, ¡tener esperando a alguien como ella, que para más inri tenía cita!

—¿Quiere que le busque un despacho vacío para que no tenga que esperar aquí? ¿Con una copa de champán y unos pastelitos?

Y aquella secretaria, impertinente, que no ponía nada de su parte, que no era más que una miserable empleada detrás de una ventanilla, se burlaba de ella. La Rubia hervía de rabia.

—¿Señora Du Jonc?

Un funcionario de la policía se dirigía hacia ella, pantalón gris claro, polo blanco abrochado hasta el cuello con su escudo con los colores de la República, botas negras de cuero, cinturón ajustado, pistola reluciente, andar autoritario.

—Patrick Patruel, oficial de policía judicial, lamento haberla hecho esperar, estaba al teléfono con el señor fiscal.

La Rubia exultaba. Dirigió una mirada amenazante y vengativa a la secretaria y se aseguró de que la gentuza de la sala de espera estuviera constatando su superioridad.

El despacho del oficial de la policía judicial no era como ella había

imaginado, solemne y luminoso, con muebles de caoba, butacas de cuero y una cafetera modernísima. Al contrario, se trataba de un cuarto ciego, con muebles de pino desgastados y pintura amarillenta. Se sentó en la silla de plástico que él le tendía, se estiró el vestido dejando entrever sus muslos sedosos y bronceados.

—Le pido que sea precisa, señora Du Jonc, que me dé el nombre exacto de cada individuo para que podamos interrogarlos y confirmar su declaración. ¿Le queda todo claro?

Estaba entusiasmada. Abrió su maletín —como solía hacerlo con sus clientes médicos—, una cartera de cuero blanco roto conjuntada con sus mocasines planos y su ropa interior, para sacar su libreta y su bolígrafo Montblanc. Había anotado el nombre y los datos de cada testigo. El oficial mecanografiaba cada una de sus respuestas en el teclado de su ordenador, con dos dedos, por lo que tardaba mucho… Un tiempo perdido durante el cual la Rubia terminó su escrupulosa observación del despacho del agente. Se fijó en el portalápices, la regla y el marco justo encima del mueble con cajones, todos con los dibujos de *La Patrulla Canina*. Preguntó, tratando de suavizar un rictus de desprecio:

—¿A sus hijos les gusta *La Patrulla Canina*? Con todas esas… ilustraciones…

—No, figúrese, es porque mis colegas me apodan así. Patrick Patruel… ¡también llamado Patrulla Canina!

Siguió una risa demasiado larga, demasiado gruesa, un poco incómoda, del oficial.

—Ya está, señora Du Jonc, he terminado de transcribir su declaración. Todo este asunto queda en buenas manos, puede confiar en nosotros. Y como dicen en *La Patrulla Canina*, «¡listos para la acción!».

La Rubia salió descompuesta. Aquella comisaría cutre, aquel oficial ridículo. Las carniceras podían dormir tranquilas y seguir haciendo desaparecer a todas las personalidades del barrio con semejante banda de payasos. Habría bastado con un buen registro, con unos cuantos interrogatorios bien llevados… La Rubia resbaló en los excrementos del pastor belga que acababa de defecar en la acera. Pie derecho y sus zapatos a la mierda.

—¿Y por qué no?

Aquella frase, Michèle la había dicho unas diez veces desde que se conocían. Hacía tiempo que Nolwenn tenía ganas de cambiar de peinado. ¿Y por qué no? Así que Nolwenn se había quitado las horquillas y se había cortado el pelo.

Nolwenn soñaba con cambiar de modo de vestir. ¿Y por qué no? Así que había cambiado sus vaqueros estrechos por pantalones más anchos pero ajustados a las nalgas, sus faldas rectas por la rodilla por faldas ajustadas y llamativas.

El *skateboard* había sido su pasión de juventud. ¿Y por qué no? Se había comprado un monopatín que usaba para ir al trabajo.

A Nolwenn le apetecía tener un amante, o incluso una amante, dejar de esperar el regreso de su marido. ¿Y por qué no? Se habían sonrojado las dos.

La revolución. Michèle era su Estatua de la Libertad de carne y hueso.

Nolwenn nunca había estado tan seductora. Maxou volvió a comentárselo aquella mañana cuando ella le dejó a los niños.

—Querido, me voy de paseo al centro, *day off*, ¡no me esperes a cenar!

—No te reconozco, Nolwenn… —dijo él, descorazonado.

Estaba completamente desestabilizado por aquel cambio, perdido y ansioso. Trataba de no reprochárselo, al menos no de momento, porque no estaba en posición de fuerza. No estaba acostumbrado a que se tomase tiempo para ella y mucho menos a que le impusiera sus deseos como él siempre había hecho. Aquella mañana, Nolwenn había recogido el cuarto de los chicos, pasado el aspirador, luego había visto el color del cielo y decidido que se tomaría un día libre. ¡Y por qué no! No tenía planes concretos. Sentarse al sol en una terraza. ¿Cuántos años hacía que no comía en un restaurante sin los niños, sin la preocupación constante de que no molestaran a los

demás clientes, de que no se ensuciasen, de que permaneciesen sentados, sin el ruido de sus peleas y el sonido de su voz irritada e irritante resonando como un eco?

Tenía al camarero delante. Un moreno guapo con tatuajes negros en los brazos. La miraba. Ella lo miró a su vez y se sintió guapa.

—¿Qué quiere tomar?

«Muchas, muchas cosas…», pensó ella.

—Un *risotto* de setas y una copa de vino blanco, por favor.

Maxou había vuelto como un niño que regresa con su madre. Y no había vuelto con las manos vacías, sino con un montón de frases como «ay, qué bien sienta volver a casa» al tumbarse en el sofá frente a la tele; «¿sabes, Nolwenn?, este paréntesis me ha hecho darme cuenta de ciertas cosas, me siento bien aquí, con vosotros» al saborear los tomates rellenos que ella había preparado; y por la noche, con un tono solemne y los ojos un ligeramente húmedos, «Nolwenn, de verdad, los niños y tú lo sois todo para mí», o también: «Nolwenn, para mí no hay nada más bonito que haber elegido a la mujer con la que vivo desde hace veinte años, la madre de mis hijos». Pero Maxou había vuelto cuando ella ya no lo esperaba. Bien es cierto que habría podido soñar y conmoverse con frases así. Antes. Ahora ya le daba igual, ya no lo necesitaba. No necesitaba un hombre ni una estructura. Había entendido que la mecánica de su hogar no solo funcionaba sin él, sino incluso que no era algo agotador. Había vuelto a adueñarse de su casa. A permitir que emergieran sus cosas, a dejar en cualquier lado su taza de café, su ropa por el dormitorio, sus zapatos en la entrada. Había dejado de planificar cada instante y de anticipar el menor imprevisto. Se había vuelto más ociosa, se permitía leer en el sofá mientras los niños jugaban en torno a ella. No, Maxou no tenía ni idea de hasta qué punto había cambiado ella durante aquellas semanas. Mientras él revivía su adolescencia, se sumía en su narcisismo con aquella joven a la que había conocido, ella se apropiaba de su edad y de su existencia. Era como si su vida conyugal y familiar la hubiese tenido en apnea durante años. Había tomado de golpe una gran bocanada de aire. Cuando le dieron la baja, justo después de la marcha de su marido, había pasado horas mirándose las manos. Su piel

ligeramente envejecida, las venas ahora más visibles. Luego había examinado sus pies, sus rodillas, la piel de naranja de sus muslos y sus nalgas, la flacidez de su vientre. Se había gustado así. Simplemente en su cuerpo. Había empezado a acariciarse, primero por la noche en la cama y después en pleno día. Años hacía que no se tocaba. Ella, que pensaba que su libido se había apagado, ahora se sentía sensual. Recuperaba la sensación de su piel, de sus gestos, de sus pasos y su manera de respirar.

—El *risotto* —le dijo el camarero con sonrisa encantadora.

—Tomaré otra copa de blanco —le respondió ella con una mirada llena de apetito.

Nolwenn bebía y pensaba en Michèle. Aquel encuentro improbable, aquella colisión azarosa en el momento en que creía que su mundo se desmoronaba. Ningún punto vital las unía. Ninguna tierra de pertenencia común, como rectas paralelas en el universo. Las leyes insondables del atractivo, de la atracción. Nolwenn pensó en aquellas semanas en que se habían visto regularmente. En el café, en la carnicería, en su casa. La mirada de Michèle la ponía bajo los focos. Puede que ella también se hubiera sumido en el narcisismo con una joven, a fin de cuentas, quizás no fuera tan distinta a Maxou… En el fondo sabía que no había sido un encuentro amistoso como cualquier otro. Michèle le había hablado de su atracción por las mujeres, «mujeres como tú». ¿Cuántas veces se había sonrojado Nolwenn? Seducción. Era cierto, había seducción en su complicidad.

Nolwenn había degustado su *risotto* y la segunda copa de vino blanco se le había subido deliciosamente a la cabeza.

—¿Postre, café?

—Las dos cosas… Tomaré un *affogato*.

Metió la cuchara en el helado italiano de vainilla mojado con el café y cuando la sensación de calor y hielo le recorrió la lengua, Nolwenn supo definitivamente que tenía ganas de acostarse con Michèle. Deseaba su piel contra ella y su cuerpo firme, sus nalgas respingonas, tenía ganas de hundirse entera en su olor. Y se dijo que no había ningún motivo para que no pudiera asumir su deseo. ¿Por qué iba a tener ese derecho su marido y ella no?

La última vez que la vio, la había sentido distante. Michèle se había

enterado de que Maxou había vuelto antes de que Nolwenn tuviera tiempo de decírselo. No había querido ocultárselo, pero para ella no se trataba de una información relevante. No cambiaba nada. Nolwenn le mandó un mensaje: «¿Aperitivo juntas esta noche?». Michèle no tardó en responder, pero fue muy seca. «Tengo limpieza en la carnicería, acabaré tarde. Cansada». Nolwenn insistió. «OK, lo entiendo, paso un momento a verte a la carnicería con el aperitivo sobre las 20». Mejor llevar la voz cantante.

El resto del día lo dedicó al ocio. Fue de tiendas, se compró una novela policiaca en la librería L'Armitière, se sentó a tomar un té en una terraza, paseó por el parque Verdrel, hizo una parada en el museo Le Secq-des-Tournelles, le encantaba contemplar las piezas dispares de hierro forjado, las herramientas o los accesorios de costura, las joyas, los mecheros, las llaves, las cajas fuertes o las rejas de cárcel. Pensó en su familia, que se había quedado en casa, y compró pirulís de chocolate para los gemelos, ositos de malvavisco para Maelys, le encantaban. Para el aperitivo, fue a conservas La Belle-Îloise, donde compró crema de sardinas al *whisky*, *mousse* de bogavante, galletitas y biscotes con sal de Guérande y un vino blanco selecto. Iba a ofrecerle una pequeña degustación a Michèle. Eran las ocho menos cuarto cuando Nolwenn llego a la carnicería. La persiana sanguinolenta estaba medio bajada. Metió la mano para llamar con los nudillos en el cristal.

Esperó. Volvió a llamar. Michèle debía de estar en la cámara frigorífica y no la oiría. Nadie contestaba. Buscaba el teléfono en el bolso para llamarla cuando oyó unos pasos que se acercaban por detrás.

Era Michèle. Tenía el rostro serio.

—¿Quieres entrar? Había salido a por tabaco al estanco antes de que cerrase…

La carnicería estaba apagada, los estantes vacíos, y en la oscuridad solo se distinguían los cuchillos y el brillo de sus hojas. Michèle la miraba con los brazos cruzados. Nolwenn tuvo un escalofrío, miedo mezclado con el deseo.

—¿Estás enfadada?

—Sí, un poco.

Michèle lo estaba mucho. Hacía varias semanas que Nolwenn había vuelto con su marido, días sin mensajes. Tenía la sensación de haber sido utilizada. Un pañuelo que no valía más que para limpiarle los mocos a una mujer blanca y burguesa. Y ahora se presentaba allí, en su carnicería, cuando Michèle todavía estaba trabajando, fregando. Llevaba toda la tarde rumiando su irritación sin conseguir tragársela.

Nolwenn, por su parte, estaba decidida. Sacó de la bolsa la botella de vino y la posó en el tajo.

—Mi marido ha vuelto y me arrepiento de no habértelo dicho.

Sacó la crema de sardinas, la *mousse* de bogavante.

—Es algo bueno que haya vuelto porque ahora me doy cuenta de que ya no lo necesito para nada. Ya no lo quiero.

Sacó los biscotes con sal de Guérande.

—Y comprendo cuánto me importas. He venido a decírtelo.

Miró a Michèle, con una mirada consciente y determinada. Nolwenn dio un paso y se abalanzó sobre ella.

A boca llena.

A manos llenas.

Las manos sobre aquel cuerpo que tanto había deseado.

Tocar la piel de Michèle.

Meter la nariz en la carne negra, bajo las axilas.

Quitar la camiseta, el sujetador, la visión de los pequeños pechos de pezones duros y alzados.

Besarlos, lamerlos.

Besar la oreja, el cuello bajo el pelo.

Embalarse, las dos.

Bajarle el pantalón, arrancarle las bragas, de un tirón.

Acariciar las nalgas, el interior de los muslos.

Inclinarla contra el tajo, hundir la boca en su sexo, respirarlo, aspirarlo.

Meter los dedos.

Seguir acariciando la carne blanda de los labios, chupar su interior.

Mirar el rostro abandonado de Michèle, ese rostro tan bello.

Oírla gritar.

Oírla correrse.

Zak había llegado a la carnicería. La persiana metálica estaba a medio bajar, la puerta abierta. Ella le había dicho que fuese hacia el fondo del local, a la cámara frigorífica, que allí encontraría un carrito, que solo tenía que empujarlo, porque ocultaba una trampilla, y que de ahí bajaba la escalera al sótano. Le había dicho que quería ver si tenía la polla dura, ver cómo mantenía mucho tiempo la erección, y que para eso tenía que recuperar la sensación de lo que más lo excitaba. Una violación en un sótano. Al principio se negó, se reprochó incluso habérselo contado. Pero después la escena se le vino a la cabeza, tenía tantas ganas de atar a aquella chica, de tirarle del pelo, de follársela y oírla gritar, y puesto que ella lo proponía…

Había bajado.

La había encontrado sentada en una silla, con los ojos vendados y una cuerda a sus pies, lista para usar.

No sintió venir el golpe, Zak no, no lo había pillado, y eso que era evidente, tendría que haberlo sospechado. Había oído ruido en la escalera, se había dado la vuelta y había visto a las otras dos a sus espaldas, una negra alta y una morena, enormes, con delantales y una especie de bolsas de plástico en la cabeza, cuchillos en las manos. Ahí sintió que era el fin, que iba a morir y no de una muerte agradable precisamente. Tuvo el tiempo justo de mirar a Stacey por última vez, vio sus bonitos ojos avellana, porque ella se había quitado la venda para verlo vaciarse de sangre como un cerdo, y se dijo que le habría gustado sentir su piel por última vez.

Matar en el sótano no era su *modus operandi*. Demasiadas manipulaciones y demasiada limpieza. Lo habían hecho por Stacey, que quería comprobar si aquel tipo era un hijo de puta, si lo que había pasado en el hotel no era un fenómeno aislado, sino su única manera de relacionarse con las mujeres: violarlas. En el fondo ya lo sabía. Pero tenía que verlo, verlo por última vez para creerlo.

Serían solidarias. Y el día siguiente era lunes, día de cierre, lo que les dejaba más tiempo para limpiar a fondo. Tras haber vaciado la sangre en las bandejas, habían subido al animal al almacén. La carne era tierna pero nervuda. Stacey trabajaba con dificultad, tenía arcadas. Anne y Michèle tuvieron que terminar el despiece solas.

Cumplida su tarea, las tres volvieron al sótano. Se pasaron la botella de calvados, lo que devolvió el color a las mejillas de Stacey, estaba blanquísima, con el rostro estriado por regueros de rímel. Había llorado, porque pese a todo a Zak le tenía cariño, antes. Anne llenó de alcohol un tarro de mermelada.

—¿Lo haces tú?

Stacey cogió el pequeño par de testículos que Michèle le tendía envueltos en un trapo y los hundió con delicadeza en el tarro. Vendría a visitar a Zak allí, en aquel estante.

Luego pusieron la música y cantaron con el alivio del trabajo bien hecho. Un ritual. Y todo su cuerpo se movía al mismo ritmo, en una danza macabra, con la misma canción de Casey, «Liberad a la bestia», su conspiración, «y su fin fue radical sin derecho a apelación, la carroña, el chacal, acabará dentro de un tarro».

—¡Registro policial! —gritó uno de ellos.

Era el 30 de julio, unos días antes del cierre estival de la carnicería. Las sirenas resonaban, no es que hubieran sido discretos precisamente, como para revolucionar a todo el barrio. Cinco hombres salidos de sus coches de policía, pantalones tácticos grises, chalecos antibalas, armados con pistolas y con perros, pastores belgas. El jefe de la operación, el oficial Patrick Patruel, listo para la acción. La Rubia estaba en la acera de al lado, frente a la tienda de alimentación, con los tenderos. No daba crédito. Resulta que había subestimado al tal Patrulla Canina. Todo gracias a ella.

Les abrió Anne. Michèle se había refugiado instintivamente en la cámara frigorífica y Stacey se había puesto música con los auriculares para encerrarse en una burbuja: seguía cortando jamón.

Los policías entraron en la carnicería como en las películas. Los perros ladraban, enloquecidos por el olor de la carne recién cortada aquella misma mañana, y tiraban de las correas. Patrick Patruel clamó con voz fuerte que su intervención tenía lugar en el marco de una investigación sobre la desaparición de Antoine Leclerc y de Pierre Laroche, ambos clientes de la carnicería.

—¿Y creen que están aquí? —dijo Anne con esa semblanza de ironía que enmascara el miedo—. Los habríamos visto, ¿no?

Patrick Patruel reprimió una sonrisa, pero el otro oficial, a su derecha, miró a Anne con el gesto torcido y se demoró ostensiblemente en su escote. De haber sabido lo que un gesto así podía costarle, sin duda lo habría pensado dos veces.

Los policías se dirigieron entonces hacia la cámara frigorífica. Anne no pestañeó pero agarró con fuerza el brazo de Stacey y le susurró «tranquila, todo ira bien». Encontraron a Michèle limpiando enérgicamente las encimeras con una esponja.

—¿Esta quién es? ¿Tiene papeles?

Anne llegó al rescate con una carpeta en la mano. Lo había anticipado todo. Copia del permiso de residencia, recientemente renovado, y original del permiso de trabajo. Todo estaba en regla.

Entretanto, la histeria de los perros no dejaba de aumentar ante la carcasa de un cerdo. Los animales no habían detectado la trampilla que llevaba al sótano, oculta bajo el carrito. Michèle, algo más tranquila, murmuró al oído de Stacey: «¿Crees que podrían distinguir el olor de un cerdo del de un humano?». Stacey empezó a darle vueltas a esa pregunta en su cabeza, con terror. Sintió que todo se nublaba a su alrededor. Se desmayó. La habían tumbado, le habían dado agua.

Las carniceras debían declarar, las tres y sin demora.

—Un desmayo durante un registro siempre resulta sospechoso…

Lo hicieron entre tres en la comisaría, un poli para cada una. Preguntaron: «¿Dónde estaba la noche de la desaparición del señor Antoine Leclerc? ¿A qué hora salió de la carnicería? ¿Por qué no fue tras él para devolverle el móvil? ¿Tenía alguna relación con él, era cliente habitual de la carnicería? Parece ser que era un mujeriego… ¿Era usted su amante? ¿Por qué asistió al funeral de Adèle Laroche? ¿Dónde estaba la noche de la desaparición de Pierre Laroche? Fue a la carnicería aquella noche, ¿cómo explica esta segunda coincidencia? ¿Dónde estaba aquella noche? Hay testigos que vieron su moto aparcada delante de la carnicería, ¿cómo explica eso? ¿Pasó la noche sola? Le informamos de que vamos a analizar la carne de su carnicería para comprobar que no se trate de carne humana».

Anne mantenía el control. Hablaba lo menos posible, respuestas cortas pronunciadas con aplomo. Si, ambos formaban parte de su clientela. Sí, a ambos los habían visto en la carnicería poco antes de su desaparición. No, no recordaba si les había vendido un filete, una pierna de cordero o un pollo. En verano solía dejar su moto delante de la carnicería, volvía caminando para disfrutar del buen tiempo, vivía en pleno centro, a quince minutos andando de su negocio. La noche de la desaparición del señor Laroche, las tres habían tomado el aperitivo y cenado en la carnicería. Lo hacían regularmente. Sí, ponían música. Aquella noche había dormido sola, le gustaba la

soledad. En cuanto a la carne que se vendía en su carnicería, garantizaba personalmente su origen, su calidad y su trazabilidad.

Stacey estaba hundida, desconsolada, apenas capaz de mantenerse erguida en la silla. Había abrumado al policía con informaciones inconexas y sin relación directa con sus preguntas. No, no tenía coartada, después de tomar el aperitivo y cenar en la carnicería volvió a casa sola, durmió sola. Evocó sus amores, todos ellos un fiasco, siempre daba con tipos violentos. Lo único bueno de su vida era la carnicería, el encuentro con Anne y con Michèle, que eran como sus hermanas. Pero todo se estropeaba, como siempre, porque en su existencia la felicidad siempre era efímera. De verdad que no tenía suerte… Stacey había hablado de su infancia, de su madre, que había muerto en un accidente, del centro de acogida cuando no le quedaba familia que pudiera ocuparse de ella. ¿Acaso no merecía ser feliz? Lloraba a mares. El poli se había conmovido, la angustia de las mujeres jóvenes era irresistible, le dio un pañuelo. Llegó incluso a tranquilizarla sobre el futuro de la carnicería, después de todo se trataba de una simple declaración. Lo había dejado ahí, señalando simplemente en su informe que sin duda habría que volver a interrogarla más adelante, cuando estuviera más tranquila.

En definitiva, no se las había arreglado tan mal Stacey.

En cuanto a Michèle, el interrogatorio había sido mucho más largo e intenso. Querían saber cuándo y por qué se había ido de Guinea, cómo había conseguido el permiso de residencia y de trabajo. Y, sobre todo, un testigo había visto a Michèle en su moto sobre las ocho, es decir, poco antes de la desaparición del señor Laroche. Más tarde, otro testigo había visto su vehículo aparcado delante de la carnicería, a las diez.

—Señora Michèle Diallo, ¿qué hizo usted entre las ocho y las diez? Teniendo en cuenta que el rastro del teléfono móvil del señor Laroche se perdió precisamente a las nueve y media, resulta perturbador, ¿no cree?

Michèle no se esperaba aquella pregunta. Balbució, farfulló, ya no estaba segura de lo que había hecho a aquella hora, respondió que

no sabía.

Patrick Patruel había recibido instrucciones de sus superiores. «A falta de pruebas suficientes, habrá que retener a una por lo menos, de cara a la opinión pública. La inmigrante mejor, es el blanco perfecto».

Anne y Stacey fueron liberadas aquella misma tarde. Pero a Michèle la dejaron detenida.

No habían contado con Nolwenn. No habían contado con el arrebato de una madre de familia que se entrega al amor a cuerpo abierto. Cuando iba a la farmacia supo del registro y el arresto de las tres carniceras. La Rubia y los tenderos daban todos los detalles a cualquiera que pasara por la calle y pregonaban que una de ellas estaba en una celda. Michèle.

Nolwenn no había vacilado.

En monopatín, se presentó en la comisaría de Brisout-de-Barneville.

—Es a propósito de la señora Michèle Diallo, deseo hacer una declaración: Michèle estaba conmigo entre las ocho y las diez de la noche. No les ha dicho nada para protegerme, porque estoy casada. Michèle es mi amante. Mientras mi marido salía a tomar algo en un bar con sus amigos, los gemelos ya dormían, Maelys estaba leyendo en su cuarto. Abrí a Michèle la puerta del garaje. Tomamos una copa, nos acostamos y luego se marchó. Pueden ustedes constatar mi adulterio. Me avergüenzo (a Nolwenn ya le daba igual decir otra mentira), pero no quiero que la acusen por mi culpa.

Fuera inmigrante o no, Michèle tenía coartada. Patrick Patruel no tuvo elección y la dejó en libertad.

De hecho no tenía ninguna prueba sólida que le permitiese acusar a las carniceras.

Ni el más mínimo rastro humano en la carne.

Ni una sola huella en la carnicería que no fuera de una de las tres chicas.

Las declaraciones no habían aportado elementos concluyentes, solo que las carniceras terminaban de trabajar tarde y que tomaban el aperitivo en su lugar de trabajo. La investigación no permitía identificar motivos claros. ¿Por qué habrían asesinado a aquellos hombres? Patrick Patruel tuvo que cerrar el caso. No podía defenderse ante un juez. Había que buscar otras pistas.

Aquel mismo día, las carniceras cerraron el local por vacaciones, como estaba previsto y como si nada hubiese ocurrido. SUS CARNICERAS SE VAN DE VACACIONES. ¡LES DESEAMOS UN BUEN MES DE AGOSTO! El mensaje colgado en la puerta era voluntariamente entusiasta. Anne quería demostrar que no tenían nada que reprocharse.

Se montaron en las motos y salieron hacia el campo, Sainte-Geneviève-en-Bray. Al acercarse al pueblo, Anne hizo un gesto con la mano, tomaron otras carreteras más estrechas, a través de sotobosques y a lo largo de los campos. Se detuvieron ante unas rejas con una gran pancarta: VIVERO. Anne bajó de la moto y se dirigió al tipo de la entrada.

—Buenos días, Anne Lueruchet, soy de la zona, de Sainte-Geneviève, ¿puedo enseñar el vivero a mis amigas? Buscamos ideas para el jardín…

—Por supuesto.

Anne disimuló caminando despreocupadamente por el vivero, mostrando a Michèle y a Stacey las distintas variedades, las podas, las ornamentaciones. En realidad se dirigía hacia el fondo del terreno, donde había un gran estanque.

—Qué bonito —dijo Michèle.

—Y está lleno de ratas almizcleras.

—¿Qué son las ratas almizcleras? —preguntó Stacey, con la mirada vacía.

—Una especie de rata grande. Muy voraz.

—Ay, qué asco…

Anne abrió entonces la mochila y sacó los cuatro frascos que habían recogido en el sótano.

—Es hora de deshacernos de ellos definitivamente.

Tiraron los cojones al agua.

Después volvieron a Sainte-Geneviève como quien vuelve a casa, y cada una dejó su bolsa en su habitación, Anne en la malva con flores, su cuarto de la infancia; Michèle en la beis con triángulos; y Stacey en la azul con rombos. Se durmieron sin hablar, vencidas por

las emociones. Stacey tuvo pesadillas toda la noche. Veía a Zak de niño, implorándole con la mirada que no lo matase. Anne durmió de un tirón, pero solo algunas horas. Se levantó al alba para limpiar a fondo, quitar el polvo de los muebles viejos del salón, lavar los suelos con baldes de agua, ordenar los armarios de la cocina. Michèle había descansado con un sueño de guerrera que disfruta de una tregua antes de la última batalla. Había bajado a desayunar a las diez.

Las carniceras se sentaron a la mesa del jardín, bajo una sombrilla, a beber café y comer tostadas, respirando el silencio del campo. Pasearon por la orilla del río, recuperando cierto gusto por la despreocupación, echaron una larga siesta en la hierba, a la sombra del sauce llorón.

Pero, entretanto, Nour y Nolwenn se inquietaban. Mandaban mensajes a las chicas y multiplicaban las llamadas perdidas. Anne y Michèle acordaron invitarlos a cenar a casa la noche siguiente. Les prepararon osobuco, un plato que sacó a Stacey del estupor en el que parecía ir hundiéndose lentamente. Al final de la velada, Anne tomó la palabra con solemnidad:

—Hemos tenido que tomar una decisión difícil y queríamos compartirla, sois muy importantes para nosotras. Nos ha afectado mucho el registro… Estamos cansadas, hemos decidido tomarnos unas vacaciones largas. Todavía no sabemos dónde iremos, ni hasta cuándo. Queremos tomarnos tiempo para pensarlo.

Nour y Nolwenn no encontraron nada que objetar.

Lo comprendían.

Comprendían también que era demasiado pronto para formar parte del viaje de las carniceras y que necesitaban estar juntas las tres.

Se conformaron entonces con aquella noche.

Nour deslizándose por los contornos del cuerpo de Anne. Nolwenn diluyéndose en Michèle.

Stacey se quedó sola en su cama luchando en la oscuridad de sus viejos demonios.

—¡Registro policial!

De madrugada, un policía había gritado. Todo volvía a empezar.

Stacey tembló bajo el edredón, Anne se levantó de un salto, Nour se despertó apenas. Nolwenn estaba en el salón con un picardías.

—¡Marie Condé, queda usted arrestada!

Registraban la casa. «¡Que nadie se mueva!». Una escena que parecía irreal. Habían recorrido la cocina, el salón, forzado la puerta de la antigua carnicería del padre.

—Aquí no hay ninguna Marie Condé —terminó por decir Anne, estupefacta.

Imponía su cuerpo como última muralla defensiva. La empujaron sin miramientos para acceder al piso de arriba.

—Su amiga, la negra, ¿dónde coño está?

Buscaban a Michèle, entonces.

Sacaron a Stacey de la casa, gemía, paralizada de miedo.

—Esa que deje de chillar.

Nour se llevó un culatazo medio por casualidad cuando trataba de ayudarla a levantarse.

Los policías eran como bestias rabiosas, llevaban encima la presión de sus superiores y el miedo agarrado a las tripas. Es que se trataba de una carnicera asesina…

Pero ni el menor rastro de ella. Por lo visto se había ido en plena noche. La policía la buscaba por intento de asesinato. En un restaurante parisino había estado a punto de matar al dueño que la empleaba. Habían seguido la pista gracias a las huellas tomadas en la comisaría. Michèle Diallo se llamaba en realidad Marie Condé.

—La muy zorra casi se carga a un tipo en París —dijo uno de los policías con un acento de Caux que se podía cortar con un cuchillo.

—Y seguro que es la asesina de Ruan —añadió otro.

Stacey se había echado a llorar, acurrucada en brazos de Anne.

Anne trataba de acordarse del relato de Michèle.

Los policías terminaron por calmarse. La presa se les había escapado. Interrogaron a todas las personas presentes en la casa.

Nolwenn no sabía nada. Solo había sentido, sobre las cuatro de la mañana, que Michèle no estaba en la cama. Pensó que había ido al baño, solía levantarse de noche. Nolwenn tenía una mirada tan inocente de pequeñoburguesa que la policía enseguida la dejó en paz.

A las dos carniceras las encerraron en una estancia aparte, para un interrogatorio más intenso. En bragas y camiseta, bajo la mirada ávida de aquellos hombres, que ni siquiera les habían permitido vestirse.

—Solo nos había contado que su jefe era un cabrón —soltó Stacey de pronto entre sollozos llenos de rabia.

—Y que andaba siempre manoseando a las chicas —añadió Anne apretando los dientes.

Detrás de su ira frente a los policías, las dos carniceras se daban cuenta de hasta qué punto estaban unidas a Michèle, ligadas desde el principio por los mismos acontecimientos trágicos. Era el alba, una luz frágil, blanquecina, se abría camino a través del cristal. Anne y Stacey imaginaban a su amiga trazando su camino hacia la libertad.

Marie Condé conducía, con los brazos entumecidos en el manillar, las cervicales tensas, la mirada fija en el velocímetro, importante no sobrepasar el límite de velocidad en la nacional, no hacerse notar. Más de tres horas llevaba conduciendo sin parar. Con las mejillas húmedas de lágrimas, el cuerpo aún impregnado del de Nolwenn, sacaba su coraje de aquel recuerdo. Le había contado todo lo de aquella noche. Cómo estaba sola en la cocina del restaurante, los restos de los entrecots en los platos, la salsa de pimienta cuajada en las fuentes, el final del servicio. La presencia del jefe a sus espaldas, una masa que se había pegado a ella, un sexo duro contra su espalda. Había sentido un terror profundo, el que le había transmitido su madre, el que le había hecho agarrar el primer

cuchillo al alcance de la mano. Lo había clavado con un solo gesto, el olor de la sangre mezclado con el de la salsa de pimienta, el jefe que chillaba por el suelo. Recordaba la mirada temerosa de su colega Fatou, «mierda, Marie, ¡qué has hecho!». Fatou le había dicho que se fuera, rápido, «se lo merece el muy cerdo, pero que no te pillen, bonita». La cubrió durante algunas horas lo mejor que pudo.

Así fue como Marie Condé se convirtió en Michèle Diallo, el apellido fula de su madre. Eligió la estación Saint-Lazare un poco al azar y cogió el primer tren. Ruan, en ese nombre vio el símbolo de una rueda que gira,[12] la esperanza de empezar de cero.

Nolwenn la había escuchado en silencio, la había besado, habían hecho el amor. Le había dicho que se fuera, que volviese a probar suerte de nuevo, que escapase. Ya volverían a encontrarse.

Marie volvió a llorar. Sabía que huyendo se ponía en el punto de mira, pero también que desviaría la atención de Anne y Stacey, que les daba una oportunidad. Probablemente no volvería a verlas nunca, las quería muchísimo. Pronunció su nombre en voz alta y murmuró: «Aguantad, chicas, todo saldrá bien». Amanecía lentamente, un rayo de luz rozaba el horizonte, frente a ella vio los acantilados, el mar. Por allí tiraría la moto algo más tarde, para asegurarse de que nadie la encontrase.

Por la tarde Marie cogió el barco a Brest. Mezclada con los muchos turistas del periodo estival, llegó a la isla de Molène, conocida por sus salchichas ahumadas y sus escasos habitantes, discretos y poco habladores. Nolwenn no había exagerado, Finistère era magnífico. Le había dado las llaves de una casita plantada en aquella enorme roca, lejos del continente.

Marie caminaba sobre las rocas secas, escarpadas. Observaba las plantas suculentas, las flores azules, amarillas, unas cabras, oía a lo lejos el grito de las gaviotas, saboreaba cada instante. Con el viento en la cara, los pies en el agua fría y turquesa, era libre.

[12] El nombre de la ciudad en francés, Rouen, contiene la palabra *roue*, «rueda».

Epílogo

Nour había terminado su artículo. «El misterioso caso de las carniceras». Al final había cambiado completamente de perspectiva. No había escrito sobre los hombres desaparecidos, sino sobre las chicas. Eran ellas quienes, desde entonces, fascinaban a la opinión pública, suscitaban preguntas y polémicas. Había contado todo lo que sabía, o casi. El encuentro entre Anne y Stacey durante su formación profesional, la inauguración de la carnicería, la llegada de Michèle. La calidad de la carne, su profesionalidad, su humor, su amor por la excelencia del despiece… Eran mujeres alegres, con muchas ganas de vivir. Nour había narrado con pudor algunas de sus heridas, ellas, que eran huérfanas las tres y marginales en el barrio Jouvenet. Había hablado de su ira contra los prejuicios, las injusticias, la hipocresía y la maledicencia, y sobre todo contra «esos tipos que creen poder hacer lo que les da la gana con los cuerpos de las mujeres»… ¿Quería eso decir que fueran capaces de asesinar hombres? Nour refutaba hábilmente aquella hipótesis. Terminaba con Marie Condé, alias Michèle Diallo, «la fugitiva». ¿Iba a encontrarla la policía? Nour relataba el incidente de aquella noche en el restaurante parisino donde trabajaba. Aquel restaurador que abusaba de sus empleadas, todas ellas inmigrantes que temían por sus papeles y no se atrevían a hablar. Michèle había reaccionado clavándole un cuchillo, haciéndole un buen corte. El hombre había sobrevivido. Sin embargo, en vez de entregarse a la policía, de explicar su gesto de legítima defensa, había huido y cambiado de identidad. Pero ¿acaso no era lo más natural tener miedo, siendo una mujer exiliada con un permiso de residencia temporal? Sus colegas carniceras, Anne y Stacey, no sabían nada del pasado de aquella mujer que un día se presentó a una entrevista de trabajo. Habían creado con ella una complicidad profesional que terminó transformándose en amistad. Describían a su colega como una mujer valiente, graciosa e inteligente. Desde su huida no habían

vuelto a tener noticias suyas, ya no podían convencerla de entregarse y prestar testimonio. Se decía que Marie Condé había cruzado la frontera, que estaba en Bélgica.

—¿Qué te parece?

—Está bien.

—Espero que con este artículo os dejen en paz…

—Yo también. ¿Crees que van a encontrarla?

Nour se encogió de hombros.

—No lo sé… Es muy lista, ¿no?

Anne sonrió. Sí, desde luego, Michèle tenía mucho talento.

—¿Y cómo está Stacey?

Anne había ido a visitar a su amiga el día anterior, en el hospital. Poco después del interrogatorio de la policía, Stacey había entrado en barrena, perdió el hilo de los días, los lugares, ignoraba hasta su nombre. Al principio los médicos creyeron que era un ictus. Después cambiaron de opinión: amnesia traumática. Stacey necesitaba una cura de reposo.

—Está mejor. Una carnicera siempre vuelve a levantarse.